

Biblioteca de las Familias

5



P. Valencina



# SOLILOQUIOS

74  
DAD AU  
CIÓN GE

Herrero Hermanos, Editores

México

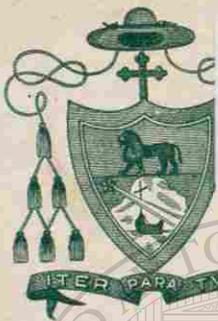
PQ 6574

V25

S6

C.1

AT

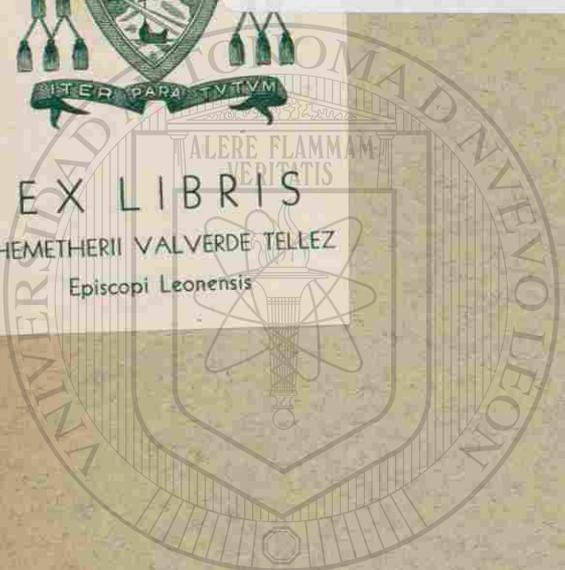


1080022829

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

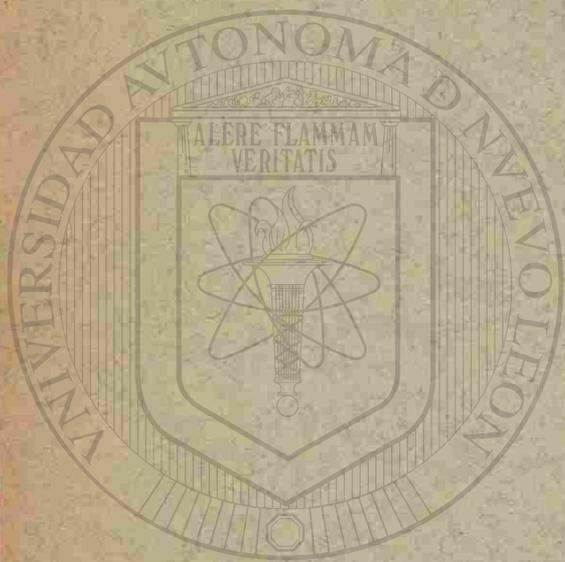


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



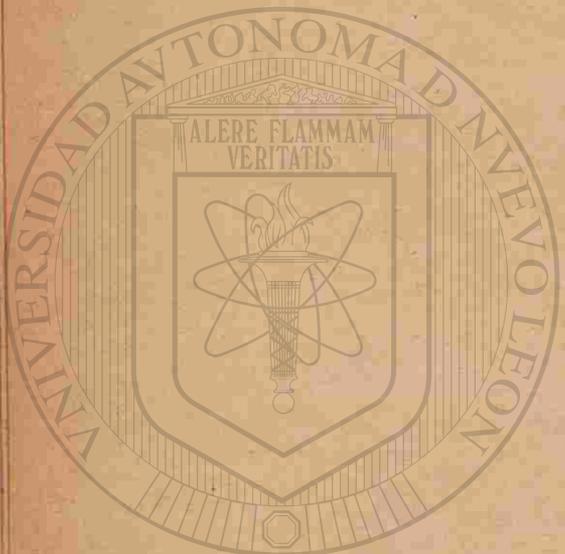
# UANL

SOLILOQUIOS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS SEVILLA

# SOLILOQUIOS

DEL M. R. P.

**FR. AMBROSIO DE VALENCINA**

Provincial de los PP. Capuchinos de Andalucía  
y miembro del Claustro de Doctores de la Facultad de Sagrada Teología  
en la Universidad Pontificia ó Seminario Central de Sevilla.



Est. Tip. de Francisco de P. Díaz, Gavidia 6

1899

47745

PQ:6574

V25

SG



FONDO EMETERIO  
VALVERDE Y TELLEZ

AL EXCMO. SR.

Don Marcelo Spínola y Maestre

ARZOBISPO DE SEVILLA,

DIGNÍSIMO SUCESOR DE LOS LEANDROS

E. ISIDROS.

EXCMO. SR.:

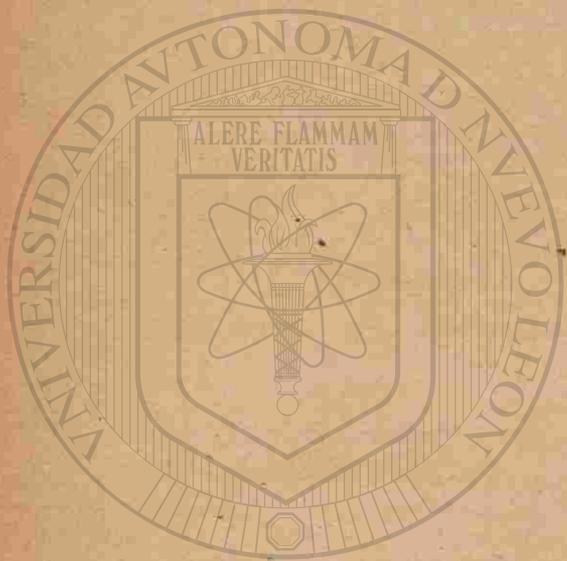
*Dignese V. E. aceptar con esta dedicatoria la expresión de mi gratitud más sincera; y si es atrevimiento dedicarle este libro, sirvame de disculpa el estar obligado á ello por los muchos favores que V. E. ha dispensado á este humilde Capuchino. Pequeñísima es la ofrenda, para lo que V. E. merece y yo le debo; pero el que da lo que tiene no está obligado á más.*

*Estos SOLILOQUIOS han sido escritos sólo para las almas que saben sentir hondamente la belleza moral y religiosa; para las que ven en todas las criaturas la imagen ó el reflejo de la bondad omnipotente del Criador; para los que perciben en todas las cosas el maravilloso enlace de la gracia con la naturaleza, la armonía que reina entre el orden físico y el moral; y como V. E. pertenece á ese número de almas afortunadas, pareceme también que por esta parte le es debida y está muy en su lugar la dedicatoria.*

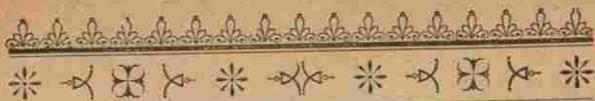
*Acéptela, pues, V. E. como demostración de mi filial y profundo agradecimiento, ya que con ella va toda la buena voluntad con que desea corresponder á sus beneficios este pobre religioso, que afectuosamente y con la mayor veneración b. e. p. a. d. V. E. Roma.*

Fr. Ambrosio.

011649



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Recuerdo de una simple amistad  
del al muy Reverendo Sr. Bangs,  
Lic. D. Emeterio Valverde Beltrán  
peneba de su curo, años del último  
de sus discípulos se lo consagra en  
el día de su cumpleaños.

PRÓLOGO

3 de Mayo

3 de 1901.  
Adalberto Degera.

AL LECTOR

Poquísimos libros se conocen en el mundo con el nombre que lleva el presente. El primero así llamado lo escribió San Agustín, hombre de inteligencia poderosa y corazón de fuego; San Buenaventura, Doctor sapientísimo y verdaderamente seráfico, bautizó con el mismo nombre otro de sus bellísimos opúsculos; y el V. Tomás de Kempis llamó *Soliloquium anime* á una de sus mejores obritas, escrita como las dos anteriores en lengua latina. En nuestra ri-

quísima habla castellana, escribió el P. Nieremberg un tratadito que tituló *Soliloquios ó práctica interior de amor divino*; y el Padre Villegas otro muy apreciado que lleva por nombre *Soliloquios del alma con Dios*. Lope de Vega, el Fénix de los ingenios españoles, dió el mismo nombre á una de sus mejores composiciones; (1) y no sé que haya en nuestro idioma más libros de mérito literario que lleven el nombre de Soliloquios. Pero, si son pocos los libros que llevan este nombre, son muchos los que, dado su fondo y su forma, merecían llevarlo. Soliloquio, según la fuerza etimológica de la pa-

(1) Los soliloquios de Lope están escritos mitad en verso y mitad en prosa; los versos son inmejorables, pero la prosa es á veces floja y desaliñada. Su autor fingió con mucho ingenio que los traducía del latín, adjudicando la paternidad de los mismos á un monje cartujo que él llamó Gabriel Padecopeco; mas este nombre, como supone con mucho acierto el Sr. Barrantes en el prólogo que puso á dicho tratado, reimpresso en Madrid 1863, no es más que un anagrama de Lope de Vega Carpio, según lo indica él mismo en estos versos de su Egloga á Claudio:

.....en néctar soberano  
bañado disfracé con anagrama  
los Soliloquios de mi ardiente llama.

labra, quiere decir. hablar uno á solas consigo mismo, con Dios y con las criaturas visibles ó invisibles, animadas ó inanimadas; y en este sentido, todo escrito en que su autor hable del modo dicho, es un verdadero soliloquio, aunque se llame de otra manera ó con otro nombre.

Es tan natural y tan propio del hombre hablar ó escribir en esta forma, que apenas hay escritor de fama que no haya hecho, sin saberlo ó sabiéndolo, algún soliloquio. ¿Qué son muchas veces los cantos del poeta, sino verdaderos soliloquios? ¿Qué son en muchos casos las reflexiones del filósofo, más que soliloquios, en que se pide á sí mismo cuenta de lo que su mente alcanza y conoce? ¿Quién es el hombre que no se haya sorprendido á sí propio hablando alguna vez á solas consigo mismo, con Dios ó con los objetos que hieren su fantasía? Bien podemos decir que este soliloquiar, esta manera de expresarse es en muchas ocasiones una necesidad del hombre, sobre todo si ese hombre tiene un corazón grande ó una inteligencia privilegiada, es un santo

ó un sabio. Y si este sabio ó este santo manejó alguna vez la pluma, repasemos con atención sus escritos y lo hallaremos mil veces hablando solo, engolfado en interesantes soliloquios. ¿Qué otra cosa hace David en sus salmos inimitables, y el Nacianceno en alguno de sus preciosos poemas? ¿Qué son las *Confesiones* del grande Agustin, en todos sus trece libros, sino un soliloquio continuado? ¿Qué son las *Oraciones y Meditaciones* de San Anselmo, y algunas poesías de San Paulino? ¿Qué son los *Sinónimos* de San Isidoro hispalense, celebrérri- mo doctor de las Españas, sino soliloquios ó *lamentos* de un alma pecadora, como él mismo los apellida? ¿Qué son algunos tratados del V. Kempis, sino preciosos soliloquios del alma con Dios? ¿Qué son las *Exclamaciones* de la sin par Teresa de Jesús, gloria del Carmelo Español, sino ardentísimos y dulcísimos soliloquios que la mística doctora tenía con Jesús Sacramentado después de comulgar? ¿Qué son las *Elevaciones* del gran Bosuet, y las mejores *Consideraciones* del V. P. Granada, Cicerón de

nuestra lengua, más que altísimos y profundísimos soliloquios? ¿Qué son los *Gemidos espirituales* y los *Suspiros de un Pastor ausente*, escritos por el V. Palafox, sino verdaderos soliloquios, mezclados de tiernos gemidos y amargos suspiros? ¿Qué son las *Reflexiones sobre la naturaleza* que escribió Sturm y otros mil libros que citar pudiera, sino soliloquios filosóficos, místicos, poéticos, piadosos ó de cualquier otro género? Y en vista de esto, ¿no podemos afirmar con razón que el soliloquio es muchas veces una necesidad del hombre, sobre todo si ese hombre es un santo ó un sabio?

Yo de mí sé decir que, aun estando tan lejos como estoy de ser una cosa ni otra, he sentido muchas veces una dichosa necesidad de alejarme del bullicio y huir á la soledad para hablar con Dios, conmigo mismo ó con las criaturas insensibles; y llevado de ese impulso he subido á los montes encumbrados para contemplar desde sus alturas las obras de la creación y admirar en ellas el poderío y la sabiduría de Dios; he bajado á orillas del mar para contem-

plar en su vasta superficie la inmensidad divina, en sus movedizas ondas la volubilidad humana, y en su inquieto oleaje la agitación que constituye la vida del hombre sobre la tierra; he recorrido los campos en madrugadas de primavera para saludar á las flores de Abril, á las brisas de Mayo y á las áuras del Paraíso que entonces parecen soplar hacia la tierra; he contemplado con impassibilidad estóica el fragoroso rugir de las tormentas y sus estragos espantosos, para compararlos luego con las tempestades del alma, con las tormentas de la vida, formadas por viles pasiones, hijas de la envidia roedora, del odio maldito, de la ira destructora ó de la maledicencia y la calumnia que se ceban en honras immaculadas; heme sentado alguna vez, cual viajero fatigado, á la sombra de un árbol corpulento, y por él he procurado subir á la contemplación del árbol de la vida, cuyas hojas son para salud de las gentes; de aquel árbol, digo, á cuya sombra deseaba sestar la esposa de los cantares: he visitado los cementerios para aprender en ellos altísimas

lecciones sobre la vanidad de la vida, lo precioso del espíritu y lo despreciable de la materia; heme ocultado en los bosques á sorprender en el silencio de la soledad la voz misteriosa del céfiro que me hablaba en el leve rumor del ramaje mecido lánguidamente por la brisa; heme encerrado en la celda, sepulcro de mis tristes pensamientos, y en ella he meditado la estupidez del mundo, engañado con falsas y seductoras apariencias; heme encontrado, paseando por los campos, con una fuente ignorada, con una flor para mí desconocida, con una Capilla levantada por la piedad de nuestros padres al culto divino, y al pié de la fuente, en presencia de la flor, ó entre las sombras misteriosas de la Capilla he meditado y he confiado al papel el fruto de mis meditaciones.

Condenado por mis males á la inmovilidad en un rincón de la enfermería, viajando en los trenes con celeridad vertiginosa, paseando lentamente por el huerto, mirando al cielo en noche callada y serena, sentado sobre las ruinas de algún destruído monasterio, al pié de la cruz solitaria que

ostenta colgado de sus ramas el fruto de nuestra Redención, cerca del Portalito que representa los misterios de Belén, junto á un cadáver, en el silencio del templo, en el bullicio de los paseos, en la cima de los montes, á orillas del mar, al pié de un árbol, junto á una fuente, en mitad de los campos, en la espesura de los bosques, entre sepulcros, á la luz de la luna, en días serenos, durante la tempestad, solo y acompañado, siempre y donde quiera que me ha sido posible, he filosofado, y auxiliado del lápiz y el papel, que son mis compañeros inseparables, he dado forma y vida á los soliloquios de mi mente.

Hoy me decido á publicar algunos de dichos soliloquios, porque sé que las emociones de un alma, los sentimientos de un corazón y las ideas de una inteligencia son como el polen de las flores, ó como semillas invisibles que el aire lleva en sus alas para fecundar á otras flores ó fertilizar terrenos áridos, depositando en ellos la vejección y la vida. Dando, pues, á la imprenta algo de lo que mi corazón ha sentido y

mi mente pensado, no hago más que entregar al viento de la publicidad esa semilla invisible, ese polen misterioso que fecundiza á las almas, dejando al cuidado de Dios, que da dirección á los vientos, el trasportarlo donde fuere su voluntad soberana. Tal vez parte de esa semilla caiga en tierra estéril ó sobre dura roca y no fructifique; tal vez caiga sobre corazones duros y metalizados, sobre almas insensibles, sin ternura ni fé, y en ellas no produzca frutos; pero acaso caiga también en terreno bien preparado, en corazones puros y tiernos, en almas llenas de fé y de entusiasmo sagrado, tan sensibles á los encantos de la naturaleza como á los impulsos de la gracia, y en tales almas fructificará y dará el ciento por uno. Esas almas afortunadas constituyen la atmósfera en que ha de crecer y arraigarse la semilla depositada en este libro, escrito para ellas en la forma inusitada de soliloquios, que á unos parecerá nueva, y á otros extraña.

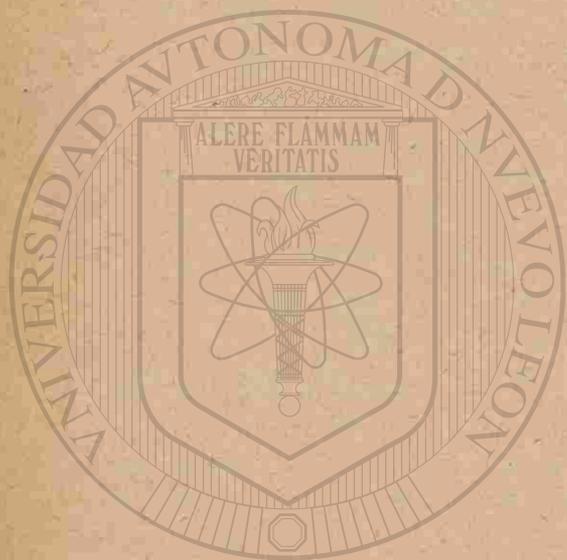
Quizás algún rígido preceptista de esos que llaman *pecado literario* á todo escrito

que no se ajusta á los estrechos moldes del convencionalismo, halle algo censurable en el fondo, en la forma y hasta en el nombre de este libro. Quizás hubiera sido más de su gusto que lo hubiéramos titulado *Fantasías*, *Disertaciones*, *Monografías*, *Artículos literarios* á otra cosa por ese estilo, y que en vez de Soliloquios hubiéramos escrito *Cuentos*, *Cuadros de costumbres*, *Diálogos*, *Novelas cortas*, *Leyendas* ó cualquiera otra cosa que se adaptara cumplidamente á los preceptos convencionales del arte; pero yo escribo á mi gusto, no al de nadie, y me río del convencionalismo, porque sé que para hacer sentir la belleza moral, para *instruir deleitando*, para ilustrar el entendimiento y mover los corazones, no es preciso sujetarse á los caprichos convencionales, ni mucho menos llenar el papel de basura ó de veneno, única cosa que dá de sí la pluma de muchos escritores asalariados, cuyos trabajos no pueden leerse sin que la conciencia se manche, sufra vértigos el alma y sienta que le arranca de su seno la fé, la inocencia y la piedad.

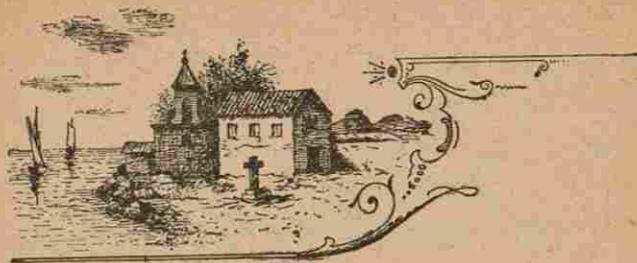
En cuanto al nombre de Soliloquios, ¿quién sabe si andando el tiempo se generalizará y llegará á ser una planta en el jardín de la bella literatura? ¿No han llegado á serlo la novela y los cuadros de costumbres, desconocidos de los antiguos? Pues, ¿quién sabe la suerte que está reservada á los soliloquios? Quién sabe si con el tiempo esta flor literaria, que cultivaron San Agustín, Lope de Vega y otros genios, tendrá cultivadores entre los literatos.

Yo por mi parte pienso seguir cultivando este género, no sólo porque me agrada, sino porque en mí es una necesidad el cultivarlo. El aire que se respira en el mundo me asfixia y me sofoca; el trato de la sociedad actual en su mayor parte frívola, mentirosa y egoísta, me fastidia, y siento necesidad de apartarme de ella, de ocultarme en la soledad, y en ella escondido, medito, leo, escribo y confío al papel los sentimientos de mi alma, como confía sus trinos al aire el ruiseñor oculto en la enramada.

FR. A. DE V.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



I

Desde mi celda

**H**oy que todo el mundo escribe, y muchos con miras interesadas, fines torcidos ó intenciones aviesas, ¿no le será lícito al pobre religioso manejar la pluma en su retiro desinteresadamente y sin otro fin que el de hacer bien á la humanidad? ¿No me será permitido desde esta región tranquila y serena observar el bullicio y la agitación del mundo, para aprender de él tristes lecciones? Y esas lecciones ¿me será vedado confiarlas al papel, y ese papel hacerlo volar por el espacio, como nube fecunda que derrama celestial rocío

sobre la tierra abrasada? ¡No! ¡no! Los suspiros que el alma exhala en esta soledad venturosa, y que traslado á este papel, volarán en alas del viento y hallarán eco en los corazones puros y en las almas sensibles, como hallan eco en la mía el canto de los poetas y los preciosos escritos de todos aquellos que han recibido de Dios una imaginación brillante ó un corazón de fuego. Volad, pues, suspiros míos, envueltos en estas hojas que doy al aire por la ventana de mi celda.

\*  
\*\*

¡Qué paisaje tan delicioso! ¡Qué mañana tan encantadora! Aún no asoma el sol por el Oriente, y ya le saludan con arpadadas lenguas los pintados pajarillos; cien velas, henchidas por la brisa perfumada, surcan las aguas del mar, nunca tranquilo como ahora. Sanlúcar, (1) la del hermoso viñe-

(1) Este Soliloquio y los siguientes fueron escritos en Sanlúcar de Barrameda.—*N. del A.*

do y exquisita manzanilla, la de *bonancible* puerto y famosa *barra*, de do partieron un día las primeras naves que dieron la vuelta al mundo; Sanlúcar duerme á orillas del Océano mecida por los céfiros y arrullada por las olas, que tímidas besan sus plantas. Umbrosos bosques y verdes sotos descubre la vista al otro lado del caudaloso río, de ese río por cuyas aguas veo subir ligeros vapores que se dirigen á Sevilla, á mi querida Sevilla, la perla del Guadalquivir, la reina de Andalucía. A mi izquierda veo la inmensidad de los mares, á mi derecha las feraces campiñas jerezanas, y á mi frente tengo las fértiles comarcas que ven correr por sus llanuras las cobrizas aguas del Tinto y los claros raudales del Betis. ¡Qué deliciosa mañana! ¡Qué paisaje tan hermoso!

\*  
\*\*

Desde las alturas de esta atalaya solitaria, que con el nombre de convento levantaron mis mayores; desde esta colina areno-

sa que domina la superficie de la tierra y de las aguas, me complazco en observar á los mortales, en estudiar la naturaleza y en oír la voz de Dios que me habla por el silbo de los vientos, por el murmullo de las olas, por el canto de las aves y por el rugido de la tempestad. Me complazco en la meditación de la grandeza divina y de las miserias humanas, porque para mí, vivir es meditar, y meditar las grandezas del amor divino. ¡Meditemos, pues, alma mía! Recorramos la tierra, investiguemos el seno de los abismos, sorprendamos al viento cuando gime entre los árboles del bosque, á las nubes cuando se agrupan para producir el trueno, y en todas partes hallaremos vestigios de la grandeza y bondad de Dios. Ese mar presenta el mismo aspecto que tuvo en el momento de la creación: así se agitaban y mugían las olas, cuando por vez primera se agruparon á la voz del Eterno. El mismo aire que Él crió es el que acaricia ahora mi frente y refrigera el ardor de mi pecho.

\*  
\*\*

Aire fresco de la mañana, céfiros de la aurora, refrescad mi frente que arde, no sé si con el ardor de la calentura ó con la llama de la inspiración. Ya te conozco, viento suave, y me acuerdo de cuando en la infancia venías á jugar con mis cabellos, á besar mis sienes y á arrullar mi sueño con cariño fraternal. Y ahora, ¿de dónde vienes? ¿Vienes acaso del paraíso? ¿Me traes aromas y perfumes de sus flores inmarcibles, ecos de angélicas armonías, tesoros impalpables é invisibles que llenan de paz el alma y de sosiego el corazón? ¿Y quién te colmó de tantos dones? ¿Mi Padre celestial? ¡Sí, sí! tú eres su mensajero. ¡Oh cuán bueno es Dios! ¡Cuán amoroso es mi Padre celestial! Dejarme contemplar la bondad de mi Padre y la ingratitud de mis hermanos los hombres.

\*  
\*\*

Aquí, en la soledad, en el silencio y oscuridad de la vida religiosa, contemplo la indolencia, la estupidez y locura de los que

de Dios viven alejados, y me compadezco de los que buscan su bienestar y grandeza entre el ruido, la compañía y el brillo del mundo, que sólo sirve para que mejor se vea la pequeñez y miseria del hombre. ¡El hombre! ¿Qué es el hombre visto desde aquí, desde mi celda? El que vive sólo para comer, el que sólo piensa en divertirse, el que sólo aspira á gozar, el que está en la tierra sin saber por qué ni para qué ha venido al mundo, ¿en qué se diferencia de una bestia? ¡Pobre hombre! ¿Por qué no abres los ojos á la luz sobrenatural? ¿Por qué te contentas con llevar vida animal, pudiendo tener vida de ángel? ¿Por qué no te levantas del polvo de tus miserias, y piensas en la nada de tu sér y en la sublimidad de esa nada, capaz de meditar y remontarse por los espacios del Cielo? ¡Desgraciado! ¡Desgraciado! ¡Cuánto te compadezco! Tu miseria sin nombre arranca de mi pecho suspiros de compasión.

\*  
\*\*

¡Volad, suspiros míos, envueltos en estas hojas que doy al viento por la ventana de mi celda! ¡Volad y decid á las almas sensibles y puras que mediten y amen! Amen á Dios y contemplen las obras de su diestra.





II

Al pie de una fuente

**A**quí, Dios mío, aquí al pie de estos frondosos olmos, y á la margen de esta clara fuente detengo el paso para contemplar tus bondades; y extendiendo el papel para confiarle los suspiros de mi pecho y los sentimientos de mi corazón.

El sitio es delicioso, agradable la sombra de estos árboles que entrelazan sus ramas para ofrecer un abrigo á las aves contra los rayos del sol abrasador; y más agradable que la sombra y más delicioso que el sitio es el canto de esas aves ocultas entre las hojas; canto que me habla de tí y me dice tus bondades.

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cuán bueno eres!  
¡Qué prueba de tu bondad inefable y de tu amor á las criaturas es este manso arroyuelo, que lento corre por la tierra abrasada con los ardores del Estío! ¡Cuántos mortales perecerían de sed, si no guardara tu Providencia debajo de la tierra y en las entrañas de los montes estas frescas y refrigerantes aguas, que brotan como jugando en el fondo de esta fuente!

Aquí vienen los animales del campo y los pájaros del aire para beber y saciarse; y ellos con sus trinos y sus balidos te alaban y bendicen á su manera, dando ejemplo al hombre ingrato que recibe igual beneficio y no responde con el mismo agradecimiento.

\*  
\*\*

¡Qué lástima, Señor! El hombre, el ser más noble de la creación es el que menos

parte toma en el himno universal que todas las criaturas cantan á tus misericordias. Este bullicioso arroyuelo que sale de la fuente y se desliza por entre los árboles, murmurando blandamente, dice tus alabanzas con sus blandos murmurios; y con sus límpidas aguas y su curso tranquilo me enseña á procurar la limpieza y quietud del corazón.

¡Ay! ¡cuántos corazones intranquilos y sucios envidiarán la quietud y pureza de esta fuente, rodeada de juncos y cercada de silvestres flores! ¡Cuántos otros correrán hacia la perdición inquietos y agitados, como las aguas de este arroyuelo que van á sepultarse en el borrascoso mar!

¡Ay arroyuelo insensato! ¿A dónde vas corriendo, si tienes á tus pies el abismo que te absorbera en su seno, privándote de los encantos de tus aguas límpidas y transparentes? ¿Por qué no te quedas aquí en medio de los campos, fertilizando la tierra y dando vida á las flores de los prados? ¡Ay lo que veo en tí! ¡Veo la locura del hombre que corre precipitado á su perdición!

¿A dónde va el hombre, corriendo tras los halagos del mundo seductor, que dejará siempre en su alma el vacío de la nada? ¿A dónde va el joven volando inquieto, como fugaz mariposa alrededor de la llama, que quemará sus alas y reducirá á ceniza asquerosa la hermosura de su alma? ¿A dónde va el viejo, corriendo tras sus pasiones, si tiene cerca de sí el abismo de su perdición? ¿Por qué, mortal insensato, no detienes el paso, y huyes de los peligros, y eres entre los tuyos el ángel del hogar doméstico, la alegría de tu casa y el consuelo de tu familia?

Desgraciado de aquel que se precipita, como corriente arrebatada, en el mar borrascoso del mundo; y dichoso aquel que contento con el sosiego y el reposo de la vida privada, pasa tranquilo sus días, prestando como esta fuente, alegría, vida, consuelo y animación á cuantos seres viven á su alrededor. ¡Dichoso el que á su paso por la tierra derrama á manos llenas beneficios y favores! ¡El que hace brotar con su presencia las flores de las virtudes, como este

manantial hace brotar con la suya la verde yerba que tapiza sus orillas!

\*  
\*\*

Clara fuente ¡ignorado arroyuelo! ¡cuánto me das que escribir y que pensar! ¿Por ventura no es también tu escasa y pequeña corriente la imagen de mi vida?

¡Sí, fuente cristalina y bulliciosa!  
Tú, nacida entre el musgo y el arena,  
Pasas corriendo la pradera amena  
Y en el mar te sepultas presurosa;  
Yo también nací en tierra deliciosa,  
Tuve mi infancia de consuelos llena,  
Pasé la juventud y.... ¡oh dura pena!  
Hoy me encuentro, cual tú, junto á la fosa:  
¡Ay! ¡nos cupo á los dos la misma suerte!  
Tú corres por el prado rumoroso  
Y en el fondo del mar vas á perderte:  
Yo corro por el mundo proceloso;  
Pero corro, cual tú, hacia la muerte,  
Sin tener un momento de reposo.

¡Oh que paralelismo! Sin reposo corren tus aguas á perderse en la inmensidad de

ese mar que las absorbe: mis días se deslizan sin interrupción y van á hundirse en el fondo de la eternidad. Tus aguas pasan una sola vez por la corriente, y no vuelven más: mis días pasan una sola vez por el cauce de la existencia y tampoco pueden volver. Tú acabas en el Océano; yo en el mar de la amarga muerte. Oh cuán sentidamente lo dijo el otro!

Nuestra vida son los ríos  
Que van á dar en la mar,  
Que es el morir:  
Allí van los señorios  
Derechos á se acabar  
Y consumir.

Y se consumirá esta vida, y empezaremos otra interminable en las alturas del cielo ó en las profundidades del averno. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Océano de bondad! ¡Mar inmenso de infinitas perfecciones! ¿Cuándo absorverás esta pequeña corriente de mi existencia? Mis días corren hacia Tí, como las aguas al mar; ¿cuándo llegaré á sumergirme en tu profundo, secretísimo y amoroso seno?

¿Cuándo en el profundo mar  
De tu amor, dulce Bien mío,  
Este pequenuelo río  
Se acabará de anegar?

¡Sea pronto, Señor, sea pronto! y en tanto mi alma sea á tus ojos pura como el cristal de esta fuente; mis días apacibles y serenos como sus aguas; mis obras, como las tuyas, provechosas para el prójimo, áun para aquellos ingratos, semejantes á las bestias, que después de beber pisan y enturbian el agua, pagando los beneficios con ingratitudes.

\*  
\*\*

¡Oh clara fuente! ¡Oh manso arroyo!  
Otros vienen á tí, buscando refrigerio para el cuerpo; yo lo busco para mi alma, que es más noble. A otros ofreces un poco de agua; á mí me ofreces provechosas enseñanzas, reflexiones profundas, y gratísimos recuerdos.

¡Sí! Un recuerdo ha cruzado por mi

mente, evocado por lo cristalino de tus ondas; el recuerdo de un *alma inocente*, que puede competir en pureza con tus aguas, en hermosura con tus flores, en encantos con tus murmullos y en ligereza con tu corriente juguetona. ¡Oh *alma candorosa*! También veo aquí tu primorosa imagen. ¡Cuán triste sería tu suerte, si corriendo por el mundo, como esta fuente por el prado, llegarás á caer en el lodo del pecado, manchando tu pureza con el cieno de la culpa!

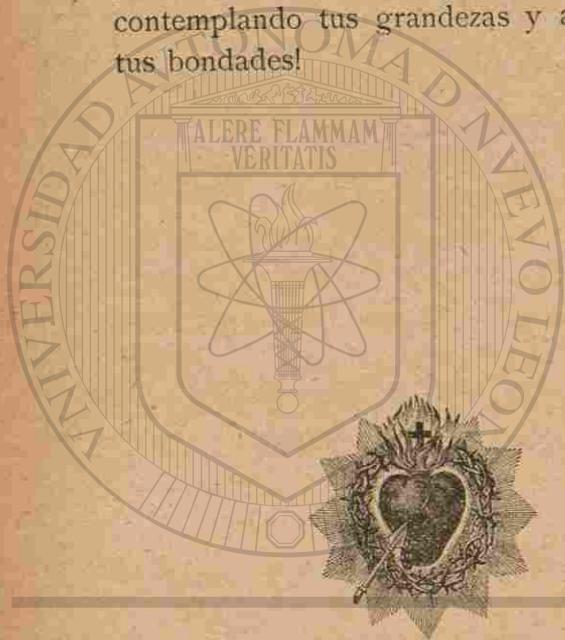
Huye del mundo, *alma pura*, huye del mundo y de sus vanidades; huye y que no te seduzca el espíritu del mal, alabando traidor tu hermosura. ¿Sabes lo que es la hermosura en el *alma inocente*? Es una fuente de aguas puras. ¿Y sabes lo que es el mundo seductor y corrompido? Es tierra cenagosa y asqueroso polvo. ¿Qué puedes esperar, si con él te mezclas? ¿Qué hace el agua cristalina cuando cae en tierra, más que convertirse en cieno? Y tú, si te mezclas con el mundo, ¿qué sacarás de él, sino pérdida de tu hermosura, llantos y tribulaciones, dolor y crueles remordimientos?

¡Desdichada el alma que teniendo alas, se arrastra por el suelo, cuando pudiera volar por los espacios sin límites, buscando sentimiento y amor, felicidad verdadera y placer eterno! ¡Desdichada agua la que, pudiendo convertirse en vapor y volar á lo alto, se arrastra por el polvo y se convierte en mezcla de asqueroso fango! Vuela, *alma justa*, vuela; sigue los impulsos generosos de tu corazón, y sube á las alturas, como la llama del fuego ó como la esencia de las flores.

Escóndete de la vista del mundo, huye de sus goces sensuales y busca á Dios, que Dios te dará á gustar otras alegrías que en el mundo no se conocen; Él rasgará las nubes de la tribulación, cuando quieran caer sobre tí, para que no sientas las tempestades de la vida; y cuando tú seas desatada de ese cuerpo en que estás aprisionada como pájaro en su jaula, Dios te subirá á las regiones de la luz, donde serás eternamente dichosa, nadando en las delicias del amor divino.

¡Dios mío, Dios mío! ¡Océano de bon-

dad! ¡Fuente de toda hermosura! ¡Aquí al pie de este arroyuelo, quisiera desfallecer, contemplando tus grandezas y admirando tus bondades!



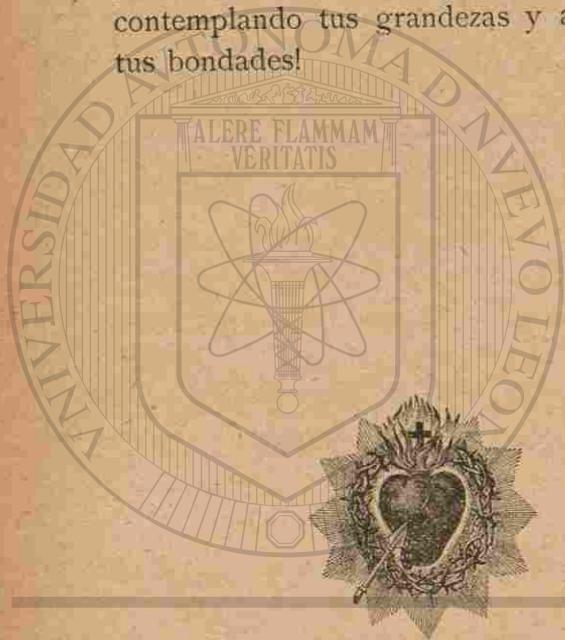
III.

A orillas del mar.

**A** BISMADA la mente con la contemplación de tus grandezas, tomo asiento ¡oh mi Dios! sobre esta roca solitaria que besan las olas del Océano, para mirar en su vasta superficie la imagen de tu inmensidad.

¿Quién es, Dios de mi corazón, el impío que te desconoce, ó el malvado que se atreve á negar tu existencia, si fija sus ojos en ese cielo azulado, ó en las verdes aguas del ancho mar? El cielo es pabellón de tu trono tachonado de estrellas; y el mar la alfombra de tus plantas bordadas

dad! ¡Fuente de toda hermosura! ¡Aquí al pie de este arroyuelo, quisiera desfallecer, contemplando tus grandezas y admirando tus bondades!



III.

A orillas del mar.

**A** BISMADA la mente con la contemplación de tus grandezas, tomo asiento ¡oh mi Dios! sobre esta roca solitaria que besan las olas del Océano, para mirar en su vasta superficie la imagen de tu inmensidad.

¿Quién es, Dios de mi corazón, el impío que te desconoce, ó el malvado que se atreve á negar tu existencia, si fija sus ojos en ese cielo azulado, ó en las verdes aguas del ancho mar? El cielo es pabellón de tu trono tachonado de estrellas; y el mar la alfombra de tus plantas bordadas

por los vientos bramadores, y los rayos del sol convertidos en hebras de finísimo oro.

¡Qué hermoso, Señor, es el mar y cómo publica tus grandezas! En él veo agitarse y ondular la brillante extensión de las aguas, levantar las olas sus crestas hacia el sol resplandecientes como diamantes, y caer después al abismo para levantarse de él más ufanas: oigo el ruido estrepitoso que forman al chocar en las rocas de la playa, y veo los festones caprichosos de su blanca espuma. ¡Qué bello, Señor, es el mar y cómo publica tus grandezas!

Cuando lo veo manso y tranquilo como las aguas de un lago; cuando blandamente vienen sus olas una tras otra á estrellarse en la orilla con dulce murmullo; cuando está quieto y sosegado, brindando á los mortales con abundante pesca, ó refrescándolos con sus brisas perfumadas; ¡oh! entonces, mi Dios, me habla el mar de tu bondad y mansedumbre infinita, entonces tiendo á placer mis ojos por su llanura y veo en ella la imagen de tu clemencia y benignidad.

Mas cuando lo veo levantar al cielo sus

olas enfurecidas, bramando con inmenso bramido, que llena los espacios; cuando sus aguas bullidoras hierven, levantando espumoso oleaje, y amenazando tragarse las ligeras naves que pasean por su plateada superficie; cuando llenas de furor se lanzan sobre indefensos bajeles para hundirlos y hacer que los traguen las fauces devoradoras de sus abismos; ¡ay! entonces me habla el mar de tu justicia é indignación, torpe y vilmente provocada por el pecado del hombre.

Y en uno y otro caso, cuando enfurecido y cuando manso, él me habla de tus grandezas. ¡Sí, Dios mío la extensión de los mares me dá indicios de tu inmensidad! pero ¡ay! que la voz de sus bramidos es muy apagada para hablar de tus grandezas; el mugido de sus olas al estrellarse en la playa es muy débil y nada dice de tí; el eco espantoso de las tempestades, que pasan tronando sobre sus hirvientes ondas quiere decir algo de tu majestad y poderío; pero no acierta, no. Tu grandeza es mayor, infinitamente más.

Al mirar la extendida superficie del Océano, se pierde la vista en un horizonte blanquecino que parece un muro celeste, deteniendo la inmensa mole de las aguas; pero yo sé que ese muro es aparente y que el mar se extiende muchísimo más allá de lo que la vista alcanza.

Sé que debajo de las aguas existe la vida en variadísimas formas; que hay en su fondo deliciosos jardines, cercados de bancos de coral y llenos de algas marinas y de árboles pajizos y jaspeados ocultos entre las ondas azules. Sé que en sus abismos hay valles y montañas, con grutas abiertas en rocas fantásticas, donde fermenta la vida con las formas más extrañas y pululan florestas teñidas de rosicler, cuya sólo vista causaría asombro á los mortales.

Todo eso sabemos que existe en el fondo de los mares; pero ¿quién sabe lo que hay en el abismo sin fondo de tu esencia

increada? ¿Quién ha penetrado sus senos impenetrables? ¿Quién vadeó jamás su piélago inmenso de luz inaccesible?

Tú, mi Dios, eres secretísimo y potentísimo, inmutable y quien todo lo mueve, invisible y que todo lo ves, increado y creador de todo, eterno y hacedor de los tiempos, incomprendible y comprensor de todas las cosas. ¿Quién será capaz de escudriñar los arcanos de tu divinidad? ¿Quién será osado á investigarlos?

¿Quién ante tí parece? ¿quién es en tu presencia Más que una arista seca, que el aire va á romper? Tus ojos son el día, tu soplo la existencia, Tu trono el firmamento, la eternidad tu sér!

¡Oh mar inmenso de bondad divina! llegue un día en que yo repose en tu orilla para no abandonarla jamás. Llegue pronto el día en que mi alma pueda sumergirse en las profundidades de tu esencia increada. Nade yo en esos abismos de luz, en ese piélago de tu amor infinito, que me hará eternamente feliz. ¡Dichoso el que navega en ese océano de felicidad! y desgraciados

los que nos anegamos en este mar miserable de la vida!

¿Qué es la vida del hombre, sino un mar revuelto y agitado con interminables borrascas? ¿Y qué es el hombre, sino frágil barquichuelo que naufraga en el mar de la existencia humana? En él se agita turbulento oleaje de envidias, rencores y mentiras; en él ruge con estruendo la horrible tempestad de las pasiones, y los rayos que esa tormenta lanza son el crimen y la maldad.

¿Qué mar, Señor, hay tan mudable y proceloso como el de la vida? ¿Qué cosa hay en él que en un mismo día no crezca y mengüe, como el flujo y reflujo de las aguas? ¿Qué felicidad hay en él constante? ¿Qué dicha permanente? ¿Quién no sufre en él las tempestades del infortunio? ¡Infeliz del que navega en el mar del mundo y no halla puerto á que acogerse! ¿Seré yo uno de estos infelices? ¡Ay, pobre de mí!

Bajel soy que cruza  
las olas amargas  
de mar agitado  
por fuerte borrasca.  
Timón ya no tengo,  
ni velas ni jarcias,  
ni faro vislumbro,  
ni espero bonanza.  
¡Piedad, Madre mía!  
¡piedad, Virgen Santa!  
¡De cierto naufrago,  
si tú no me salvas!

La mar se enfurece,  
los vientos rebraman,  
la costa se aleja,  
me arrollan las aguas;  
Juguete del Ponto  
fenece mi barca,  
y aumenta el peligro  
y crecen las ansias.  
¡Piedad, Madre mía!  
¡Piedad, Virgen Santa!  
¡De cierto perezco,  
si tú no me salvas!

¡Pero me salvarás! ¿Verdad, Madre mía?  
Cierto es que navego en el mar del mundo,  
donde contemplo sobre mi cabeza un hori-

zonte cubierto de plumizas nubes; donde escucho en torno mío el bramar del huracán; donde veo las olas levantarse á manera de monstruos colosales que desean tragarse el esquife en que cruzo el golfo de la vida; ¡pero, qué importa! A pesar de la borrasca viviré tranquilo, porque el ángel de mi guarda me sirve de piloto; la Inmaculada es la estrella que me rige, el Corazón de mi Dios es el puerto á donde me dirijo; ¿cómo he de perecer?

Ya puede el mundo infame con sus rencores, sus caprichos, sus vanidades, sus intereses y sus pasiones levantar tempestades contra mí; ya puede la marejada hacer de mi barquilla el juguete de las olas; ¿qué importa, si tengo al Corazón de Jesús por puerto, á la Inmaculada por faro y á mi ángel por piloto? ¿Qué importa que el abismo enfurecido amenace tragarme? ¡Yo nada temo, porque mi Estrella siempre luce en el cielo! ¡La Inmaculada no se eclipsa! y la Inmaculada es mi Madre y la estrella del mar en que navego: como estrella me guía, como Madre me bendice y su bendición calma las

tempestades y hará que las olas vengan mansas á besar la proa de mi barquilla, y que las brisas y los huracanes me conduzcan al puerto deseado.

A él me acojo, pues, Salvador mío, ¡porque quiero que la navicilla de mi alma bogue tranquila, sin temor ni zozobra, por el mar revuelto de la vida; y mientras yo camine hacia el puerto de tu Corazón divino, no hay oleaje que me haga fluctuar, ni escollo que no salve; y tranquila mi barquilla cruzará por entre ellos, sorteando las olas y los peñascos con el remo misterioso de la Santa Cruz.

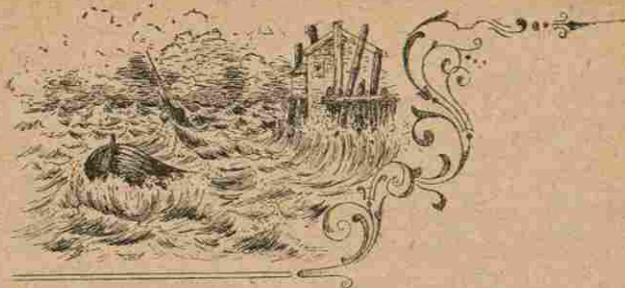
\*  
\*\*

El día se acaba y con él mis soliloquios á orillas del mar. El sol, próximo á hundirse en el ocaso, parece dormirse sobre un lecho de espumas mecido por las olas bonancibles; y desde allí con sus últimos rayos, da un adiós de despedida á mi blanco Monasterio, medio oculto entre los cipreses,

como pudiera estarlo la pintada oropéndola en su nido de flores.

La brisa del mar mezclada con las sombras del crepúsculo tiende su vaporoso manto sobre la tierra, robando su luz al día, su transparencia á las aguas, su color á las flores y su forma á las plantas, las cuales parece que oscilan agitadas por el leve soplo que mueve con sus alas el Angel de la Noche.

Angel Santo, visita mi morada, aparta de ella las asechanzas del enemigo y guárdala en paz durante la noche; y pues ésta es llegada y el día acabado, acaben también con él mis reflexiones á orillas del Océano.



IV.

Durante la tempestad.

**Q**STA mañana estaba el cielo sereno, claro el día, el sol radiante y hermoso. Ni una nube empañaba el azul del firmamento: apenas soplabla la brisa, jugueteando con la copa de los árboles: tranquilo estaba el mar, cuyas olas besaban mansamente la arena de la playa: amenos parecían los campos llenos de verdor y lozanía, ostentando sus flores y sus frutos; y las aves ocultas en la enramada ó volando por los aires lanzaban al espacio sus notas no aprendidas, triando dulcemente y llenando el bosque de alegría.

Mas á poco ¡oh Dios mío! la brisa se trocó en viento que ruge, azotando el arbolado; el azul del firmamento se cambió en un toldo de plumizos celajes que se extienden y avanzan hasta formar negros nubarrones que eclipsan al sol; y...

¡Las nubes solamente!  
¡Las nubes se acrecientan  
Sobre el dormido mundo!  
¡Las nubes por doquier!  
A cada instante que huye  
La lóbreguez aumentan,  
Y se las vé en montones  
Sin límites crecer.  
¡Cuán rápidas se agolpan!  
¡Cual ruedan y se ensanchan  
Y al firmamento trepan  
En lóbrego montón!  
Y el puro azul alegre  
Del firmamento manchan  
Sus misteriosos grupos  
En torva confusión.

Entretanto la mansedumbre del mar se ha convertido en furor, y ya las olas no besan la arena de sus orillas, sino que bravas y agitadas han invadido la playa, antes ri-

sueña y van á estrellarse contra las rocas, cubriéndolas de verde espuma. Buscan una guarida los animales del campo para refugiarse; y los pajarillos no cantan, sino que huyen espantados á guarecerse entre las ramas ó en los viejos y grieteados troncos del arbolado.

El vendaval avanza furioso, arrastrando la hojarasca, azotando las flores, agitando las mieses, tronchando las ramas y arrojando cuanto á su paso encuentra. Todo es juguete de la tempestad que obscurece el horizonte, atruena los espacios y parece que desquicia los fundamentos de la tierra.

Serpentea el relámpago entre las nubes, iluminando con siniestra luz el horroroso cuadro que el mundo ofrece; cruza el rayo por delante de nosotros, calcinando los árboles é incendiando los bosques; y se aumenta nuestro asombro con el estampido del trueno que retumba en el espacio y repercute con eco fragoroso en las hondonadas del valle y en las concavidades de las montañas..

¡Qué transformación, Dios mío! ¿En

dónde está la risueña mañana con que empezamos este día? ¿Qué ha sido de la hermosura del prado y del canto de las aves? ¿En qué ha parado la juvenil alegría de la naturaleza? ¿Qué se ha hecho de la luz que embellecía á las flores? ¿Dónde está el sol radiante que hirió nuestros ojos al despertar? ¿Qué mudanza, Dios mío, qué mudanza! De la luz á las tinieblas, de la calma á la tempestad.

¿Pero de qué me admiro? Transformaciones como esas y aun mayores, ¿no se obran en el hombre cada día? Ayer en los horizontes de mi espíritu amaneció el día claro y sereno; la tranquilidad reinaba en torno mío; iluminaba los ojos de mi alma esa luz divina que todo lo vivifica y hermosea; y durante la oración de la mañana aspiré el ambiente del paraíso, la fragancia de sus flores y las delicias del mundo espiritual. Salí de ella por un camino de rosas, lanzan-

do suspiros al aire y cantando mi dicha, como la canta el jilguero trinando alegre en las floresta de un jardín.

Pocas horas después soplaban ya los aires del averno, levantando polvareda que ciega los ojos del alma; aparecieron las nubes de la tribulación, obscureciendo su horizonte. Comenzó á rugir el huracán de las pasiones, huracán más terrible que los que se desencadenan en el espacio; brilló con fatídico fulgor el relámpago entre las nubes del alma; el trueno de la tentación retumbó en la conciencia, ensordeciéndola; y el alma estremecida y espantada luchó con la tormenta, buscándose un abrigo, como pájaro azorado, ó un puerto seguro, como nave combatida que no quiere ser víctima de la tempestad.

Mas no son esas las borrascas que mi alma teme, porque tengo para refugiarme, mientras ellas duran, el manto de la Inmaculada y la llaga del Corazón de Jesús. Y escondida mi alma en el costado de Cristo, como paloma en las aberturas de las peñas; y acogido al manto de María, como nave

anclada en seguro puerto, no temo las tormentas, porque sé que no me arrollará el viento ni me herirá el rayo; sé que esas nubes se disiparán, como el humo en el espacio y que mi cielo aparecerá de nuevo hermoso y radiante, y que las horas se deslizarán otra vez para mí tranquilas y apacibles, si soy fiel á mi Dios.

No son esas las tormentas que mi alma teme, ni esas las borrascas que me causan pavor. Hay otras tempestades más horribles, las que vienen del Aquilón y traen consigo el granizo asolador y el frío de la muerte.

\*  
\*\*

Esas tempestades sin nombre se forman con nubes de ilusiones desvanecidas y esperanzas muertas; con vientos de ingravitudes y horribles desengaños; con nubarrones de encendida ira, envidia roedora y odio maldito, que chocan entre sí, produciendo relámpagos que brillan con el fulgor

de la maledicencia, truenos de difamación que llegan á todas partes, rayos que hieren la reputación más bien sentada, y granizada horrible de calumnias que destrozan la honra y el alma.

¡Esas sí que son tempestades horribles! sus rayos se fraguan en los antros infernales, y el demonio mismo los coloca en la negra nube de corazones malvados, envidiosos y ruines; soplan sobre ellos las furias del averno y estalla la chispa que incendia, y con ella la guerra descarada de los malos y la persecución muda y sorda de los buenos, más sensible y más recia de sufrir, porque sus tiros son más certeros para herir en la fama y el honor.

Mas para el alma inocente y de conciencia pura, esa tempestad de infamia no merece ni el honor de ser conjurada, porque rara vez se forman en el horizonte de la vida, sin que aparezca entre sus nubes el iris de la esperanza, colocado por Aquel que pronunció con sus labios mil veces benditos estas consoladoras palabras: *Bienaventurados vosotros, si os calumnian los hombres;*

gozas y alegros, porque vuestra recompensa es grande en el cielo. Por eso, Dios mío, tampoco temo esas tempestades y me río de ellas, porque sé que tú las permites para purificar la atmósfera que me rodea y alejar de mí los miasmas deletéreos de la vanidad y del apego á las criaturas.

Las tormentas que temo ahora, oh Dios mío, y en las que jamás quisiera verme envuelto, son otras muy distintas, desconocidas en el mundo, invisibles para todos, menos para la pobre alma que las sufre; tempestades formadas por torbellinos diabólicos que arrastran al alma por tenebrosas regiones, donde monstruos espantables amenazan devorarla y arrancarle la esperanza de salvarse; regiones por donde la infeliz llega muchas veces al borde del infierno, abierto para devorarla, y le parece que desciende por sus lóbregas cavernas, donde se vé precisada á lanzar este grito del Profeta: *Dolo-*

042116

*res inferni circumdederunt me...! infixus sum in limo profundí et tempestas demersit me.*

Dame tú, ¡oh Dios mío! fortaleza y gracia para que esas tempestades no me arrollen. Dame valor para no temer al infierno, aunque lo vea cerca de mí, amenazando devorarme. ¿A qué temerle? Yo confío en que por tu bondad no me envolverán jamás esas pavorosas tempestades; que me tendrás muy por encima de ellas colgado de tu mano, riendo con sonrisa de triunfo y meciéndome sobre sus abismos, como se mece el águila en el espacio, sobre el cráter de los volcanes.

¡Dios mío, en tí espero! ¡en tu bondad confío! no sea confundida mi esperanza.



011649



V.

En la enfermería.

**E**stá enfermo el que tú  
amas: Con esta triste nueva  
acudieron á tí, mi buen Je-  
sús, aquellas dos santas her-  
manas, Marta la inocente y  
María la pecadora; y con las mis-  
mas palabras te saludo yo, médico  
de mi alma, diciéndote que estoy en-  
fermo: *Ecce quem amas infirmatur.*

¡Ay! ¡Si al menos pudiera decir  
con la esposa de los Cantares, que estoy  
enfermo de amor! Pero ¿dónde está, mi Dios,  
tan dulce enfermedad? ¡Pecadorazo de mí,  
Jesús mío! ¡Que estoy enfermo y no es de

tu amor; debilitado, y no de trabajar por tu gloria; herido, y no de tu dulce atractivo; estropeado, y no de servirte; llagado, y no de llevar tu cruz! ¡Ay de mí! que estoy malo y no de padecer por tí, ni de hacer rigurosas penitencias; estoy malo, y es de mi propia ruindad ó por mis muchas culpas, porque la culpa es la causa de todo mal; ella fué la que á tí te puso en cruz, siendo tú la inocencia misma.

¡Oh Jesús del alma mía! Viéndote en la cruz, desgarradas las espaldas con azotes, taladrada la cabeza con espinas, traspasadas las manos y los pies con clavos, sin más lecho que el madero, ni más almohada que la corona; viéndote así, amor mío, ¿quién se queja de estar enfermo? ¿Quién tendrá valor para pedirte refrigerio en sus dolores y alivio en sus males? ¡No! no te pido lenitivo á mi dolor ni remedio á mi mal; sino que te ruego con la amante Teresita que me des lo que tú quieras:

«Dadme muerte ó dadme vida,  
Dad salud ó enfermedad,

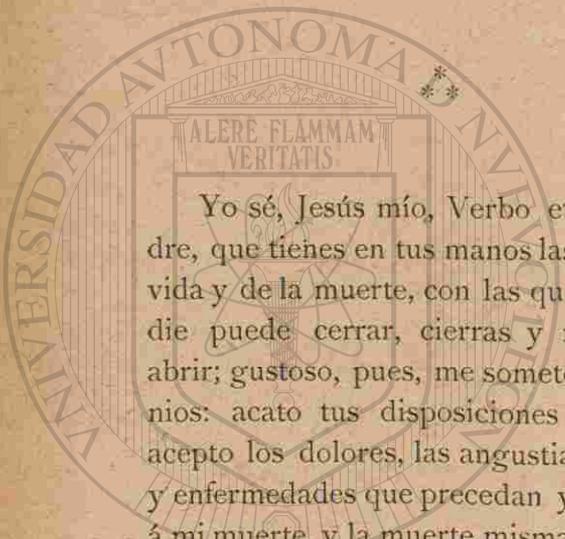
Honra ó deshonra me dad,  
Dadme guerra ó paz cumplida,  
Flaqueza ó fuerza á mi vida,  
Que á todo diré que sí.»

.....  
¡Tu voluntad es la mía,  
Haz lo que quieras de mí!

Pero, si quieres sacarme ya del destierro, haga yo en tus brazos amorosos el tránsito del tiempo á la eternidad, de la vida á la muerte y de la muerte á la verdadera vida. ¡Eso te pido amor mío! que cuando mi corazón, débil y oprimido por el peso del dolor, y sobrecogido de espanto por la presencia de la muerte, esté próximo á dar su último latido, tú me asistas con tu gracia para que sea el postrero un fuerte latido de amor, de amor á tí.

Por morir amándote, acepto de buena gana los dolores, la enfermedad, la misma muerte, y doy por bien empleada la ceguedad de mis ojos, la mudez de mi lengua, la inmovilidad de mis miembros y la disolución de este cuerpo de pecado, que dejo por manjar á los gusanos, para morir víctima de

penitencia ofrecida en sacrificio de expiación á tu amor menospreciado.



Yo sé, Jesús mío, Verbo eterno del Padre, que tienes en tus manos las llaves de la vida y de la muerte, con las que abres y nadie puede cerrar, cierras y nadie puede abrir; gustoso, pues, me someto á tus designios: acato tus disposiciones sobre mí y acepto los dolores, las angustias, las penas y enfermedades que precedan y acompañen á mi muerte, y la muerte misma en la forma, tiempo y manera que plazca á tu bondad soberana.

¡Oh! ¡qué paz trae al alma el someterse así en todo á tu voluntad divina! ¡Oh qué gozo le causa padecer por tu amor! ¡Benditos padecimientos y benditos dolores! Ellos nos asemejan á tí *Varón de dolores y sabedor de enfermedades*, como te llamó Isaías! Ellos nos acercan á tí, nos ponen junto á tu Cruz

y completan en nosotros el fruto de tu pasión.

Purifícame con estos males, ¡Jesús mío! y pues eres médico de las almas y estás enfermo de amores, como enfermo, quédate aquí conmigo y seamos compañeros de enfermería; más como médico, cura, si conviene, las dolencias de mi cuerpo y ahonda más la herida de mi alma. Como sé que eres juntamente médico y enfermo, he cobrado confianza y libertad para decirte mis rarezas y mostrarte los males de mi corazón.

Enfermo soy, ¡pero qué enfermo tan raro! No te pido la salud, Médico divino, sino que me doubles la enfermedad. ¡Si te agrado padeciendo, viva el padecer! ¡Si te sirvo doliente, vengan dolores sobre mí! pero junta á los males del cuerpo los deliquios del alma y la dulce enfermedad de aquella que decía: *Amore languco*: Desfallezco de amor.

El alma que no gusta los desmayos de ese mal, suave sobre toda dulzura; la que no siente los deliquios y las ansias de tu amor, ¿no es en verdad la que está enferma y

desahuciada? ¡Ay, amor mío! enferme yo de amores, de tus divinos amores, hasta desfallecer y morir con su dulce violencia.

¿Quién sabe lo que sufre y goza un alma herida del divino amor? ¡Bien lo sabes tú, Jesús mío! tú, á quien enloqueció la dulce violencia de esa herida, poniéndote preso de amor en el sagrario. ¡Tú sí que estás enfermo de amor! ¡Qué bien te conoció, oh Jesús mío, aquel santo Profeta que te llamó *Vayón de dolores, perito en enfermedades!* ¡Oh qué bien entiendes tú las dolencias del alma! ¡Qué bien sabes hasta dónde llega la herida del amor! ¡Qué bien conoces no haber remedio para esa dolencia, ni medicina para ese mal, sino amando y sufriendo!

En tí la dolencia del amor llegó al exceso y más allá; y no tuviste alivio, sino sufriendo y amando. El sudor copiosísimo del huerto no te alivió, ni las repetidas y crueles sangrías de la flagelación mitigaron

la fuerza de tu mal; antes bien creció el incendio del amor, y para apagarlo pediste agua en la cruz, mostrando la sed que tenías de más padecimiento y más amor: *¡Sítio!*

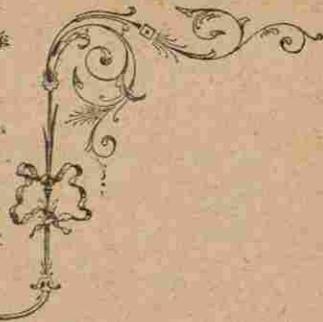
*¡Sítio! ¡Tengo sed!* ¡Sed tiene el Amado! ¡Angeles santos! batid las alas con ligereza; remontad el vuelo por los espacios; rodead la tierra cuan grande es; y á las almas amantes, á las palomas castas, á los hijos de Dios, á todos los fieles cristianos decidles que Cristo, el Esposo de las almas, está sediento y enfermo de amor. ¿Y no es crueldad desmedida tener un amigo enfermo y no visitarlo? ¿No es indicio de ingratitud y desamor tener al amante muriendo de penas y no consolarlo? Pues si es así, ¿qué nos detiene? ¿Por qué no volamos al tabernáculo, donde está el amantísimo Jesús gravemente enfermo de amor? ¡Ay! ¡volemós á consolarlo!

La esposa de los Cánticos, que tenía el mismo mal, pedía que la confortaran con aromas y licores; y lo mismo pide el amante Jesús. ¿Pero qué aromas templarán su do-

lencia, sino la fragancia de las virtudes? ¿Ni qué licor confortará sus desmayos, sino el licor de nuestras lágrimas, esprimido por el dolor purificante y el amor ardiente? Y yó que ni lágrimas ni virtudes tengo, ¿qué te daré, Dios mío?

No puedo prestarte alivio, sino ofreciéndome á llevar parte de tu peso y á sufrir parte de tu mal. ¡Comunicame, pues, Jesús mío, la dolencia de tu amor, para que el amor me acabe! Te lo pido por la herida de tu pecho, por las angustias de tu piadoso corazón y por los tormentos de la cruz, donde fuiste remedio universal para los males del hombre.

Cayendo con ella nos levantaste, desnudo en ella nos vestiste, enfermo en ella nos sanaste, sufriendo en ella nos compraste el gozo eterno y muriendo en ella nos diste eterna vida. Sea, pues, tu Cruz el remedio de mis males, el consuelo de mis penas, el alivio de mis dolores y el lenitivo de mi enfermedad.



VI.

En el bosque.

**E**STAMOS al comienzo del otoño, y antes de reanudar las tareas literarias, he venido con mis discípulos á pasar un día de asueto en estos bosques solitarios. Un amigo, á quien Dios bendiga, nos ha traído aquí. ¡Qué ajeno estará él de lo que en estos momentos estoy pensando y pidiendo para él á la inagotable bondad de nuestro Padre que está en los cielos! Dios le pague este día de placer que nos proporciona; día en que puedo contemplar á mis anchas el sagrado horror de los desiertos.

Hermoso está el campo, como en días de primavera; pero esta hermosura tiene un tinte de tristeza, que parece presagio de cercana muerte.

Amarillean algunas hojas, que á la menor sacudida del aire, caen con movimiento vertiginoso sobre la tierra, donde son arrastradas por el viento.

Hojas que caen del árbol son también mis ilusiones; hojas que caen del árbol son mis días; hojas que caen del árbol es mi vida; hoja que cae del árbol soy yo!

¿Quién sabe si mañana el viento frío de la muerte me hará palidecer y me derribará al suelo, donde arrastrará más tarde mis cenizas, como arrastra ahora las hojas secas?

¡Ay! Si á lo menos esas hojas de mis días hubieran servido para hacer compañía á las flores de las virtudes y para dar sombra á los frutos de la santidad! Entonces ¡qué dichoso sería!

\*  
\*\*

Mas ¿á qué vienen ahora tan tristes pensamientos en el día de recreación? Alégrate, alma mía, y ama á tu Dios en este agradable retiro, en que lejos del ruido del mundo, de sus vanidades y placeres, te encuentras á solas con El en medio del espectáculo encantador que la naturaleza te ofrece.

¡Oh feliz mansión, ¡bosques amados! ¡Cuán gratos sois para mí! Os prefiero á las ciudades populosas y al bullicio de las gentes, porque me dais la quietud que anhela el alma.

¡Qué soledad! Heme alejado de mis compañeros y el silencio más profundo reina á mi alrededor: en torno mío se levantan hacia el cielo altos y frondosos árboles cuyas hojas no se mueven, porque están como dormidas, envueltas en el sombrío manto de su mismo follaje.

Aquí no hay fuentesillas murmurantes, ni aguas que susurran en plácidas corrientes.

No se oye el bramar del Océano ni el mugir de las olas que se estrellan en la arena.

Las aves no cantan ni los insectos vuelan, por no interrumpir con ingrato zumbido el agradable silencio del espacio.

Por entre las copas sombrías de los árboles descubro pedacitos de cielo azulado, que me hacen suspirar por la posesión imperecedera de aquella mi patria amada.

Blancas nubecillas, flotando como gasas en esa bóveda azulada, me invitan á que las siga y me remonte con ellas á la región de eterna luz.

¡Ay, quién me diera alas de águila para volar! ¡Dios mío, Dios mío! ¡Dios de las virtudes! ¡Padre amantísimo! líbrame del peso de este cuerpo, y haz que mi alma pura y sin mancha suba á tu trono á pagarte con un beso de hija el tributo de su amor.

En todas partes, mi Dios, te veo presente, y la idea de tu amor nunca me abandona; pero en estos instantes, en que reina el silencio sobre mí, es cuando oigo en la naturaleza tu voz divina que habla á mi alma y penetra mi corazón.

Voz misteriosa, más dulce que el rumor

de los bosques y la fragancia de los campos, ha llegado hasta mí; su sonido atenuado por el leve movimiento de las hojas, semeja la voz de una madre, cuando habla al pie de la cuna donde duerme el fruto de su amor.

Y me ha dicho: *Pobre desterrado, aquella es tu patria: no yerres el camino y enseñalo á los rectos de corazón.*

\*  
\*\*

¡Desterrado me ha dicho! ¿Y puede haber satisfacción cumplida para un desterrado?

La escena que estoy contemplando es uno de los consuelos más puros que me ofrece la naturaleza, y sin embargo, eso mismo aumenta las penas de mi destierro.

¿Quién deja de penar, mientras vive lejos de su patria?

¿Quién, Jesús de mi alma, está satisfecho, viviendo ausente de tí?

Sin tí, ¡cuán poco vale todo!

La amistad que aquí me ha traído, el silencio que me rodea, la soledad que me encanta, el santo temor del desierto, el rumor de estos bosques solitarios, la sombra refrigerante, el verdor de los árboles, el aroma que despiden, las nubecillas del cielo y el cielo donde flotan esas nubecillas, ¿qué sería todo eso sin tí?

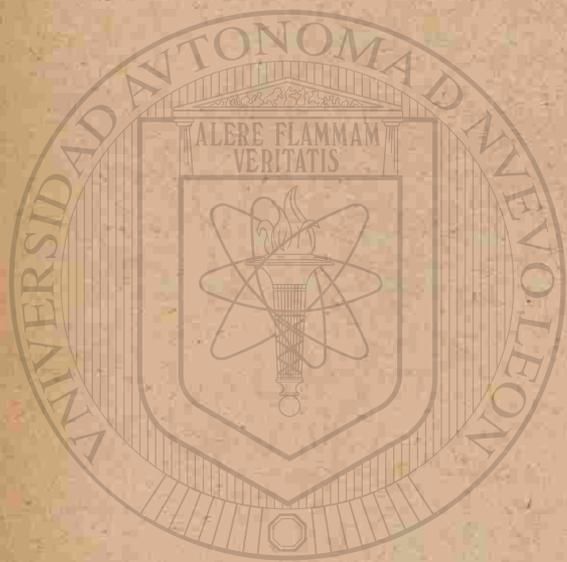
Sin tí la naturaleza  
me es fría, triste, prosáica;  
no tiene alegría el campo,  
ni bella luz la mañana,  
ni melodía las aves,  
ni el prado flores lozanas,  
ni murmullo los arroyos,  
ni los jardines fragancia,  
ni verde obscuro la selva,  
ni transparencia las aguas,  
ni lozanía los valles,  
ni contornos las montañas;  
sin tí me fastidia todo,  
sin tí no me alegra nada,  
sin tí fuera insoportable  
la mísera vida humana,  
y contigo hasta la muerte  
se me hace dulce y grata,

porque será la carroza  
que me llevará á mi patria...

¡Qué gritería! ¡Adiós meditación!  
Ya vuelven de la caza y es hora de  
comer.

Voy á salirles al paso; me hago encon-  
tradizo con ellos y... si algún día se publi-  
can estos borrones, verán mis amigos en  
qué he pasado la mañana, y que no ha sido  
mi caza inferior á la de ellos.





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



VII.

Mirando al cielo. (1)

**Q**ué noche tan hermosa,  
Dios mío! ¡Qué espectáculo  
tan grandioso y encantador!  
La noche ha cubierto con  
su manto de sombras indefinidas  
la altísima Giralda, las agudas to-  
rres, las altas chimeneas y soberbios  
edificios de la reina del Guadalquivir.

El murmullo de la ciudad se ha ido ex-  
tinguiendo lentamente, cediendo su lugar  
al silencio nocturno, interrumpido algunos  
momentos por el ladrido de los perros, por

(1) Escrito en Sevilla como los siguientes.—  
N. del A.

el pito de los serenos, por el silbato de la máquina que en la estación maniobra, ó por el sordo ruido de algún coche que se aleja precipitado hacia la puerta de la Macarena.

En medio de este silencio, de estas sombras y de esta soledad de la noche callada, me dirijo á tí, Dios mío, porque mi alma necesita comunicarse contigo, y contemplar absorta las obras de tus manos.

Ese firmamento tachonado de estrellas atrae hacia sí la mirada de mis ojos y los afectos de mi alma, presa ahora de una emoción dulce, vaga é irresistible.

¡Qué noche tan hermosa, Dios mío!  
¡Qué espectáculo tan arrebatador!

Al contemplarlo, siento que mi alma quiere lanzarse á los espacios, y se agita ó tiembla, como tiembla el pajarillo y agita sus alas antes de levantar el vuelo y remontarse por los aires.

¡Oh! ¡quién me diera vuelo de paloma para volar por esos espacios sin límites conocidos! ¡Oh! ¡quién pudiera, Dios mío, sondear los misterios de la creación y surcar ese piélagos de tibia luz que difunden

en el firmamento los millones de astros que formó tu mano poderosa!

Quisiera, Dios mío, vagar por los aires, flotar en las nubes, bogar por el éter, nadar en ese océano de luces palpitantes, perderme en la inmensidad de esos mundos, y no parecer hasta encontrarme en tu presencia, postrado á tus plantas, cantándote el himno de los querubes.

Esto quisiera mi alma; pero son vanas sus ansias é inútiles sus esfuerzos, porque la pesadez del cuerpo impide su vuelo y no la deja subir. ¿Quién la librará de este cuerpo de muerte? ¿Quién desatará los lazos que á él la unen?

Fe sacrosanta, dame tus alas, que con ellas voy á remontarme por la extensión inmensurable del cielo; y á cantar con los ángeles al son de sus cítaras los versos del salmista, á esos cielos que del Señor las glorias cantan. ¡Sí, Dios mío!

Los cielos dan pregones de tu gloria,  
Anuncia el estrellado tus proezas,  
Los días te componen clara historia,  
La noche manifiesta tus grandezas...

Y en la noche silenciosa, ese cielo que ven los ojos extendido y desplegado por tu mano, cual inmenso pabellón que cubre la tierra; las estrellas en él suspendidas, como lámparas de la creación colgadas por Tí para alumbrar el espacio entenebrecido; esas luces misteriosas que al parecer las apaga el día y la noche las enciende, me hablan de Tí y me hacen ver tu nombre tres veces santo, escrito en la obscuridad con letras de fuego.

¡Oh, qué hermosa es la noche estrellada! ¡Qué espectáculo tan encantador ofrece á mis ojos!

Gran desgracia sería, oh Señor, la del ciego que por falta de vista corporal, no pudiera contemplar esta hermosura; pero aún sería mayor la del hombre incrédulo, la del sabio estúpido, que por falta de fe no hallara tu nombre augusto escrito con caracteres de estrellas en mitad del firmamento.

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Cuán grande es tu poder! ¡Cuán magníficas tus obras! ¡Cuán hermoso tu cielo!

\*  
\*\*

Y si tan hermoso es lo que descubre la vista, ¿qué será lo que alcanza la razón? Mucho ven los ojos en el cielo estrellado; pero la razón y la ciencia ven más, mucho más.

La razón y la ciencia me dicen que cuanto ven mis ojos es aparente y muy distinto de la realidad; me dicen que ese cielo no es la bóveda de la tierra, ni las estrellas lámparas en él colgadas para alumbrar la noche.

Me demuestran que la tierra en que vivo es un globo que gira en el espacio; y que este espacio se extiende alrededor de ella en todas direcciones.

Me prueban que á esta esfera terrestre la circunda una atmósfera azulada, en cuyo seno nacen las nubes y se forman las tempestades.

Me enseñan que ese globo con su ac

mósfera vuela vertiginosamente por el espacio con la espantosa rapidez de medio millón de leguas por día.

Me aseguran que ese espacio es un mar sin superficies, fondos ni límites conocidos, en el cual navega nuestro planeta arrastrado por la ola misteriosa del tiempo y por la atracción más misteriosa todavía de esa químera que llaman gravitación universal.

Me demuestran que la tierra no es sino uno de tantos globos como pueblan los espacios; y que esa multitud de estrellas que mis ojos descubren, ó son soles como el nuestro, cuyas distancias los hacen aparecer imperceptibles, ó planetas que giran alrededor de su centro, como nuestra tierra alrededor del sol.

Me afirman que la distancia de esas estrellas es tan grande, que su luz, corriendo más de tres millones de leguas por minuto, echa lo menos tres años en llegar hasta nosotros.

Me aseguran que hay astros de esos á distancias tan inmensas, que andando su luz cincuenta y cuatro mil leguas por segundo,

echa millones de años en recorrer el espacio que de nosotros la separa....

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡qué inmensidad! ¡Cuán distantes están los límites de la existencia! ¡Qué lejanas las fronteras de tu imperio! Esa polvareda de astros que levantó el soplo de tu omnipotencia, y que aparece á mis ojos como lluvia de diamantes, ¿son otros tantos mundos?

¡Sí, Dios mío, sí! y esos mundos son tuyos y obras de tu mano poderosa. ¡Señor de los mundos! ¡Hacedor de los astros! ¡Creador de los tiempos y Rey de los siglos! mi alma te adora, mi corazón te ama, mi lengua bendice tu poder, alaba tu sabiduría y canta tus bondades.

Esos mundos perdidos en la inmensidad, esa multitud de globos incandescentes, esas legiones de estrellas encendidas son tuyas, y Tú eres mi Dios y mi Padre amantísimo. ¡Padre mío y Dios mío! ¡Señor de los mundos y Hacedor de los astros, bendito seas!

¿Cómo el hombre no te ama? ¿Cómo tiene su corazón pegado á la tierra? ¿Cómo no

se para á contemplar las obras de tu omnipotencia? ¿Cómo no se extasía, al fijar su mirada en ese cielo estrellado?

¿Quién es el que esto mira  
Y precia la bajeza de la tierra,  
Y no gime y suspira,  
Y rompe lo que encierra  
El alma, y de estos bienes la destierra?  
¿Morada de grandeza!  
¿Templo de claridad y de hermosura!  
El alma que á tu alteza  
Nació, ¿qué desventura  
La tiene en esta cárcel, baja, obscura?

¡Yo quiero salir de esta cárcel, Dios mío!  
yo quiero volar á Tí, y contemplar esos astros con que están empedrados los caminos de tu alcázar soberano. ¡Oh qué globos tan brillantes! ¡Qué noche tan hermosa! ¡Qué escena tan encantadora!

\* \* \*  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¡Vía láctea, camino de Santiago! Vivero ó torbellino de estrellas, que te extiendes

como zona luminosa por esa concavidad celeste, dime: ¿son muchas las almas que á esta hora tienen fijos en tí sus ojos?

Apacible claridad, que pareces hecha para alumbrar de noche las oraciones del justo sobre la tierra; ¿estás alumbrando ahora la plegaria de muchos justos? ¿Suben por entre tus nebulosas muchas oraciones hacia el empíreo? ¿Hay almas que absortas te contemplen en este instante, cual te contemplan mis llorosos ojos?

Si es así, háblales de Dios, mi Padre, á esas almas, hermanas mías; pero si es lo contrario, si ves corazones que se arrastran por la tierra ó duermen en el vicio, entonces clámales con voz de trueno:

¡Oh! ¡despertad, mortales!  
¡Mirad con atención en vuestro daño!  
Las almas inmortales,  
Hechas á bien tamaño,  
¿Podrán vivir de sombras y de engaño?  
¡Ay, levantad los ojos  
A aquella celestial eterna esfera;  
Burlaréis los antojos  
De aquesta lisonjera  
Vida, con cuanto teme y cuanto espera.

¡Ay! Dios mío, yo quiero burlar los engaños de esta vida seductora, y no amar sus alegrías ni temer sus penas. No quiero temer mal que se acaba pronto, ni quiero dicha que termine presto; sino la dicha interminable de morar en esas venturosas regiones del cielo con tus santos y escogidos, paseándome por esos astros prisioneros de tu gloria.

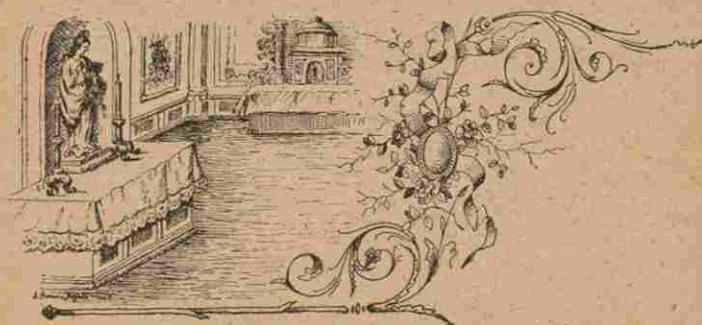
Nuevo grupo de estrellas aparece en el oriente, y tras ellas vendrá el lucero matutino abriéndole las puertas del horizonte á la blanca aurora, que con su manto de luz eclipsará el brillo de las estrellas.

Yo me retiro á descansar un poco y á soñar con esos astros, flores del jardín eterno, faros que me indican el puerto venturoso hacia el cual navego.

Adiós, estrellas queridas; y cuando vuelva mañana á conversar con vosotras, ha-

bladme otra vez de mi Padre celestial y decidme si levantan sus ojos hacia vosotras muchos desterrados de los que gimen y lloran en este valle de lágrimas.





VIII.

En su Capilla.

**A**quí en la soledad y silencio del templo te busco, oh Jesús mío, porque mi alma atribulada necesita el consuelo divino que tú sólo puedes darle. Por eso desprecio las delicias y el tumulto del siglo y vengo aquí á postrarme de hinojos ante tu altar y á contarte mis pesares. ¡Oh qué dichoso seré, si te dignas escucharme!

¡Mas por qué, alma mía, estás tan entristecida? Aquí á los pies de Jesús, luz del cielo, se dispararán las negras sombras de tus tristezas. Si te molesta la vanidad de los

hombres, si te affige el trato de las criaturas, si te hastía la conversación del mundo, aquí tienes á Jesús, cuyo trato todo lo dulcifica.

Si la aflicción que sientes tiene por causa las miserias de la vida, la deslealtad de los hombres ó la falsedad de los amigos, habla con Jesús, blanco de la contradicción de los hombres, objeto de vil traición por parte de quien se llamó su amigo, y El te consolará.

Si tu tristeza nace de la prolongación del destierro en que vives, ó de la ausencia de la patria amada por quien suspiras, llégate á Jesús compañero de tu destierro y prenda segura de la gloria advenidera. Llégate á El sin temor, que no serás mal recibida, ni saldrás de su presencia fatigada.

Así lo creo, Jesús amado, y así lo siento! Ya respiro con más desahogo, porque aquí en tu Capilla reina la paz, halla el corazón descanso y las lágrimas acuden á los ojos mezcladas de consuelos celestiales, que

cual lluvia benéfica templá la aridez de esta vida triste y endulza sus amarguras.

¡Oh qué dulce es contar las penas á quien se sabe que ha de consolarnos! ¡Tú eres mi Dios! consolador universal de todos los afligidos y descanso de todos los fatigados. ¡Oh qué grato es descansar en tí! Dichosos los que á tí acuden, y se alejan de ese mundo engañoso y sin entrañas.

Yo escuché sus halagos, dí oídos á sus promesas, surqué lo que en él se llama mar de felicidad, y sólo hallé inquietudes y amarguras. ¡Oh qué peligrosa y qué triste es la travesía del amargo mar del mundo! ¡qué molestas las horas! ¡qué pesados los días! ¡qué fastidioso todo! Los cuidados inquietan, los peligros acobardan, los temores perturbán, la prosperidad envanece, la adversidad abate, las penas consumen y en vano se busca en el mundo consolación para las verdaderas penas.

¿Qué consuelo puede el mundo dar, si él es la causa de todo desconsuelo? Siendo la tierra valle de lágrimas, ¿qué ha de brotar de sus fuentes y qué ha de correr por

sus arroyos, sino lágrimas y llanto? ¡Lejos de aquí, mundo seductor! Detesto tus consuelos, porque están llenos de amarguras.

Tú sólo, Jesús mío, eres mi refugio y mi consuelo; tú el único que has calmado siempre las tempestades de mi alma; tú el que siempre me has dado fuerzas para cruzar este ancho y borrascoso mar de la vida, trocándome la pena en gozo y el llanto de dolor en llanto de alegrías inefables.

Contigo todo es gozar, pues, padeciendo por tí, goza el alma; contigo no hay pesar, porque tú quitas al corazón toda pesadumbre; contigo no hay males, porque tú de ellos sacas bienes; y por eso el alma encuentra en tí consuelo en sus penas, remedio á su dolor, alegría á sus tristezas y descanso á su fatiga.

¡Oh descanso verdadero de mi alma! Yo he pedido al hombre una limosna en mi pobreza, y á veces me ha socorrido; le he pedido una solución en mis dudas, y me la ha dado; le he demandado un alivio en mi adversidad, y también lo he recibido; pero le he pedido quietud para mi corazón, des-

canso para mi alma y nadie me lo ha podido dar.

Esto sólo tú lo das, Dios de mi vida, centro y reposo de todas las criaturas. Y si algún hombre fuera osado á ofrecerme ese reposo fuera de tí, creería de él que su soberbia le engaña ó que en su malicia miente; seguro como estoy de que sólo tú eres reposo de las almas y consuelo de los corazones.

¡Sí! no hay descanso fuera de tus muros, oh Corazón divino; y siempre lo hay en tí, porque eres alcázar donde el alma mora tranquila, aunque la intranquilidad lo cerque; oasis delicioso del desierto mundo, en donde ya no hay desierto para el alma, lecho regalado, donde el cansancio no tiene entrada, y manantial perenne de inefables delicias.

\*  
\*\*

Sólo conozco un mar sin tempestades; un mar que cual sereno lago siempre brinda tranquilidad y bonanza; y este mar es tu

corazón, oh Jesús mío, océano inmenso de bondad, cuyas aguas besan el puerto de la eternidad feliz. ¡Cuán grato es caminar hacia ese puerto! ¡Cuán hermoso navegar por ese piélago infinito de purísimas delicias!

Naveguemos por él, alma mía, naveguemos sin parar, hasta llegar al término de nuestro viaje. Soplen, oh Dios mío, favorables los vientos de tus misericordias y corra mi alma por el mar de tus amores, hasta perderse en él para no salir nunca, y nunca dejarte de amar.

En tí quiero vivir, divino Amante, á tí deseo confiar mis secretos, á tí decir mis amores, á tí comunicar mis afectos, á tí entregarte el corazón. A tí quiero unirme, con lazo estrecho, porque cuanto más unido, tanto más sabré de tí; cuanto más sepa, tanto más conoceré tus perfecciones; cuanto más de ellas conozca, tanto más te amaré, y cuanto más te ame, tanto más gozará mi alma.

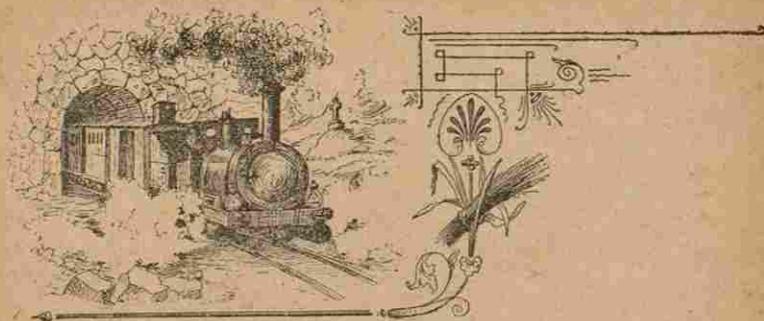
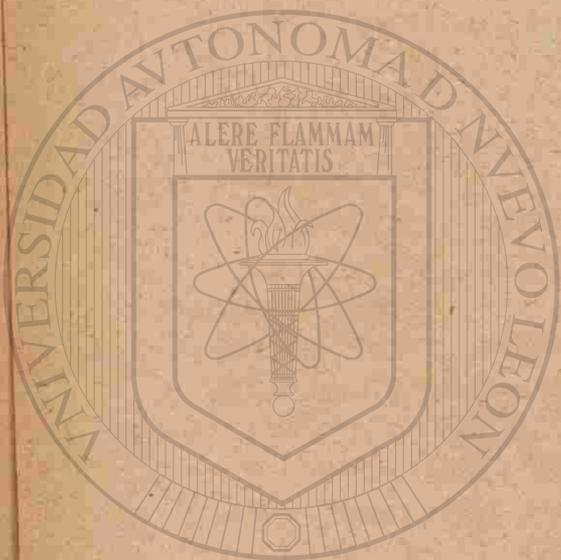
¡Oh alma mía! apártate del bullicio y ven con frecuencia aquí á los pies del Amado, donde hallarás siempre perdón para tus

culpas, aliento para tu flaqueza, luz para tus tinieblas, sustento para tu hambre, confianza para tus temores, alivio para tus trabajos, tesoro para tu pobreza, compañía para tu soledad, remedio para tus males, y descanso para tus fatigas.

¡Sí, amado mío! tú eres para mí descanso perdurable, paraíso de deleites, jardín de flores eternas, tesoro de todas las riquezas, y riqueza de bienes infinitos. ¡Oh, Jesús de mi corazón, amor de mi alma! verdaderamente eres camino, verdad y vida; camino recto, verdad infalible y vida segura; camino fuera del cual todo es extravío y perdición; verdad sin la cual todo es engaño y mentira; vida fuera de la cual no hay más que muerte.

De esta vida quiero vivir, esa verdad deseo saber, y por ese camino quiero andar todos los días de mi vida. Lejos de mí los caminos del mundo y la senda de los pecadores. ¡A tí sólo quiero, Dios mío; á tí sólo amo y en tí sólo espero! no sea jamás confundida mi esperanza.





IX.

En el tren.



¡Qué velocidad...!

Ayer estuve en Barcelona, hoy en Valencia, mañana estaré en Sevilla y luego en Cádiz.

¡Qué velocidad...!

Todo pasa rápidamente ante mis ojos: las agrestes colinas, las escarpadas montañas, los valles deliciosos, la corriente de los ríos, los campos sin cultivo, las rocas peladas, los huertos vestidos de hermosura, las ciudades, los pueblos y las gentes... todo pasa con rapidez asombrosa.

¡Triste, pero verdadera imagen de la vida!

Cuando yo vine al mundo, hallé mi casa llena de gente; abuelos, padres, tíos, hermanos y allegados de la familia.... cuánta gente, Dios mío! Y ya casi todos se fueron; pasaron ante mi vista con la misma velocidad que pasan esos palos del telégrafo; huyeron, como huyen esos árboles que á mis espaldas dejo; y hoy, si volviera á ella; sería forastero en la casa donde nací, peregrino y extranjero en el pueblo de mis padres. Allí sólo vería niños que pasan á mozos, mozos que pasan á hombres, hombres que pasan á viejos y viejos que pasan á muertos. La muerte es la última estación de la vida, como Cádiz es la última estación de este tren en que viajo.

\*  
\*\*

¡Qué compasión me inspiran los infelices que vienen en ese vagón! Estamos cerca de Córdoba y preguntan si hemos entrado en Andalucía. Tres veces me han dicho ya si sé donde se cambia de tren para ir á

Málaga. ¡Pobrecitos! No saben por donde andan. ¡Si al menos supieran á dónde van por el camino de la vida...! ¡Si ya que me preguntan por la vía de Málaga, me preguntaran también por la vía del cielo, de qué buena gana les enseñaría yo este camino!! Quizás van caminando por las vías anchas de la perdición.... tal vez desconocen el camino de la gloria; y preguntan por la vía en cuyo término sueñan ellos encontrar un pedazo de felicidad temporal, y no preguntan por el camino que conduce á una felicidad inmensa y eterna. ¡Qué dolor!

\*\*  
\*\*

¡¡Horror!! ¿Qué oigo? ¡Ave María purísima! ¡Bendito sea Dios! ¡No me había engañado! ¡Acaban de proferir una blasfemia horrible, soez, asquerosa y satánica! ¡Perdón Dios mío! No hagas caso, Señor, de las palabras de un pobre loco: oye en cambio el himno universal que la creación te entona: A tí te alaban los globos que pueblan el

espacio, las estrellas que tachonan el firmamento, el claro sol, oculto ahora tras ese tupido velo de compacta niebla.

A tí esas nubes que en confuso tropel se agitan, recorriendo el horizonte.

A tí el relámpago que serpea entre las nubes, el trueno que ensordece los espacios y el rayo que calcina los robustos pinos del bosque.

A tí esos pajarillos que amedrentados por la tormenta huyen á esconderse entre las ramas.

A tí esa misma tempestad que con horroroso estruendo publica tu grandeza.

¡Cuán grande eres, Dios mío!

El cielo y la tierra te bendicen; tus glorias las canta la creación entera en concierto universal, y en ese universal concierto sólo se oye una nota discordante, la del impío que con torpe labio blastema tu nombre sacrosanto.

Señor, no hagais caso de la insolencia de ese pobre loco, y oid en cambio el himno de amor que la creación canta á vuestra gloria!

\*  
\*\*

Empieza á lloviznar: esas gotas de agua que caen de las nubes me parecen lágrimas de la creación que llora la ingratitud de los mortales. Las aves han suspendido su amoroso canto, la naturaleza parece acongojada; es triste el gemir del viento, cual si quisiera contestar con un suspiro de amor á las blasfemias del impío.

La niebla se levanta allá en lo alto de la sierra, semejando las ondulaciones del humo que sale de los incensarios al pie del tabernáculo; y las montañas, Señor, parecen un altar misterioso donde la naturaleza, reconociéndote por su autor, quema incienso, y te rinde tributos, proclamando en alta voz que tú eres el Dios altísimo infinitamente Santo. *Tu solus Sanctus, tu solus Dominus, tu solus Altissimus!!!*

Señor, escucha este himno de la creación y no hagás caso de las blasfemias de un loco.

\*  
\*\*

Cien pueblos he visto de ayer á hoy, en todos ellos ha llamado mi atención la mágica torre cristiana, elevándose á las alturas, como si quisiera mostrar á los fieles el camino del cielo; esas torres me han indicado los lugares donde yace prisionero de amor el Hijo del Eterno.

¡Jesús de mi alma! ¡Hijo de Dios vivo! Al pasar por delante de esas torres, te he saludado con júbilo de mi corazón, te he mandado un suspiro de amorosa gratitud, y he deseado unirme á tí, Víctima preciosa, que con tu sacrificio de valor inmenso detienes el brazo justiciero del Padre, para que no descargue sobre el mundo la indignación divina que nuestras culpas provocan. ¡Cordero de Dios! ¡Redentor de los hombres! ¡Esposo de las almas! Ven á la mía y hazla sentir tu presencia regalada.

Angel de blancas alas, celestial compañero de mi vida, espíritu amable á quien

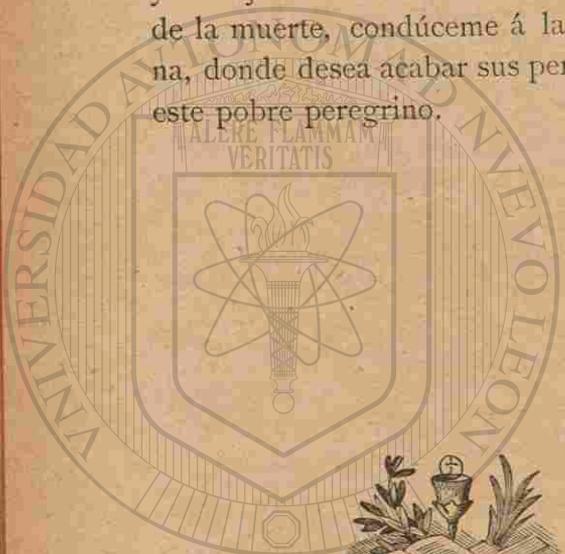
Dios encomendó mi guarda, dile á tu Dios y á mi Dios que suspiro por verle; que soy peregrino en este mundo, donde paso los días envuelto entre pesares y las noches entre lágrimas; dile que quiero amarle, que hiera mi pecho con el dardo de su amor, y así se me hará menos largo y fatigoso el viaje de la vida.

\*  
\*\*

El tren disminuye su marcha; voy llegando al término de mi peregrinación, y está ya cerca la estación donde he de quedarme. Preparemos la maleta para bajar con reposo; pero ¡ay alma mía! Tal vez está cerca también la estación de la muerte, donde dejaremos el tren de la vida. Apenas pare el tren del tiempo, comenzará á correr el de la eternidad. Preparemos el equipaje, tengamos el billete á mano y no vayamos á perder el tren de la gloria, ó á equivocarlo con el del infierno.

Angel de blancas alas, celestial compa-

ñero de mi vida, no me dejes de tu mano, y al bajar del tren de la vida en la estación de la muerte, condúceme á la ciudad eterna, donde desea acabar sus peregrinaciones este pobre peregrino.



X.

En mi soledad.



Dios mío! ¡Dios mío! ¡Esto es hecho! Los cristianos se han vuelto locos. ¡Pobres hermanos míos! O han perdido la fe ó el juicio y la razón. Perder el juicio y la razón es manifiesta locura: perder la fe es locura menos manifiesta, pero más grande: y que han perdido una de esas cosas ó ambas juntas, lo están diciendo sus obras. Sólo así se comprende que miren con tanta indiferencia su eterno porvenir y su dicha eterna; sólo así se explican sus afanes por amontonar riquezas para esta vida que necesariamente han de abandonar mañana, y su descuido en

atesorar bienes para la otra vida que ha de durar para siempre. ¡Cuántos lamentos por la pérdida de los intereses caducos y perecederos! ¡Y cuántas risotadas por la pérdida de los tesoros celestiales y eternos! Muchos pierden la quietud y el descanso y el sueño y la salud por evitar una desgracia temporal, una sombra de desgracia: y nadie se mueve para apartar de sí una desgracia inmensa y perdurable. Antes al contrario, muchos se echan encima esa inmensa desgracia, sin llorarla ni sentirla, y tal vez con estúpida alegría acompañada de frenéticas carcajadas. ¡Qué insensatez! ¡Qué locura! ¡Pobres hermanos míos!

\*  
\*  
\*

Lo ven mis ojos, lo toco con mis manos y me resisto á creerlo: ¿Es posible tanto delirio? Navegantes en el revuelto mar de la vida humana, lloran delirantes, porque no naufragan ni perecen en la tempestad, ni los absorbe el abismo entre sus amargas

olas: luchadores y guerreros en la tremenda y sangrienta batalla de la vida, gimen con estolidez, porque no son vencidos ni caen prisioneros en manos del enemigo cruel, que los ha de atormentar en perpetuos tormentos. Desterrados de la patria celestial y peregrinos en los desiertos de este mundo, se lamentan porque no se pierden, y después de perdidos se gozan en su perdición y en vivir alejados del camino del Cielo. Ministros y vasallos tuyos, se entristecen, ¡oh Rey del Cielo! cuando no pueden cometer un pecado que los hace incurrir en tu indignación y dignos del último suplicio. Hijos tuyos, Padre Omnipotente, Padre amorosísimo de mi alma y el mejor de todos los Padres! hijos tuyos, te desprecian y se gozan, ¡insensatos! en un desprecio que les quita la herencia de tu gloria y les acarrea todas las infamias y todos los tormentos imaginables, por toda la eternidad. ¡Pobres locos! Se quejan, lloran, gimen y se desesperan, porque les faltan medios de pecar y perderse eternamente.

\*  
\*\*

Eternamente! eternamente!! Eternamente feliz ó eternamente desgraciado: he aquí el destino del hombre, dejado á su elección. Dicha eterna ó eterna desventura; y muchos con horrible indiferencia escogen su eterna desgracia. Qué estupidez! y los que escogen la felicidad suprema, se la juegan después por vana fruslería ó la cambian por una vil satisfacción, por un placer asqueroso. Esto, mi Dios, pasa de locura, ó es locura sin nombre, frenesí incalificable, sin epíteto adecuado en las lenguas de los hombres. Creer estas verdades en sano juicio, y vivir los hombres como viven es un misterio inexplicable. ¡Pobres hermanos míos! ó han perdido la fe ó la razón. Si lo primero, están enloquecidos; si lo segundo, locos; si han perdido las dos, doblemente locos; y si no han perdido ninguna y viven en pecado, entonces su locura es monstruosa y descomunal, el *non plus ultra* de las locuras.

\*  
\*\*

Si las verdades de fe que conocen los cristianos las conocieran los montes escarpados, los yermos solitarios, los bosques incultos y los profundos valles, parece que la soledad se llenaría de espanto, se partirían las piedras y se conmovrían las fieras de los montes. Y los cristianos no se conmueven, ni dan muestras de sentimiento; antes bien se ven arrastrados hacia el infierno por sus culpas, y se dejan arrastrar gustosamente sin dar un grito de socorro, ni pedir ayuda á nadie. ¡Qué dolor! Corren en derechura al abismo de todos los males, y van saltando, riendo y bailando por el camino. ¡Pobres locos! ¡Quién pudiera detenerlos en su carrera de perdición! ¡Quién pudiera hacerlos volver atrás y meterlos en razón! Angel exterminador, ministro de la ira del Eterno: ántes que se llene la copa de la venganza divina, ponte delante de esos hermanos míos desatentados, y blan

diendo la fulminante espada, grítales con rostro adusto y voz de trueno: Atrás! almas ciegas, que estáis al borde del abismo! Detenéos, insensatos, que vais á caer en el fuego eterno! Atrás, desatinados, que os perdéis para siempre! Atrás, infelices, que la pasión os ciega, y perecéis sin remedio; atrás! atrás!

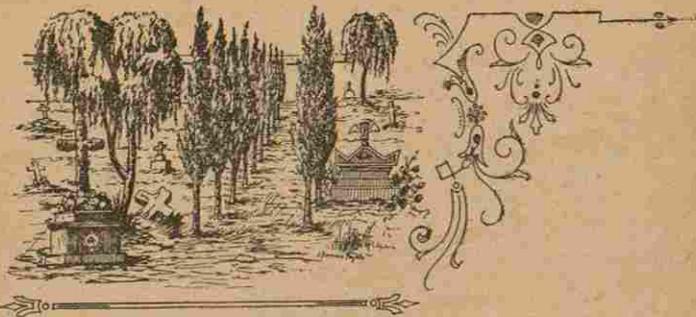
Pobres hermanos míos! ¿Quién los ha puesto en ese camino? ¿Quién los empuja por él? Por qué se habrán empeñado en perderse? por qué te ofenden, Padre mío, y Dios mío? Acaso por ganar un cielo mejor que el que Tú nos prometes? Por librarse de unas penas mayores que las preparadas por tí para castigo del pecado? Nó! nó! sino por evitarse una ligera molestia endulzada por Tí con delicias del Cielo, ó por gozar de un gusto miserable indigno del hombre racional. Por eso y sólo por eso te ofendemos los insensatos hijos de Eva. Qué locura! qué infamia!

\*  
\*\*

Majestad de Dios despreciada, Justicia divina ofendida, Bondad eterna vilipendiada, Amor infinito escarnecido, Sangre divina pisoteada... Qué delitos! Qué crímenes! Dios mío! ¡Con cuánta razón estará airado tu brazo vengador para castigar á la humanidad culpable! ¡Cuán merecido tiene que descargues sobre ella tu justa indignación! Ya veo en los aires la copa de tu ira rebo-sando castigos; y..... vendrá el trueno ensordeciendo los espacios, y el rayo derribando altas torres, y la lluvia inundando los campos y las ciudades! Vendrá! vendrá el terremoto sacudiendo los cimientos de la tierra, y sepultando entre escombros al hombre y á sus viviendas. Vendrá la esterilidad sobre nuestro suelo y tras ella el hambre y la desolación. Vértigos de furor dominarán en los pueblos y la sangre correrá á torrentes por los campos y las calles. El Angel del exterminio tenderá su

vuelo por el espacio, llevando en sus alas las epidemias, el espanto y la muerte repentina. Eso y más merece el mundo, Señor! el mundo que te desprecia y ebrio de furor se levanta contra tí.

Perdón, Dios mío, perdón! No lo merecemos, Padre de mi alma! ni somos dignos de él; mas por tus entrañas de misericordia trátanos como á locos, y haznos entrar en razón. Envía tu espíritu sobre el mundo y renueva la faz de esta tierra envejecida. Venga tu luz á iluminar nuestras tinieblas, y tus gracias á purificar nuestros corazones, única medicina para curar la locura del hombre pecador é impío.



XI.

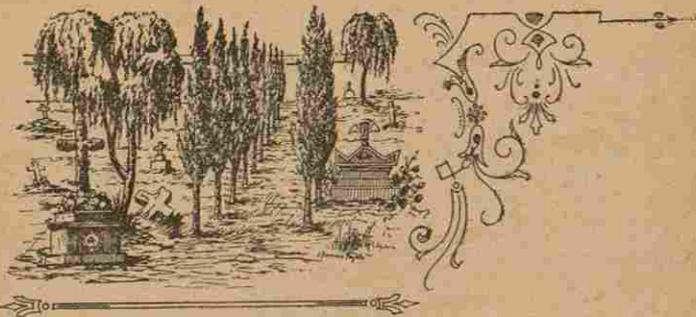
En el Campo Santo.

**H**oy es el día de los difuntos: ¡Hasta los difuntos tienen su día! Y es menester felicitarlos. Para eso he venido aquí, á la casa de los muertos, donde hay lugar preparado para todos los vivos. ¿Cuándo tendré que ocupar el mío? ¡Tal vez pronto! Y pues entonces no podré hacerme cargo de mi morada, voy ahora á contemplarla, voy á examinar el palacio de la muerte.

¡El cementerio! Soledad tristísima y vacío inmenso siente el alma al cruzar sus ca

vuelo por el espacio, llevando en sus alas las epidemias, el espanto y la muerte repentina. Eso y más merece el mundo, Señor! el mundo que te desprecia y ebrio de furor se levanta contra tí.

Perdón, Dios mío, perdón! No lo merecemos, Padre de mi alma! ni somos dignos de él; mas por tus entrañas de misericordia trátanos como á locos, y haznos entrar en razón. Envía tu espíritu sobre el mundo y renueva la faz de esta tierra envejecida. Venga tu luz á iluminar nuestras tinieblas, y tus gracias á purificar nuestros corazones, única medicina para curar la locura del hombre pecador é impío.



XI.

En el Campo Santo.

**H**oy es el día de los difuntos: ¡Hasta los difuntos tienen su día! Y es menester felicitarlos. Para eso he venido aquí, á la casa de los muertos, donde hay lugar preparado para todos los vivos. ¿Cuándo tendré que ocupar el mío? ¡Tal vez pronto! Y pues entonces no podré hacerme cargo de mi morada, voy ahora á contemplarla, voy á examinar el palacio de la muerte.

¡El cementerio! Soledad tristísima y vacío inmenso siente el alma al cruzar sus ca

lles de sepulcros centcientos. Silencio profundo y espantoso reina en él, interrumpido alguna que otra vez por el tétrico graznido de la lechuza ó por el silbo del viento al chocar con los mustios y erguidos cipreses. Largas hileras de nichos, que encierran los despojos de cien generaciones, y sobre los cuales se ven ángeles de piedra llorando, ó la parca, blandiendo su cruel guadaña, hacen este silencio más terrorífico. El inmóvil y mármóreo reloj de arena me dice que la carrera del tiempo acabó para el muerto, y esas inscripciones lastimeras afirman que dejó de ser. Los huesos dispersos sobre la tierra y los cráneos blancos y medio gastados por la intemperie, son todas las preciosidades que se exhiben en esta triste exposición. ¡Cementerio! Tú eres el museo de la muerte, la triste y desierta playa, donde el mar borrascoso de la vida arroja á sus navegantes, víctimas todos ellos de naufragio inevitable.

\*  
\* \*

Quien penetre en este lugar, sin llevar en su corazón las creencias católicas, ¿qué pensará de él? Me lo figuro. Al ver los epitafios, según los cuales encierran esas tumbas todo un mundo de sabiduría, de nobleza, de bondad, de belleza, de cariño, y hermosura, increpará á la muerte con estas ó parecidas palabras. «Tirana parca ¡muerte cruel! ¿hasta cuándo has de ser injusta é inexorable? ¿Cuándo te hartarás de estragos y de ruinas? ¿Cómo no tienes lástima de tantas lágrimas derramadas por tu causa? ¿Por qué te complaces en marchitar hermosuras, en frustrar esperanzas y en derribar los más bien fundados proyectos de los hombres? ¿Qué bien te trae llenar el mundo de orfandades y los corazones de amargura? ¡Traidora! que por secretos caminos alcanzas siempre tu presa y cubres la tierra de luto y de aflicción... ¡Tirana parca! ¡muerte cruel! ¿hasta cuándo has de ser injusta é inexorable?»

Así hablan el incrédulo y el impío coléricos y despechados. Pero ¿qué has hecho tú, hermana muerte, para que te apostrofen

de ese modo? Es verdad que tu memoria es amarga; pero injusto tu proceder, eso jamás! Tú eres vengadora de la honra divina vilmente ultrajada por los hombres, y tus venganzas ó tus castigos son un acto de suprema justicia. Salud, muerte querida! porque reduces á podre, hediondez y polvo la vana soberbia del hombre. Salud, amiga parca! porque abates y humillas hasta la tierra, á la soberbia y sensualidad, ídolos inmundos adorados por los mortales. Mil loores se te deben porque conviertes la impúdica belleza en horrible fealdad, la altivez en abyección espantosa y los movimientos de la ira en impotente quietud. Por tí, justiciera muerte, es despojado el rico avaro de sus mal adquiridos tesoros, el ambicioso de sus honores usurpados, el tirano de su poder injusto, el maldiciente de su lengua maldecida y el ladrón de las riquezas robadas. Salud, pues, hermana muerte, vengadora de la honra divina y castigadora de las injusticias é iniquidades de la raza humana!

¡Nó! no me espantas con tu presencia,

amiga muerte, porque te conozco bien. Tú eres el cuchillo con que mi Padre celestial cortara los lazos que unen mi espíritu á la materia; tú la que pondrás en libertad á mi alma; tú quien la sacarás de la cárcel de este cuerpo donde vive aprisionada; tú serás la carroza que la trasportará á regiones inmortales. ¿Cómo te he de temer? ¿Cómo me has de espantar?

De tu triste presencia no me espanto,  
El mundano temor á mí no alcanza,  
En tí acaba el dolor, se extingue el llanto,  
Tu verdadero nombre es la *Esperanza*.

Tema quien no crea que hay muertos dichosos; pero no el que confiesa que son bienaventurados todos los muertos, *que mueren en el Señor*. ¿Y habrán muerto en el Señor todos los que contiene este recinto?



Aquí duermen el sueño de las tumbas muchas generaciones; aquí descansa la muchedumbre que componía la población en

pasados tiempos; la misma que circulaba con bullicio por las calles y plazas de la ciudad, llena de vida, de ilusiones y proyectos. Ahí yacen los graves magistrados que administraron justicia; ahí los generales que llevaron su ejército á la victoria; ahí los sacerdotes que bendijeron nuestra cuna; ahí los sabios enorgullecidos con su ciencia; ahí los poetas que cantaron las glorias de la patria; ahí escritores, artistas, señores, pecheros, ricos y pobres, nobles y plebeyos, generaciones enteras que se hundieron para siempre y cayeron una vez para no levantarse más: todos bajaron á esa obscura, silenciosa y vasta región de ultratumba; todos entraron en ella por la puerta del sepulcro; pero al entrar, la muerte despojó al guerrero de su espada, á la dama de sus joyas, al rey de su corona, al pobre de sus harapos, al dignatario de su dignidad, al rico de sus riquezas, á la hermosa de su hermosura, y á todos los igualó con igualdad espantable.

Misterio abrumador! Ahí están convertidos en polvo corazones que amaron y la-

tieron con entusiasmo santo por la religión, por la familia, por la patria, por la gloria y por el bien. Corazones desprendidos y generosos que socorrieron al pobre, compadecieron al afligido y dieron lo suyo para remedio de ajenas necesidades: y hoy, faltos de todo, dejan escapar de sus sepulcros, un gemido idéntico á este de Job: *Miseremini mei, miseremini mei, saltem vos, amici mei*. Misericordia y compasión demandan! ¡limosna piden! ¿quién se la negará?

Pero ¿qué piden? ¡Ah! no piden que se restauren los mármoles de sus agrietadas tumbas, ni que se les erijan estatuas y cenotafios inventados para satisfacer el orgullo de los que viven, más bien que la fama de los difuntos: nó! ¿Qué les importan á ellos las pomposas lápidas y los epitafios laudatorios, vanidad de los vivos y desengaño de los muertos? ¿Qué son esos ricos mausoleos, sino monumentos que publican la soberbia de los que sobreviven y la miseria é ignominia de los que murieron?

Ah! los millares de difuntos que encierran estos sepulcros piden una cosa bien

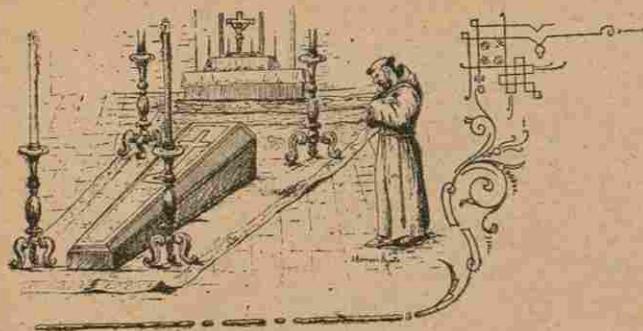
distinta por cierto! piden oraciones y sufragios. Oraciones á Dios por el eterno descanso de sus almas: sufragios enviados al Purgatorio, donde muchas de ellas están detenidas, en lugar de expiación, sin poder satisfacer por sí misma la deuda contraída con Dios, mientras vivieron en este valle de lágrimas.

¡Misteriosa grandeza la del catolicismo! Hoy pone en comunicación á los muertos con los vivos, á la tierra con el cielo, y une á todos sus hijos con lazo de verdadera y santa fraternidad. A muchas leguas de aquí, en las vertientes de los Andes, en los bosques de la India, en los arenales de Africa, en las islas de Oceanía, á orillas del Nílo y del Amazonas, entre las nieves del Polo y los ardores del Ecuador, en todas partes, hay cristianos para mí desconocidos, cuyos nombres no sabré hasta verlos escritos en el libro de la vida; y allí están rogando por

todos los fieles difuntos; por sus padres y por los míos; y en mutua correspondencia ruego yo aquí por mis padres y por los suyos y pago la oración hecha por las personas que amé, con otra oración y otra plegaria al Eterno por los seres que ellos amaron. Dulces y misteriosas relaciones entre todos los hijos de la Iglesia católica! entre los vivos y los muertos, entre los que triunfan en el Cielo, los que aquí peleamos y los que están prisioneros en el Purgatorio. ¡Admirable comercio de bienes imperecederos! Cuánta sabiduría y cuánta ternura hay en él! La religión que enseña verdades tan consoladoras, ha bajado sin duda del Cielo.

Oremos, pues, hoy por los difuntos, si queremos que mañana oren por nosotros. Roguemos por los que existieron, si queremos que los existentes en venideras edades rueguen por los que hoy existimos. Los siglos se devoran unos á otros y las generaciones se empujan unas á otras hacia el sepulcro. Más allá de él está la región de los goces inefables, la del llanto y el dolor sempiterno, y la de expiación, que empieza

en doloroso llanto y acaba en inefables alegrías: los de la primera región nada necesitan; á los de la segunda nada les aprovecha, y los de la tercera piden hoy el sufragio de nuestras oraciones y limosnas. Oremos á Dios por los fieles difuntos. *Requiem aeternam dona eis, Domine, et lux perpétua luceat eis: Requiescant in pace Amen!*



XII.

Junto á un féretro.

**D**IOS mío, qué solos  
Se quedan los muertos!!

¡Qué soledad alrededor de este cadáver! Mudo silencio reina en la casa, y no oigo más ruido que el del péndulo, contando las horas que pasan. ¡Todos se han retirado! Unos cargados de sueño, otros rendidos del cansancio y la fatiga, y los más, cediendo al miedo ó al dolor, se han retirado y me han dejado aquí sólo para velar un cadáver, para rezar por su alma, para meditar en la vanidad de la vida, en la soledad de la muerte; y...

Aquí en este triste  
Sombrió aposento,  
Cadáver inerte,  
Yo solo te velo;  
Yo solo te lloro,  
Yo solo te rezo,  
Y solo repito  
Con lúgubre acento:  
¡Dios mío, qué solos  
Se quedan los muertos!

Si alguien me sorprendiera con el lápiz y el papel en la mano, pensaría tal vez que al rojizo resplandor de estos pálidos cirios estaba dibujando la fúnebre escena que el salón presenta con ese féretro cubierto de paños.... negros como las sombras de la muerte; ¡pero no! en vez de dibujar, estoy encomendando al papel el fruto de profundas y santas reflexiones y repitiendo sin cesar....

¡Dios mío, qué solos  
Se quedan los muertos!

¿Pero esta soledad es de los muertos ó de los vivos? ¿de los que se van ó de los que nos quedamos? La humanidad peregrina

por la tierra, y lo mismo acampa en la falda de un monte que á orillas del mar; llega el momento de partir, y deja abandonadas las chozas y tiendas de campaña que habitó unos días. Al verlas inhabitadas, el peregrino rezagado se llena de tristeza y exclama: ¡Qué soledad! pero esta soledad es de él que la siente, y no de los que se fueron, que bien acompañados iban. Luego bien podemos invertir el orden de las ideas y decir:

¡Dios mío, qué solos  
Se quedan los vivos!

\*  
\*\*

El mundo es un inmenso cementerio en el que no podemos mover los pies sin pisar una tumba; los mismos que nos movemos en él, no somos más que sepulcros vivientes de esa vasta necrópolis; ó si se quiere mejor, nidos que encierran pájaros sin alas todavía; esas alas crecerán, y ellos volarán á su región, dejando el nido desierto; y al ver-

lo así vacío y abandonado, no podemos decir con verdad que los muertos se quedan solos, sino que nos dejan solos.

A vista de un cadáver, si atiendo á lo que se fué, siento consuelo; si miro lo que queda, siento tristeza. ¿Qué queda en éste que estoy velando? ¡Ay!

Ya son sus bellas manos  
Yertos despojos;  
Mudos están sus labios,  
Ciegos sus ojos;  
Y en su pupila  
No brilla la mirada  
Dulce y tranquila.

¡Qué tristeza! ¡qué dolor! ¡qué transformación! Pero me fijo en lo que se fué, y con aire de triunfo pregunto á lo que aquí queda...: Cuerpo inerte, ¿qué has hecho de tu alma? Cárcel misteriosa, ¿dónde está el prisionero que encerrabas? Navecilla averiada, ¿dónde está el piloto que te gobernó? Jaula vacía, ¿dónde está la avecilla que en tu recinto volaba y cantaba, como cantan y vuelan los ángeles en el cielo? ¡Ah! ¡voló

la avecilla, emigró el piloto, huyó el preso, y escapó el alma á la región de la inmortalidad! ¿Quién es el insensato que delante de un cadáver se atreve á poner en duda la inmortalidad del alma? ¡Anatemas y maldiciones de la humanidad doliente caigan sobre él!

¿Morir el alma? ¡Mentira! ¡mentira! ¡La que habitó en este cuerpo vive y mora en la región de las alegrías interminables! ¡No murió, sino que pasó á mejor vida; y allá... ¡qué hermosa, qué ufana y qué ágil estará sin la carga, grosería y fealdad del cuerpo! Dejó el preso su cárcel, el esclavo su cautiverio, el peregrino la escabrosa senda que le llevó á su patria, el huésped la mala posada en que estaba detenido, y el ave el nido donde moraba, que todo eso fué para esta alma dejar su cuerpo y volar á Dios.

\*  
\* \*

Si los hombres vivieran como Dios manda, no llamarían á la muerte, muerte, sino resurrección y vida; porque el cuerpo

no es más que un sepulcro de carne, una tumba que siente; y morir no es otra cosa qué salir el alma de esa sepultura viviente, romper los lazos que la atan á la carne, cortar las ligaduras de la corrupción y volar á la mansión de la eterna dicha. ¡Tal es la muerte de un buen cristiano! y tal fué la de esta criatura, cuyo cadáver contemplo. Por eso me alegro de su muerte, y río de gozo, cuando los demás le lloran, y la llamo dichosa, cuando dicen los demás *¡Pobre de ella!* ¡Pobre nó! ¡Dichosa mil y mil veces! ¡pues trocó el destierro por la patria, el mar borrascoso por el tranquilo puerto, la esclavitud por la libertad, el trabajo por el descanso, y la tierra por el cielo!

Es verdad que este cadáver va á convertirse en polvo; es verdad que en breves horas esos miembros tan bien formados van á ser pasto de viles gusanos; es verdad que ese cuerpo que conserva su hermosura aun después de muerto, va á resolverse pronto en manantial de podredumbre y corrupción; pero eso, lejos de entristecerme, me consuela, porque es digno de consolación

ver á su alma libre de tanta miseria y de tan asquerosa compañía. Eso me sirve para conocer más la nobleza, calidad y hermosura del alma, cuya luz ahuyentó tantas sombras, cuya presencia bastó para disimular tanto horror y tanto asco, para convertir la fealdad en belleza, la podre en hermosura, los gusanos en lindeza, el horror en atractivo y la muerte en vida. ¡Oh alma! ¿Quién no conoce por aquí tu valor y precio? ¿Quién pone en duda tu inmortalidad? Baldón y afrenta caigan sobre él!

¿Y hay quien se olvida del alma para poner los ojos en ese muladar que se llama cuerpo? ¿Hay quien se deje seducir de esa vana hermosura de la carne, flor de un día, caduca y percedera? ¡Insensatos hijos de Eva y locas hijas de Adán! ¡Pasan la vida estimando y adornando ese inmundo sepulcro que se llama cuerpo; y despreciando y afeando y manchando y encenagando á esa hija del cielo que se llama alma, y mora encerrada en su corpórea sepultura! ¿No es esto un crimen? ¿No es esto locura? ¿No es esto delirio criminal? ¡Ah! Para esos insen-

satos la muerte es muerte: para los buenos cristianos que mortifican su cuerpo por hermosear su alma, la muerte es resurrección y vida. Estos, deseando salir de esta cárcel y morar con Cristo en el cielo, cantan á vista de un cadáver:

¡Dios mío, qué solos  
Nos dejan los muertos!

Los otros... ¡infelices! Apegados á la tierra, sin esperanza cierta de mejor vida, al ver un cadáver, cantan con el miedo de un criminal ó con la duda del escéptico que nada espera:

¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!

¡Oh Rey eterno, para quien todo vive!  
¡Oh Dios inmortal, para quien hasta los muertos tienen vida! ¡Goce el alma, que habitó este cuerpo, la compañía de tus santos, y haz lugar también á la mía, en la mansión de tus escogidos!



XIII.

En el Portalito.

**Q**ESÓ el canto y el alegre son de los instrumentos pastoriles; cesó el bullicio de las gentes, y el templo ha quedado desierto, convidando á la oración con su quietud, su tibia obscuridad y el aroma del incienso.

El sol se ha hundido en el mar, apagando su luz en las amargas ondas, y por el lado opuesto comienza la noche á tender su obscuro manto sobre la tierra, como invitando al descanso, á la oración y al silencio. ¡Qué hora tan hermosa para meditar en los misterios de Belén!

A eso vengo aquí, Niño divino, y atraí-

satos la muerte es muerte: para los buenos cristianos que mortifican su cuerpo por hermostrar su alma, la muerte es resurrección y vida. Estos, deseando salir de esta cárcel y morar con Cristo en el cielo, cantan á vista de un cadáver:

¡Dios mío, qué solos  
Nos dejan los muertos!

Los otros... ¡infelices! Apegados á la tierra, sin esperanza cierta de mejor vida, al ver un cadáver, cantan con el miedo de un criminal ó con la duda del escéptico que nada espera:

¡Dios mío, qué solos  
se quedan los muertos!

¡Oh Rey eterno, para quien todo vive!  
¡Oh Dios inmortal, para quien hasta los muertos tienen vida! ¡Goce el alma, que habitó este cuerpo, la compañía de tus santos, y haz lugar también á la mía, en la mansión de tus escogidos!



XIII.

En el Portalito.

**Q**UÉ cesó el canto y el alegre son de los instrumentos pastoriles; cesó el bullicio de las gentes, y el templo ha quedado desierto, convidando á la oración con su quietud, su tibia obscuridad y el aroma del incienso.

El sol se ha hundido en el mar, apagando su luz en las amargas ondas, y por el lado opuesto comienza la noche á tender su obscuro manto sobre la tierra, como invitando al descanso, á la oración y al silencio. ¡Qué hora tan hermosa para meditar en los misterios de Belén!

A eso vengo aquí, Niño divino, y atraí-

do por el imán de tus ojos, más bien que huyendo del frío, me arrodillo sobre la rica alfombra tendida al pie de este altar que representa al vivo la encantadora escena de tu nacimiento temporal en humilde cabaña.

¡Ahora sí que dí contigo, vida mía!  
¡Ahora sí que soy dichoso! Ahora sí que puedo repetir con la esposa de los Cantares: He hallado al que ama mi alma: tén-gole y no lo dejaré.

¡Sí, Jesús mío! ¡aquí te he hallado! ¡en mísero establo...! ¡en humilde pesebrera...! ¡reclinado en húmedas pajas...! ¡entre animales...! en la humillación y el abatimiento, donde jamás pensó hallarte la soberbia y engreída razón del hombre.

¿Quién jamás pensó encontrarte en tal lugar? ¿A quién se le ocurrió nunca buscar la Majestad en un pesebre? ¿Quién en la vida pensó que dejaras el cielo por la tierra, los ángeles por los hombres, las delicias del paraíso por los trabajos del destierro, y las riquezas de la gloria por la pobreza del suelo? ¿Quién había de suponer

que tu amor á los hombres te reduciría á tanto anonadamiento?

Mira, alma mía, mira á tu Dios hecho niño; mira el estado á que lo ha reducido tu amor, y si te precias de amante y generosa, humíllate hasta donde Él se humilló por tí. Mira á tu Dios entre pajas y aprenderás de Él humildad de corazón, menosprecio del mundo, mortificación de la carne, aborrecimiento del lujo, despego de las riquezas y afición á la pobreza de espíritu por Él tan predicada en su mismo nacimiento.

¡Pobreza predica el establo, pobreza el humilde pesebre, pobreza las pajas, pobreza los pañales, pobreza Él, y pobreza todo!

Bendito seas tú, divino Niño, que viniste á ennoblecer la pobreza, á santificar el dolor, á enaltecer las tribulaciones, á glorificar los sufrimientos y trabajos, tomándolos sobre tí por amor del hombre. ®

¡Oh cuán bien conozco por aquí que tú eres mi Dios! Porque el Dios verdadero no puede ser otro que el que me ame hasta enloquecer, y me pruebe la locura de su amor

con sufrimientos heroicos y profundísimos abatimientos.

Estos abatimientos profundísimos y aquellos sufrimientos heroicos los veo en tí, ¡Niño mío! y por ellos conozco tu amor; ellos hacen resonar en mis oídos tu voz amorosa que me llama, y yo quiero seguir el eco de esa voz amante, sin preguntarte á donde vas ni á qué región me conduces; porque estoy seguro que á donde quiera que vayas ó do quiera que me lleves, seré feliz contigo, si participo de tu amor y tus dolores. Llévame donde quieras, que conmigo no irá el temor.

¿Qué puede temer mi alma en compañía del que por su amor se hizo niño, siendo inmenso; y débil, siendo fortísimo; y vasallo, siendo rey; y pobre, siendo riquísimo; y humilde, siendo omnipotente?

¡No temas, no, alma mía! ¡Pon los ojos en esta grandeza empuñada, en esta majestad disfrazada, en este Dios hecho niño, y verás que sus ojos despiden llamas de amor, y que en esas llamaradas te dice, con satisfacción inmensa: Aquí me tienes!

¡Sí, divino Infante, aquí te tengo, y no te dejaré! ¡Aquí te tengo, y aquí me tienes...! ¡Tú para mí, y yo para tí...! Y Tú, y yo, y el amor que tú me tienes, y el que yo te profeso, forman mi dicha y constituyen mi felicidad y mi gloria; porque mi gloria es amarte, y padecer deliquios de tu amor, y estar siempre embriagado con la dulcedumbre y los desmayos de esos deliquios amorosos.

\*  
\*  
\*

¡Oh qué feliz soy en este instante! ¡Oh qué regalos siente aquí el alma! ¡Oh qué sabrosamente transcurren las horas! ¡Oh qué bien se está junto á tu pesebre! ¡Oh qué Pascuas tan deliciosas se pasarían aquí!

Aquí quiero pasarla, cantándote con los ángeles, adorándote con los pastores, sirviéndote con tu Madre Virgen y con el Santo José. ¿Qué puedo hacer por tí, Niño mío? ¿En qué te puedo servir? Háblame, Rey eterno, que aunque la palabra no es propia

de la niñez, sí lo es de tí que eres la Palabra substancial, el Verbo del Padre, hecho Niño. Háblame, pues, Vida mía, y resuena en mis oídos esa voz que forma el embeleso de los ángeles.

Mas ¡ay! que no es preciso abrir los labios para decirme lo que sientes. ¡Esas mejillas amaratas, esas manecitas ateridas, esos bracitos que tiemblan y tiritan me están gritando con acento poderoso: *¡Tengo frío!*

¡Dios de amor! ¡vida y virtud que sustentas cuanto existe! ¿tú tienes frío? ¿No eres tú el que das al sol sus rayos esplendorosos y al fuego su calor ardiente? ¿No eres tú el que das abrigo á todas las criaturas que salieron de tu mano? ¿No eres tú el que abrasas en perpetuos ardores á los serafines, y mantienes en el firmamento millones de globos incandescentes? ¿Y tú tienes frío?

¿Las llamas del purgatorio y los fuegos del averno no están á tu disposición? ¿Los fluidos combustibles, los rayos abrasadores, la ardiente lava de los volcanes y la incandescencia de los astros, no están pron-

tos á tu voz? Y sin embargo, ¿tienes frío? ¿Qué frío, Señor, es este que hiela tu corazón?

¡Ah! ¡Ya lo entiendo! Vienes al mundo y lo encuentras helado, envuelto en la nieve glacial del egoísmo. No arde en él el fuego de la Caridad santa, no se percibe en él el calor del sacrificio, no brilla en él la llama del entusiasmo sagrado, no corren en él los aires templados del paraíso, no existe en él el fuego del amor divino: tibieza, indiferencia, frialdad, hielos polares, eso es lo que encuentras en las almas, y por eso tienes frío!

¡Oh, quién tuviera el ardor de los serafines para calentarte! ¡Quién guardara en su pecho un volcán de amor para templar tu frío! ¡Quién poseyera el corazón y el regazo de tu Madre para abrigarte!

¡Serafines del cielo, dadme vuestros ardores! ¡Animas benditas, dadme vuestras llamas expiatorias! ¡Préstame, oh sol, tus rayos abrasadores! Volcanes encendidos, dadme el calor de vuestra ardiente lava, para templar el frío del Niño Dios.

¡Ángeles santos, abrigad á vuestro Criador recién nacido con las alas que él os dió! ¡Y vosotras, almas cristianas, venid á calentarlo con vuestro aliento, venid! ¡que no por los ángeles, sino por nosotros, se ha hecho Niño! Venid enternecidas y admirad las trazas de este amabilísimo Dios, que siendo

rey de los cielos,  
entre nosotros  
quiere morar;  
y hacerse Niño  
por ser amado  
y en nuestras almas  
descanso hallar.

Mirad, como abre sus bracitos, y haciendo ademán de estrecharnos contra su corazón, nos dice: *¡Venid á mí!* ¡Almas amantes, venid! que os llama el divino Infante ansioso de recibir vuestras caricias.

Almas pecadoras, ovejas extraviadas, el Pastor divino os llama con silbos amorosos desde el pesebre; corred presurosos, que os tiende sus brazos diciendo: *¡Venid á mí!*

¡Almas castas, palomas de la soledad!

batid las alas, tended el vuelo, cruzad los aires, y festejad con vuestros arrullos al tierno Infante que os está llamando: *¡Venid á mí!*

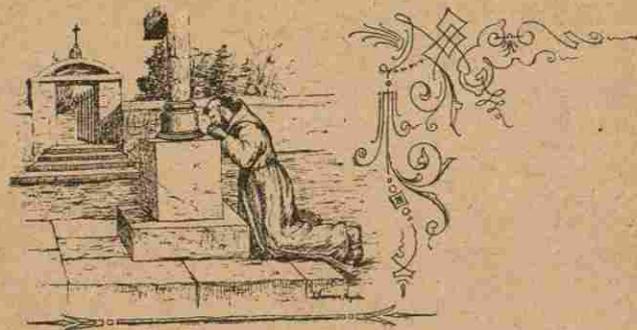
Almas atolladas en el cieno y atadas con los lazos de la culpa, romped la ominosa cadena del vicio, sacudid el lodo del pecado y volad hacia el pesebre; que también á vosotras os dice el Niño de Belén: *¡Venid á mí!*

Almas dormidas con el sueño de la indiferencia; vosotras que soñáis en felicidad ilusoria, en falaces alegrías, en vanos proyectos y en dichas mentidas y fugaces que se escapan de vuestras manos; despertad de ese engañoso letargo, de ese fatídico sueño, y oid la voz del divino Niño que os dice: *¡Venid á mí!*

*¡Venid á mí!* ¡qué palabra, amor mío! ¡qué palabra! ¿Por qué no me das voz de trueno para hacerla resonar por todo el orbe y congregar alrededor de tu pesebre á todos los mortales? ¡Oh quién fuera poderoso para hacerte amar de todas las criaturas!

Mas ya que esto no me es dado, yo vendré á tí, yo me quedaré aquí contigo, y mezclado entre los ángeles y los pastores te adoraré, y cantaré eternamente tus misericordias. *Misericordias Domine in aeternum cantabo!*

*Misericordias Domine in aeternum cantabo!*



XIV.

#### Al pie de la Cruz.

**O**H Cruz santa! Arbol bendito, cuyo fruto es fruto de vida eterna y cuya sombra es sombra de perdurable descanso. Arbol santo y misterioso, más fértil que los olivos de Palestina y más frondoso que los plátanos egipcios; déjame sentar á tu sombra salutífera, consuelo de los que lloran, alivio de los que padecen y puerto de los que naufragan; déjame ¡oh Cruz! descansar á tu sombra para contemplar en tí los misterios de la Redención.

Transformación maravillosa ha obrado

en tí la sangre de Cristo, pues antes eras odiosa, y ahora eres amable; antes patíbulo infame y ahora trono del Rey pacífico; antes madero despreciado y ahora cátedra del Maestro divino; antes leño aborrecible y ahora tálamo deseable del celestial Esposo; antes afrenta y oprobio del hombre, ahora gloria y honor de la humanidad rescatada; antes árbol maldito, y ahora árbol de bendición.

¡Cruz santísima y riquísima! ¡no sé qué alabanzas decirte, ni con qué elogios ensalzarte! Arbol como tú, no lo produjo el Carmelo, ni se crió en el Líbano, ni creció en el Sinaí, ni floreció en el Tabor, ni lo dió el Paraíso. ¡Arbol precioso del Gólgota! ¡árbol ensangrentado! ¡árbol divino! árbol de bendición, tú sólo excelso entre todos los árboles de la tierra, porque tus ramas cobijan á la humanidad y tu fruto es de valor infinito.

En tí, árbol sagrado, veo pendiente el fruto de la vida, sustento de las almas y manjar de los escogidos. Ahí está patente, convidando á los mortales, dándose con in-

finita prodigalidad á cuantos quieran gustarlo, y esto es un misterio de misericordia.

Ahí está ese fruto divino; pero maltratado y pisoteado, como racimo de uvas en el lagar; y esto, siendo Él inocente, es un misterio de tremenda justicia, que está diciendo con voz de espanto: ¡Así amó Dios al mundo; *Sic Deus dilexit mundum!*

\*  
\*\*

Angeles santos, que contempláis absorbidos la gloria del Eterno; ponéd los ojos ahora en esta cruz, ved la humillación y afrenta de su único Hijo, y sabed que así amó Dios al mundo! *Sic Deus dilexit mundum!*

Espíritus rebeldes, ángeles de tinieblas, inteligencias ofuscadas, productoras del mal; vosotros que tan rencorosamente envidiáis á los hombres, mirad á Cristo moribundo en la Cruz, abiertos los brazos para estrechar en ellos á los pecadores; inclinada la cabeza y entreabierta la boca para dar beso de

paz á sus enemigos: clavados los pies para no poder huir de los malhechores: vedlo! víctima voluntaria ofrecida en sacrificio por la salud del hombre, y sabréis cuánto amó Dios al mundo! *Sic Deus dilexit mundum!*

Almas redimidas con la sangre del Cordero, dejad los vanos cuidados de la vida, poned silencio al bullicio terrenal, dejad los pensamientos inútiles, y contemplad aquí en la Cruz á la Vida, muerta por nuestro amor. El amor le hirió el cuerpo con azotes, el amor le coronó de espinas la cabeza, el amor le atravesó pies y manos con duros clavos, el amor le abrió el pecho con aguda lanza: ved de que modo tan asombroso amó Dios al mundo! *Sic Deus dilexit mundum.*

¿Y el mundo cómo te paga, Señor? ¿Te devuelve amor por amor y sacrificio por sacrificio? ¡Oh mundo infame, olvidado de Dios y entregado á la crápula de las orgías! ¿Quién te enseñó á pagar amor con olvido, beneficio con maleficio, bendición con maldición, sacrificio con egoísmo, favor con ingratitud, bien con mal y vida con muerte?

\*  
\*\*

¡Oh Jesús mío, muerto de amor en esa Cruz! ¿por qué te paga el mundo tan mal? ¿Por qué no corresponde á tu amor? ¿Y es posible que el amor del mundo te quitara la vida, y te pusiese como estás en esa cruz? ¿Por qué te has quedado en ella con la cabeza inclinada, los ojos bajos y mirando al suelo? ¡Bien lo sé, Vida mía! El árbol cae siempre del lado á que se inclina; y tu inclinación, tu amor al hombre, te hizo bajar del cielo, te dobló con el peso de la misericordia, te cortó el hilo de la vida mortal y te hizo caer así de rostro hacia la tierra, para dar al hombre beso de paz.

¡Oh inefable bondad! ¡Oh misericordia no debida! ¡Oh amor nunca pensado! ¡Divino Jesús mío! ¿qué vieron tus ojos en el hombre para amarlo así? ¿Qué servicios te ha hecho el mundo? ¿Con qué obras te ha obligado á morir en cruz por él? ¡Ingratitud y miseria es todo lo que el mundo da de sí!

y á pesar de eso el amor te obligó á redimirlo tan á costa tuya. ¡Oh maravillosa generosidad! ¿con qué serás correspondida? Si amor con amor se paga, ¿qué amor bastará á corresponderte?

¡Amete yo, Jesús de mi alma! nunca para mí tan hermoso, como ahora que el amor te ha puesto en la cruz afeado! ¡nunca para mí tan amable como ahora, con los brazos abiertos y la cabeza inclinada! ¡Amete yo, Crucificado mío! y déjame que te abrace, te estreche contra mi corazón y te coloque en mi pecho como ramillete de mirra.

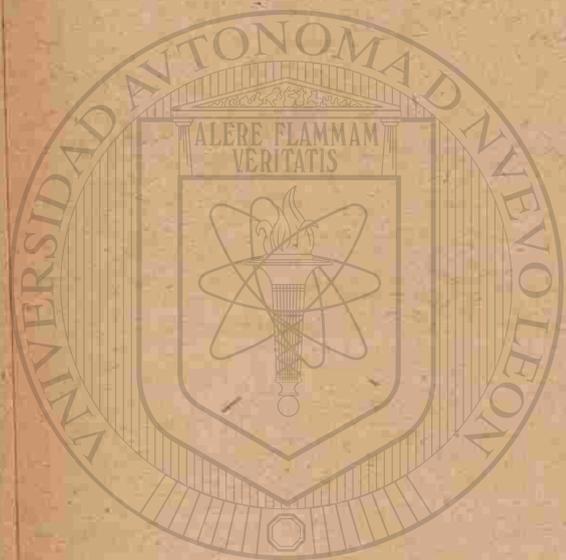
\*  
\*\*

¡Oh Cruz santa, y que envidia me das! ¡cómo quisiera robar el precioso fruto que de tí cuelga! Arbol sagrado, no estés ahora tan erguido, inclina tu duro tronco, dobla un poco tus ramas y alárgame ese dulce fruto para que yo lo pueda coger. ¡Cruz venturosa, llave del paraíso y escala del cielo, déjame subir por tu tronco á coger el fruto

del amor que de tí pende! Ese fruto es mi herencia, porque para mí nació, para mí se crió, por mí padeció y por mi amor sufrió muerte. ¡Dame pues, lo que me pertenece, que el amor no sufre dilaciones! ¡Pase ya de tus brazos á los míos el dulcísimo Jesús!

¡Oh Dios de mi corazón y Esposo de mi alma! tú aquí en la cruz eres rescate de mi cautiverio, precio de mi redención, tesoro de eternas riquezas y riquezas de valor infinito. Ya encontré lo que buscaba, ya tengo lo que apetecía, ya poseo lo que deseaba. Téngolo y no lo dejaré! ¡Ya te poseo, amorosa prenda! ¡no te apartes de mí ni consientas que yo de tí me aparte! ¡Tú serás mi heredad, Jesús mío! tú para siempre mi reposo y mi descanso. Tú el objeto de mis ansias, el término de mis deseos y el fin de mis esperanzas.





XV.

En el Mes de María.

Mayo ha venido.

Festivos le saludan juguetones pajarillos, que en las ramas de los árboles frondosos sus amores cantan.

La naturaleza se ha engalanado para recibirle; el campo se ha cubierto de verdor y lozanía, los árboles de flores que embalsaman el ambiente, la atmósfera se ha templado... Todo parece que adquiere vida y vigor, todo sonríe dándole á Mayo la bienvenida.

Bien venido seas, hermoso mes de María, tú, que con tus flores y tus encantos

enciendes en celeste amor los corazones sensibles y puros: bien venido seas.

¡Cuánto placer causas á las almas puras, cuando te dejas ver ataviado con tu bello manto de matizadas flores, convirtiendo el mundo en un inmenso y delicioso pensil!

¿De dónde vienes tan placentero?

¿A dónde vas tan engalanado?

¡Ah! ya lo sé: á celebrar las glorias de mi madre Inmaculada.

Yo también contigo cantarlas quiero.

Lleve el eco de mi voz la fresca brisa, que ligera corre besando en su camino el capullo de la flor, cuyos pétalos se abren para recibir el rocío de la mañana; llévelo, y hágalo resonar en el templo santo á los piés de la Inmaculada, diciéndola respetuoso que la amo.

Sí, María, te amo; tú lo sabes. Sí, dulce Madre, te amo, te adoro y te alabo con todas las obras de la Creación.

A Tí alaba la rosada aurora, cuando risueña asoma por el Oriente:

A Tí el bello sol, cuando majestuoso marcha á ocupar del horizonte la etérea cumbre:

A Tí las pintadasavecillas, que de flor en flor trinando vuelan:

A Tí el frondoso arbusto, cuyos verdes pimpollos las auras de la mañana jugando besan:

A Tí el agreste monte, que, bajo las influencias del benéfico Mayo, recibe nueva vida:

A Tí el inculto valle tapizado de menuda yerba y silvestres florecillas:

A Tí el ameno campo, que ufano ostenta entre el verdor de las mieses el encendido color de la amapola.

Todos los seres de la Creación bendicen tu nombre, Madre Pura.

Hasta el blando céfiro, que gallardo mece la enorme copa de colosales pinos, parece que entre la espesura del bosque con suaves acentos dice: María...! María...!

Y el manso río, en cuyas nítidas corrientes el sol se mira, recoge ese acento misterioso, y en la inmensidad de la campiña repite susurrando: María...! María...!

Y las olas, que silenciosas y rápidas se escapan, comunican al mar vecino ese eco

celestial; y entre el sordo murmullo de sus espumosas ondas, absorto el navegante oye decir: María!... María!...

Así festeja el mundo inanimado á la Reina de los Cielos; y el hombre, el rey de la Creación, no alabará á la Hija del Príncipe de las eternidades?

Y nosotros, sus hijos, dejaremos en Mayo de tributar justos obsequios á nuestra Madre celestial?

¡No! mil veces nó: queremos también alabarla.

Ea pues, niños candorosos, que con balbuciente labio expresáis los sentimientos del corazón; vosotros debéis ser los primeros en alabarla; porque vuestras almas son blancas, como el ampo de la nieve, puras como el cáliz de la azucena, y Ella es la Madre de la pureza y del candor. Postraos, pues, á sus plantas, y con infantil acento decidle cariñosos: Bendita sea tu pureza...

Doncellas inocentes, que no habéis aspirado aún el venenoso aliento del pecado; vosotras, en cuyos pechos no arde la abrazadora llama del amor profano; vosotras, que sólo tenéis pensamientos de pureza y sueños de candor; vosotras, ángeles de la tierra que embelesáis á los del Cielo con vuestras sonrisas virginales; demandad al querube sus acentos de amor, y cantad á la Virgen con toda la ternura de vuestras almas, diciéndole fervorosas: Bendita sea tu pureza...

Hijas de María, adornad el altar de vuestra Madre con las perlas de Mayo, con esas flores de alba vestidura y dorado seno, para que esparciendo su fragante esencia perfumen su morada celestial.

Entonad los himnos de las vírgenes de Sión, los cánticos de aquellos célicos coros, que ahuyentan la tristeza con las dulces pulsaciones del arpa santa, y pedidle que os lleve al Paraíso á respirar el aroma que exhalan las flores del Edén.

Pedidle, ay! no lo olvidéis! pedidle por su pueblo escogido, por la desventurada España.

¡Oh, cuántas cosas pudiera ésta ofrecerle, si no hubieran penetrado en su envidiado suelo el libertinaje y la irreligión!

¡Oh, cuántas preciosidades se crían bajo el terso cielo de la deliciosa España!

Ella posee floridos valles, verdaderos trasuntos del Paraíso.

Ella tiene amenísimas praderas, donde con quietud se gozan las delicias del Edén.

En sus montañas nacen ríos caudalosos, que serpean entre cármenes floridos, donde se crían plantas olorosas y frutas más rubias que auríferas arenas.

Ella tiene dilatados mares, cuyas playas crían nacaradas conchas, que encierran perlas de gran valor.

De perlas y corales formar pudiera preciosísimo collar para circundar su nívea garganta.

Con sus diamantes y joyas formar pudiera riquísima corona para ceñir sus sienas virginales.

¡Oh, cuántas cosas pudiera España ofrecer á María, si no hubieran penetrado en su envidiado suelo el libertinaje y la irreligión!

Pero ya que ella olvida ingrata los favores que de su augusta Patrona ha recibido, vosotras, hijas de Sión, ofrecedle con las flores de Mayo la pureza de vuestras almas, y el amor de vuestros corazones.

\*  
\*\*

Jóvenes incautos, vosotros que soñáis hallar en el mundo vergeles de flores puras, y sólo halláis agudas espinas que abren en vuestras almas la profunda herida del dolor y del remordimiento; vosotros, que corréis afanosos tras mentidas ilusiones, tras el néctar ponzoñoso del amor profano, para apagar la sed que á vuestras almas martiriza; infelices! si queréis que los días de vuestra existencia sean tranquilos y alegres, apartad la vista de ese mundo seductor; venid á los pies de María, contadle vuestras penas y Ella os consolará. Dirigidle un suspiro afectuoso, y no os apartéis de su amable presencia sin decirle entusiasmados: Bendita sea tu pureza...

Decrépito anciano, tú que con pasos presurosos al sepulcro caminas; tú que pronto te verás en aquellas regiones misteriosas, de los vivos nunca holladas; si quieres que la Virgen te preste allí sus auxilios y te corone con flores eternas, ven, llégate ahora á su altar, y con trémula mano deposita en él flores de amor y gratitud: besa el suelo con su presencia santificado, diciéndola enternecido: Bendita sea tu pureza...

Y vosotras, almas descreídas, que del benigno Cielo los ojos apartando, véis correr en desconsuelo los días azarosos de vuestra vida; desdichados! si queréis que la gracia, que á torrentes mana de los labios de María, haga brotar en vuestros corazones la dicha y la tranquilidad, venid, implorad su patrocinio y saludadla diciendo: Bendita sea tu pureza...

Mas ¡ay! vosotros, dichosos y privilegiados seres, á quienes el Angel de la armonía inspira cánticos sublimes: demandad hoy al querube su cándido laúd; rompan el aire vuestros melodiosos cantos rara vez oídos en este de dolor aciago suelo; entonad á la

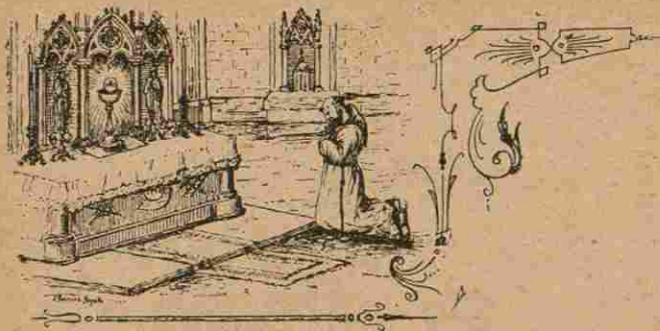
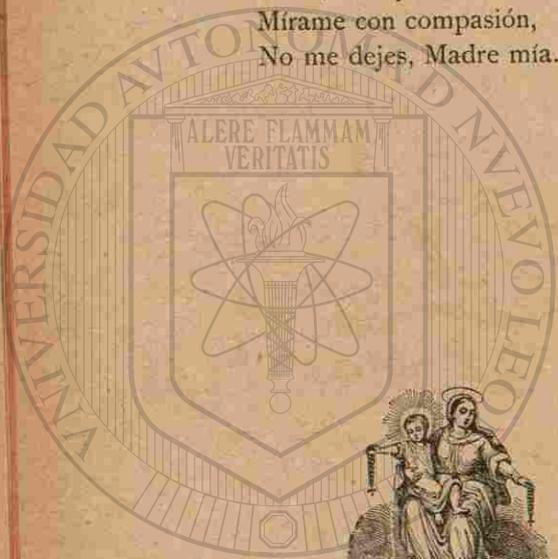
Virgen cantares de alabanzas en este destierro miserable, donde el hombre, lejos de su patria, peregrino llora, sin alivio en su penar; pulsad la dorada lira en honor de la Inmaculada, y sus armoniosos ecos llevados en alas del céfiro suave, haga resonar por todo el universo las glorias de María.

Dichosos de vosotros, á quienes es dado las grandezas de la Virgen en concertados himnos celebrar; recibid benignos el homenaje de gratitud que un devoto de María reconocido os ofrece.

Cantarle quisiera con vosotros, cual triunfante ruiseñor; pero ya que tanta dicha negada á mis deseos deploro con dolor; á lo menos cual solitaria tortolilla que en el bosque retirada dulcemente arrulla, así, postrado á los piés de la que es el encanto de mi alma, le diré con arrullador y afectuoso acento:

Bendita sea tu pureza  
Y eternamente lo sea,  
Pues todo un Dios se recrea  
En tan graciosa belleza:  
A Tí, celestial Princesa,

Virgen sagrada, María,  
Te ofrezco desde este día  
Alma, vida y corazón;  
Mirame con compasión,  
No me dejes, Madre mía.



XVI.

Junto al Sagrario.

**S** IEMPRE que penetro, oh Jesús mío, en tu templo santo, mis ojos buscan con envidia la afortunada lámpara que arde solitaria ante tu altar, consumiéndose en tu presencia divina, llenando de luz y de misteriosas sombras los ámbitos del Santuario. Y cuando tengo la dicha de hallarla, me prosterno, como ahora ante tus aras, fijando mis ávidas miradas en el Tabernáculo, donde estás preso de amor, ofreciéndote continuamente á la Justicia divina en sacrificio de expiación por los pecados del mundo.

¡Ay dulcísimo y riquísimo prisionero mío! ¿Quién te ha puesto en esta cárcel? ¿Quién te trajo á tanta estrechura? Si el cielo de los cielos es pequeño para contener tu majestad y grandeza, ¿quién te redujo á estrechez tanta? Si tú das libertad á todo el que la disfruta, ¿quién ha podido aprisionarte? ¿Qué cadena te sujeta á esta dulce prisión? ¡Ay amantísimo bien mío! La del amor infinito, cadena que jamás se rompe, es la que aquí te detiene cerca de mí, para que yo pueda contemplarte, recibirte, acompañarte, poseerte y consolarte.

¡Sí, consolarte! Tú has dicho, vida mía, que tienes tus delicias en morar con los hijos de los hombres, y al ver que éstos te abandonan, te dejan solo, y huyen de tu lado, ¿cómo es posible que á su manera no sienta desconsuelo tu divino Corazón, consolador de todos los tristes? Llenos están de gentes los paseos y las calles; concurridas las mansiones de los poderosos de la tierra; y tu mansión, ¡oh Dios todopoderoso! tu mansión, tu templo santo, tan vacío y solitario, que puedo á mi placer trasladar á estas

cuartillas los sentimientos de mi alma, sin temor de que humanos ojos se fijen en mí. ¿Cómo no has de sentir verte tan olvidado?

\*  
\*\*

Tú mismo te ataste aquí con lazos de amor, y te hiciste prisionero para que los cristianos vinieran á contarte sus penas, á decirte sus pesares, á confesarte sus culpas y pedirte perdón de ellas. ¿Cómo no ha de apenarte verlos correr por el mundo, como caballos sin freno, ebrios de furor, locos y desatentados, buscando la muerte lejos de tí, que eres la vida del alma? ¡Oh engañados hijos de Eva! ciegos de entendimiento y duros de corazón.

¡Si supieran ellos, oh Jesús mío, las delicias que encierra tu tabernáculo! Si oyeran la dulcísima armonía, que vaga en torno suyo; si aspiraran los deliciosos aromas que se respiran á su alrededor; si gustaran la suavidad embriagadora que de él brota ¡ay! entonces vendrían aquí á consolarte, ó me-

jor aún, á ser por tí consolados; pues no hay mal para el que tú no seas remedio, ni pena que tú no consueles, ni aflicción que tú no alivies, ni llanto que tú no sepas convertir en gozo.

¡Oh, qué dulces son las lágrimas derramadas en tu presencia! Tú las haces brotar del corazón; ellas caen de los ojos como perlas de celestial rocío, y el fuego de tu amor las evapora y las hace subir al cielo, convertidas en benéfica y trasparente nebulilla, que vuelve de las alturas llena de bendiciones para fecundar la tierra estéril del humano corazón. Y fertilizado con el riego de sus lágrimas, el corazón árido y seco se torna en corazón amante, dispuesto á recibir las impresiones del amor divino.

¡Oh mi Jesús! y qué horas tan dulces se pasan entonces en la soledad del santuario, en ese misterioso y elocuente silencio en que tú hablas al alma lenguaje desconocido! Tú la haces saborear entonces dulzuras incomparables, la atraes, la embriagas y la obligas por amor á que te busque, á que sienta á par de muerte separarse de tí, y á

que desee ser tu prisionera, prisionera de amor, de un amor que nunca acaba, porque empieza en esta vida para perfeccionarse en la otra.

\*  
\*\*

¡Pobre corazón humano! ven y verás cuán suave es el Señor, cuán amable mi dulce prisionero, el Dios escondido en el Sagrario. Su yugo es suave, porque es yugo de amor: ponlo sobre tu cuello, abraza su cruz, toma parte en su glorioso sacrificio, acércate á Jesús, únete á El y te inundará tal torrente de dulzuras, que vivirás sin que la pena te apene, sin que el pesar te apesare, sin que el dolor te duela, sin que la aflicción te aflija, sin que la amargura te amargue, ni la tribulación te atribule, porque vivirás en Cristo y Cristo en ti por amor. ®

¡Oh amor de mis amores, y dulce prisionero mío! Aprisioname aquí contigo en las redes de tu amor. Aprisiona mi pensamiento que anda descarriado por el mundo;

ata mi memoria para que no se acuerde de cosa terrena; prende á mi voluntad para que no se vaya tras las criaturas; encadena mi lengua y mis sentidos que andan sueltos para el mal; sujeta mis ojos para que no se vayan tras las vanidades del siglo; échale cadenas á mi corazón, cadenas de amor, que jamás se rompan. ¡Oh qué dulce cautiverio! ¡qué prisión tan deliciosa será vivir contigo en el Sagrario!

¡Oh Jesús de mi alma! ¡Quién me tuviera cautivo siempre contigo en esa cárcel! ¡Qué contento estaría, estando preso! ¡Cuán libre sería yo, viviendo así cautivo? Oh dulce prisionero mío, conviértete en carcelero y aprisioname contigo. ¡Anda! ¡Date prisal! ¿qué haces? ¿Por qué no me prendes? ¿Por qué no aprisionas para siempre este pobre corazón? Amor de mi alma, no seas corto! Préndeme! átame! hiéreme! mátame! que la vida más deliciosa que conozco es morir á tus manos. ¡Oh quién muriera de esa muerte y viviera de esa vida!

Bien sé, Amor mío, que no merezco ser tu cautivo; pero déjame que lo sea, déjame

reposar aquí junto á tu Sagrario y hacerte compañía en tu prisión. Nada valgo, porque soy nada; pero esta nada tiene un corazón que es tuyo, Jesús de mi vida; corazón que desea consumirse en las llamas de tu amor, como se consume la cera que arde en tus altares. Aquí te lo entrego, Dios mío; sólo por tí palpita, y en sus palpitaciones te pide que su último latido venga á perderse aquí al pie del tabernáculo, envuelto en el último suspiro de mi alma.





XVII.

A la sombra de un árbol.

**B**UEN sitio es éste, ¡oh Dios mío! para dar descanso al cuerpo y refrigerio al alma con la consideración de tus bondades.

Largo es el viaje, el día caluroso, el viento está en calma, el sol abrasa, el polvo del camino fatiga y el cuerpo, bañado en sudor y falto de fuerzas, reclama algún descanso. Bendito seas tú, ¡oh Dios de mi alma! que así me lo proporcionas á la sombra de este pino, que extiende al aire sus espesas y abundantes ramas, ofreciéndome un amparo contra los rayos del sol canicular.

¡Hermoso árbol criado por tí, mi Dios,

á orillas de este camino! El brinda con su frescura al fatigado pasajero para que repare sus fuerzas, tome aliento y prosiga su jornada. Agradecido acepto su benévola invitación, y junto á su tronco me pongo á meditar y á tomar apuntes de mis meditaciones. Meditemos, alma mía, y por la escala de las criaturas subamos al Criador: meditemos, y por el conocimiento de lo visible y perecedero, remontémonos al conocimiento de lo invisible y eterno.

Aquí, el ánimo abatido por las molestias del viaje, saborea á su placer la dulce tristeza de la soledad; qué triste cosa es hacer solo y á pie un largo viaje! El camino cansa, el andar fatiga, el sol molesta, la soledad entristece, el calor abrumba, la noche asombra, los peligros intimidan; y si este viaje se ha de hacer por ásperas montañas ó áridos desiertos, las dificultades aumentan, crecen los peligros, faltan las fuerzas y el desfallecimiento se apodera del hombre.

¿Y qué es la vida del hombre sino un largo viaje por los desiertos del mundo? Camino es la vida, camino lleno de espinas

que hieren nuestras plantas; camino áspero que regamos con la sangre de nuestros pies y con las lágrimas de nuestros ojos. ¿Qué será del hombre que ande á ciegas por ese camino, sin que la luz del cielo guíe sus pasos ni la fortaleza divina aliente su corazón? ¡Oh, pobres mortales, alejados de Dios! ¡Cuán desgraciados sois! ¡Oid, oid!

\*  
\*  
\*

Hay algo en la vida que convierte en alegría las tristezas de este camino, en flores las espinas, en gozo el llanto, en satisfacción los peligros y en victorias las dificultades. La fe en Cristo y su gracia divina: he aquí lo que convierte la debilidad en fortaleza, y en descanso los trabajos de nuestro viaje.

En nuestra peregrinación por la tierra hay días que podemos llamar de riguroso estío, días abrasadores, días de sequedad espantosa, días de asfixia espiritual en que se ahoga el alma. ¿Quién no ha respirado

alguna vez ese ambiente que abrasa y quema como el soplo de la desesperación? ¡Cuántos van hoy por el mísero camino de la vida jadeando, sedientos, tostados por el sol de la tribulación, ciegos de polvo, del polvo de la ignorancia y del pecado, sin ver el árbol de la vida plantado por Dios á orillas de nuestro camino para que á su sombra descansemos!

¡Pobres ciegos! ¡Pobres ciegos! ¡Venid y ved! En el triste sendero de la existencia humana tenemos el árbol de la vida, Cristo Jesús, árbol precioso cuyas ramas son ramas de salud, cuyas hojas son hojas de consuelo, cuyas flores son flores de virtud, cuyo fruto es fruto de vida eterna y cuya sombra es sombra de perdurable descanso. Acojeos á la benéfica sombra de este árbol divino, y hallaréis descanso para vuestras almas y aliento para seguir el viaje hacia la patria celestial.

Alma que caminas por los desiértos del mundo, de ese gran mundo que promete bienes y da males, ofrece placeres y da amargura, brinda amistad y da desengaños;

¡ah! si te ahoga el polvo inficionado de esa vía por donde andas, si ves sobre tí la lluvia de la ingratitud, si la espina punzadora del engaño hiere tus pies, si te abrasa el sol de la tribulación, ven á la sombra de este árbol bendito, y cobijada con sus ramas, ni te dañará la tribulación, ni te amargarán los desengaños, ni te herirán las ingraticudes, ni te ahogará el polvo de la tierra; sino que, olvidada del mundo infame, vivirás vida tranquila, sin que la turbe el frenético tumulto de los otros caminantes que andan perdidos y errantes, sin saber de donde vienen ni á donde van, ni en qué paraje se hallan.

\*  
\*\*

Yo también soy peregrino y necesito descanso. Déjame, pues, Jesús mío, árbol frondoso, que lo tome á la sombra de tus ramas, y permíteme exclamar con la esposa de los cantares: *Sub umbra illius quem desideraveram sedi, et fructus ejus dulcis gütu*

*ri meo.* Me he sentado á tu sombra, ¡oh árbol del paraíso! y tu fruto es dulce á mi paladar. ¡Sí! que no sólo ofreces al caminante sombra y descanso, sino alimento y fruto delicioso.

Alimentado y fortalecido el hombre con este fruto sagrado, camina veloz, casi sin tocar el polvo de la tierra, semejante á la avecilla que cruza ligera la superficie de pantanosos lagos sin manchar sus alas con el pestífero cieno. Comed de este fruto los que camináis por el desierto del mundo, y seréis fortalecidos con la fortaleza de Dios.

De este fruto quiero comer siempre y esta sombra quiero buscar todos los días de mi vida. En ella quiero tomar descanso, en ella sestar al mediodía y en ella dormir el sueño de la muerte para despertar á eterna vida.

Sí, Verbo humanado, tú eres árbol que extiendes tus ramas frondosísimas por el espacio y por los tiempos, enlazando el cielo con la tierra, y sirviendo de escala al hombre para que suba de la tierra al cielo.

Tú, Jesús mío, ofreces al alma fatigada

dulce reposo, sueño tranquilo y paz amorosa, llena de suavidad encantadora. Al alma que á tu pie descansa y aspira el aroma de tus flores, la envuelve una atmósfera de pureza y santidad que la purifica y engrandece.

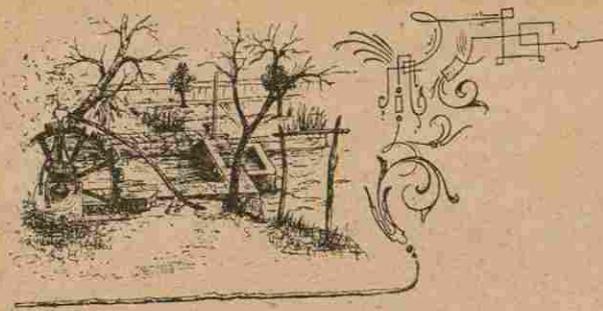
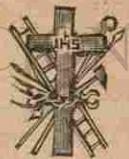
\*  
\*  
\*

¡Oh, quién me diera poder morar siempre junto á tí, árbol de vida! ¡Quién fuera avecilla que viviera posada siempre entre tus hojas, oh árbol de vida! ¡Quién pudiera colgar de tus ramas el nido de sus amores, y cantar en ellas endechas amorosas! ¡Jesús mío! ¡Dios de amor! ¡Vida de mi alma! no me niegues lo que tu bondad no niega al pájaro inocente. A él le has dado bosques frondosos para morada, y verde ramaje donde colocar su nido, y tiernos pimpollos en que mecerse al compás de sus cantos inimitables. ¿Por qué no he de hallar yo todo eso en ti, oh árbol de dicha y de ventura?

Mira, bien mío, que apetezco tu sombra, que necesito descanso; y que fuera de ti ni

lo hallo ni lo quiero. Oculto entre tu ramaje, como la avecilla en la selva, deseo que corran mis días en soledad y silencio, viviendo para ti únicamente. ¡Pero, Dios mío, cuán necio soy! ¿Qué es vivir para tí sino cumplir tu voluntad? ¡Cúmplala yo, Jesús mío, aunque recalcitre y se queje la mísera naturaleza! Y si tu voluntad es que camine por el desierto de la vida, bajo los rayos del sol abrasador, á caminar voy, huyendo con dolor de tu deliciosa sombra, pero fortalecido con tu dulce fruto, que confío no me faltará en todos los días de la vida.

¡Valor, alma mía! ¡Padezcamos por Jesús! Dejemos la compañía de este árbol que tan santas reflexiones nos inspira, y emprendamos la marcha, que no aquí, sino allá en la gloria es donde moraremos eternamente junto á Cristo Dios, árbol de vida, cuyas hojas son para salud de las gentes.



XVIII.

En el huerto.

**S**ENTADO aquí al borde de esta alberca que recoge las aguas bulliciosas de la fontana, acuérdomeme de ti, ¡oh Jesús mío! fuente de aguas vivas que saltan á la vida eterna. De ti habló el profeta Zacarías, cuando dijo que vendrían tiempos para la casa de Israel en que tendría una fuente abierta donde lavar las manchas del pecado; y á tus llagas preciosas debió Isaías referirse cuando nos dijo: Llenos de júbilo sacaréis aguas de las fuentes del Salvador. ¡Oh qué fuente de salud es la llaga de tu corazón divino! ¡qué

raudales de gracias y de misericordia brotan de ella!

Hoy pues, Amor mío, te contemplo aquí en la huerta como fuente misteriosa, que riegas el ameno Jardín de la Iglesia Santa, el cual se mantiene fresco y hermoso con el rocío misterioso de tus aguas. Tú lo plantaste en la tierra, lo regaste con los raudales de tu celestial doctrina, lo fecundaste con el calor de tu sangre preciosa y lo mantienes ahora florido y ameno con el riego misterioso de tus gracias. ¡Oh Jesús! ¿cuándo mi alma, florecilla pequeña de este jardín, será anegada con las aguas de tu fuente? La fuente de tu corazón divino brota incesantemente, y al esparcir sus aguas por la tierra, el desierto del mundo, se convierte en florida campiña, y los prados reverdecen, vistiéndose de hermosura y lozanía. ¿Qué hará pues tu riego en el verjel de las almas puras?

¡Ay, Amor mío! yo he visitado ese verjel, y al contacto de tus aguas he visto abrirse rozagante y galana la rosa de la caridad, brindando perfumes bienhechores:

he visto la blanca azucena, el lirio de la pureza, embalsamando el ambiente con su fragancia embriagadora: he visto al susurrar de tus aguas nacer la violeta, la flor de la humildad, entre peñascos de soberbia: y la he visto crecer oculta y escondida, exhalando su aroma con tanta más abundancia, cuanto más pisada y despreciada ha estado bajo la planta del hombre.

\*  
\*\*

¡Jesús mío! tú eres fuente de vida que haces brotar virtudes con el riego de tus aguas. Yo las he visto deslizarse mansamente en la soledad y el silencio para infiltrarse gota á gota en la seca y agostada tierra del corazón humano y, al influjo de tus aguas, ese corazón se ha convertido en floresta del paraíso. Y luego las he visto creciendo insensiblemente hasta formar un raudal que anega al alma, la fertiliza y la hace que germine flores de virtud donde antes pululaban ortigas de vicios; y lo que fué egoís-

mo, trocöse en caridad, y la ira en mansedumbre, y la avaricia en largueza, y la soberbia en humildad, y la tibieza en fervor.

¡Oh, qué transformaciones causan en el jardín del alma las aguas de gracia que manan de tu corazón! Riega con ellas, ¡oh Jesús mío! el árido desierto de mi alma, y se convertirá también en valle ameno, trasunto del Edén. ¿No eres fuente de gracia? Pues concédela á esta alma que la pide. ¿No eres fuente de amor? ¿Pues cuándo se ha de apagar en tus aguas la sed de amor que mi alma tiene? ¿No eres fuente de limpieza? Pues limpia, amor mío, limpia la suciedad nativa de este pobre corazón, ya que las aguas de tu fuente no sólo sirven para regar, sino también para lavar las manchas del alma pecadora. Y ¡oh, qué purificada y qué limpia queda el alma que es lavada en la fuente de tu divino corazón!

Pobres pecadores, que andando por el mundo caéis en la charca cenagosa de la impureza; ¡levantaos de ahí, infelices! y lavaos en esta fuente salutífera que limpia las manchas del pecado.

Almas desgraciadas, que recorriendo el camino fangoso de la vida humana os mancháis con el lodo que pisan vuestros pies; venid á esta fuente y seréis limpios con la limpieza de sus raudales.

Seres desdichados, que os contamináis con la inmundicia del siglo, purificad vuestras almas con las aguas preciosas que brotan de las fuentes del Salvador.

Almas infelices, cuyo rostro ha salpicado el cieno de la culpa, ¿por qué habéis de permanecer sucias y asquerosas, habiendo aquí aguas cuyo contacto quita toda mancha?

¡Oh aguas de virtud inefable! ¡Oh Jesús, Fuente de vida eterna! lávame más y más, y purifica mi alma hasta dejarla más pura y más blanca que la nieve!

\*  
\*\*

¡Oh fuente de virtud desconocida! los enfermos del cuerpo corren por el mundo, buscando con afán las aguas medicinales

que hizo brotar tu bondad en medio de los montes para curar los males físicos del hombre; y los enfermos del alma, ¡oh dolor! se dejan morir, y no dan un paso siquiera por acercarse a ti, fuente divina, que curas infaliblemente todos los males del espíritu.

Enfermos, á quienes consume los ardores de la ira ó de la lujuria, venid á estas aguas, ellas templarán vuestra sed, y os quitarán la fiebre pestilente que aniquila el vigor de vuestras almas.

Todos los que padecéis males del alma, todos los que carecéis de salud espiritual, ¡venid, venid! que estas aguas medicinales destierran toda dolencia y curan de todo mal.

¡Cuántos, Jesús mío, cuántos hay en el mundo sedientos de felicidad! ¿Por qué no vienen á ti á beber la dicha en tus dulces aguas? ¡Cuántos hay en él sedientos de reposo y de consuelo! ¿Por qué no vienen á ti, fuente de toda consolación?

Alma, que te sientes herida, porque el dardo de la ingratitude se clavó en tu corazón; alma, que te hallas lastimada, porque

el golpe cruel de un desengaño vino sobre ti con fuerza brutal; alma, que lloras y suspiras, porque tienes sed de consuelo y de remedio, ven á la fuente del Corazón divino, que sus aguas salutíferas no hay herida que no sanen, ni llaga que no curen, ni dolor que no alivien, ni pena que no consuelen. Bebed de estas aguas del Costado de Cristo, que en ellas hallaréis gozo de vida eterna.

\*  
\*\*

Yo tengo también sed de ti, Corazón divino, dame á beber de tu amorosa fuente. Mitiga la sed que de ti siente mi alma! Apaga el ardor que consumen mis entrañas, y refréscame con una gota de ese licor que vale millones de mundos. Sed tengo de ti, sed de tus aguas; me siento desfallecer y por eso te busco jadeante y sediento, como el ciervo herido y fatigado busca las aguas del arroyo cristalino.

Sin ti muero de sed, sin ti desfallece el

alma, y se agosta, como la flor herida por los rayos del sol ardiente. Déjame, pues, gozar del fresco ambiente que se respira á tu alrededor. Al místico bullir de tus aguas me olvidaré del mundo y su vanidad, y te cantaré á ti cantares de alabanza.

Sentado á tus orillas, ¡oh Fuente misteriosa! quiero pasar mis días; porque el murmullo que hacen tus aguas al caer sobre mi alma, aleja de mí el mundanal ruido, me adormece en dulce calma, y sueño plácidamente cosas del cielo, donde me siento trasladado al mágico impulso de tu suave corriente.

¡Corazón de Jesús! ¡Fuente divina! dichoso el que en tí apaga su sed y el que en tí lava sus manchas; pero más dichoso todavía el que sentado á tus orillas es adormecido por el murmurio delicioso de tus aguas.



XIX.

Supra montes. (1)

**D**E deseado muchas veces, ¡oh Dios mío! subir á las altísimas y blancas cumbres de esta *Sierra Nevada*, y te doy gracias, porque no has negado este deseo á mi corazón. Jadeante, como ciervo acosado por los cazadores, he llegado á la cima de estas montañas, para contemplar desde sus alturas las magnificencias de la creación y admirar en ella las obras de tu mano poderosa.

Desde aquí contemplo absorto esas nie-

(1) Escrito en Granada.—N. del E.

alma, y se agosta, como la flor herida por los rayos del sol ardiente. Déjame, pues, gozar del fresco ambiente que se respira á tu alrededor. Al místico bullir de tus aguas me olvidaré del mundo y su vanidad, y te cantaré á ti cantares de alabanza.

Sentado á tus orillas, ¡oh Fuente misteriosa! quiero pasar mis días; porque el murmullo que hacen tus aguas al caer sobre mi alma, aleja de mí el mundanal ruido, me adormece en dulce calma, y sueño plácidamente cosas del cielo, donde me siento trasladado al mágico impulso de tu suave corriente.

¡Corazón de Jesús! ¡Fuente divina! dichoso el que en tí apaga su sed y el que en tí lava sus manchas; pero más dichoso todavía el que sentado á tus orillas es adormecido por el murmurio delicioso de tus aguas.



XIX.

Supra montes. <sup>(1)</sup>



Es deseado muchas veces, ¡oh Dios mío! subir á las altísimas y blancas cumbres de esta *Sierra Nevada*, y te doy gracias, porque no has negado este deseo á mi corazón. Jadeante, como ciervo acosado por los cazadores, he llegado á la cima de estas montañas, para contemplar desde sus alturas las magnificencias de la creación y admirar en ella las obras de tu mano poderosa.

Desde aquí contemplo absorto esas nie-

(1) Escrito en Granada.—N. del E.

ves perpetuas, coronando las inmensas moles, que desde el llano me parecían pequeñas colinas; veo nubes arreboladas, paseándose por encima de la nieve; águilas reales que atraviesan esas nubes para mirar al sol de hito en hito; y mi alma agradecida se eleva hacia á tí en rauda vuelo, dejando atrás el monte cubierto de nieve, la nieve coronada por las nubes, las nubes atravesadas por las águilas, las águilas que miran al sol, el sol que alumbra los espacios: y subiendo sobre esos espacios de la creación llega á tí, Creador de todo, para postrarse á tus pies, alabarte, bendecirte y cantarte con el Salmista:

Quam magnificata sunt opera tua, Domine!  
Omnia in sapientia fecisti!

\*  
\*\*

Desde este paraje solitario domino dilatado panorama que arroba y suspende mis sentidos en éxtasis de admiración. El cielo de transparencia sin mancha y azulado

vivísimo atrae las miradas en busca de la inmensidad; el aire purísimo y perfumado de los montes recrea el olfato, refresca el pecho y ensancha los pulmones; el oído es regalado por el rumor del arbolado que mece el céfiro, por el alegre zumbido del insecto y por el bullir de espumosas cataratas que saltan de las nevadas cimas al lecho impenetrable y oculto de profundísimos barrancos: y este bellissimo conjunto arrebatada los sentidos, eleva el alma y me obliga á exclamar con el profeta:

Cuán grandes son, Señor, todas tus obras!  
Qué sublimes, magníficas y excelsas!  
Tu saber, tu bondad y poderio  
Resplandecen, mi Dios, en todas ellas.

El sol que cae á plomo sobre los promontorios de pizarras argentadas confunde sus reflejos, semejantes á chispas de fuego, con la purísima blancura de los hielos perpetuos aposentados en las altas cumbres del Muleyhacen; y allá en las nunca holladas vertientes del *Veleta*, que cierran el horizonte con la gigantesca mole de sus pica-

chos, parece que se junta el cielo con la tierra, unidos por lazo misterioso; y la creación celeste y la terrena, unidas con esa mística lazada, publican tus glorias, Dios mío, y arrancan á mis labios el inspirado canto de los tres mancebos:

Benedicid al Señor, nieves heladas,  
Que de los montes coronais las crestas;  
Benedicid al Señor, soberbias cumbres,  
Su poder publicando y su grandeza.

\*  
\*  
\*

Rocas de granito que os eleváis á las nubes en formas piramidales, figurando almenas de arábigas mezquitas ó minaretes de góticas catedrales, decidme: sois el mundo testigo del poderío de Dios? ¿Sois hijas de algún esfuerzo que hace la tierra por juntarse con el cielo? Montañas hendidas y separadas por cortaduras misteriosas, decidme: ¿Quién abrió entre vosotras las hondas simas que os dividen? ¿Por ventura os partísteis el día para siempre memorable

en que el Hijo del Eterno murió en infamante patíbulo por la redención del hombre? ¡Ah! entonces seríais dignas de veneración perpetua, peñas menos duras que el corazón del judío que crucificó á mi Dios!

Y vosotras, soberbias cordilleras, que aparecéis á mis ojos como templos de la naturaleza ó palacios de la Divinidad, formados por columnas de promontorios gigantescos y por pilastras de rocas jaspeadas; decidme: ¿quién os dió por corona las nubes, por vestiduras los árboles, por adornos las flores, por espejo la nieve, por cimiento el granito y por cúpula el firmamento? ¡Ah! en vosotras hallo un templo levantado á la gloria de mi Dios, templo que tiene por altar la creación, por lámparas y antorchas las lumbreras del cielo, por incienso la niebla perfumada, por orquesta el murmullo de las fuentes y el canto de las aves, por alfombras las flores del valle y por adoradores las criaturas todas; templo en el que mi Dios deja sentir su presencia regalada llena de misericordia y de bendiciones para el hombre. Sí, Dios mío, ahora

veo aquí tu belleza, como veo tu poder formidable, cuando paseas en alas de la tempestad por encima de sus cumbres, precedido del relámpago brillador, seguido del trueno fragoroso y envuelto entre nubes que velan tu majestad y tu grandeza. ¡Oh qué grande eres, Dios mío! ¡qué espantoso es tu poder! ¡qué magnífica tu gloria!

Tu mano benéfica ha derramado sobre estos montes la sombra de tu belleza, llenándolos de bendiciones sin cuento. ¡Cuán delicioso es tender desde aquí la vista sobre la ancha vega, hermoseedada con el verdor de las mieses! Las caprichosas ondulaciones de los sembrados semejan un mar de esmeralda, cuyas olas van á perderse entre las brumas celestes y sonrosadas del horizonte. Pequeños pueblecitos y blancos caseríos se destacan entre el verdor de las sembraderas, cual si fueran cisnes posados en un lago; y más allá, hacia la sierra de *Elvira*, comienzan á levantarse nubecillas ligeras, transparentes y fugaces, que batidas y cortadas por el viento en flotantes cendales se disipan y confunden con el azul etéreo.

\*  
\*\*

La fertilísima llanura se extiende en suaves ondulaciones hasta la opuesta cordillera, cuyas crestas se divisan ya fragosas y puntiagudas como pirámides, ya convejas en forma de cúpulas vestidas de espesos matorrales. ¡Qué contraste tan precioso forma aquí la naturaleza! Allá la vega cruzada por el *Genil* reposado y majestuoso; aquí cerros formidables cruzados por pequeños arroyuelos que se precipitan con estruendo en las profundas cavidades de los barrancos: allá el humo de los cortijos y de las chozas de los pastores que se eleva hacia lo alto; aquí la niebla trasparente y perfumada de los montes que baja hacia las cañadas: allá la alondra trinadora que se remonta cantando por los aires: aquí bandadas de palomas torcaces que descienden de las cumbres y se mecen sobre el remanso, como embriagadas por el ambiente voluptuoso de estos valles encantados: allá,

el ameno cauce de los ríos que, con sus márgenes floridas y sus aguas transparentes, semejan caminos de plata con orillas matizadas de zafiros; aquí espantosas cortaduras, tajos que infunden pavor, simas que no tienen nombre, y que semejan bocas del averno.

Este contraste grandioso exalta la fantasía y penetra al alma, produciéndole una impresión de divino placer, que tan pronto la hace sonreír de felicidad, como llorar de dulce melancolía; tan pronto la abisma en el silencio de hondas meditaciones, como la hace prorrumpir en alegre canto. ¡Cuánto goce inefable, sublime y recóndito experimento al tender la vista por estos montes de nivea blancura, por esos valles de verdor inmarchitable y de celajes irisados, que se confunden con el azul del cielo y la diafanidad de la atmósfera. ¡Ay! escondido en la soledad de esta umbrosa selva, reposando en la fresca penumbra del arbolado secular, escucho con placer el murmurio de lejanas cascadas, la dulce algarabía de las aves, el quejido de solitaria tórtola que lla-

ma á su compañero; y siento una emoción inefable que me obliga á exclamar:

Benedicid al Señor, aves del aire,  
Benedicid al Señor, bosques y selvas,  
Benedicid al Señor, fuentes y arroyos  
Que nacéis entre flores y entre arenas.

\*  
\* \*

Y cómo no alabarte, Dios mío? ¿Cómo no admirar tus obras? Estas montañas, esa vega, esta luz, este aroma, este cielo, estos valles, estas fuentes, estas aves, este horizonte maravilloso, no me está diciendo que te alabe? Tal vez este conjunto indescriptible no diga nada al corazón metalizado, al hombre ciego ó al alma impía; pero á mí? ¡Ay! á mí me habla tanto de tí y me descubre tanto tu gloria, que al través de lo terreno, veo la imagen de tu bondad y de tu belleza divina. Sí, Dios mío! todo esto me habla muy alto de tí, y me dice que tu Sabiduría eterna

Mil gracias derramando,  
Pasó por estos montes con presura,  
Y yéndolos mirando,  
Con sola su figura  
Vestidos los dejó de su hermosura.

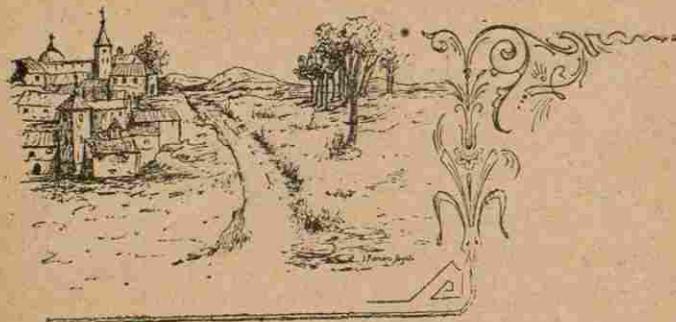
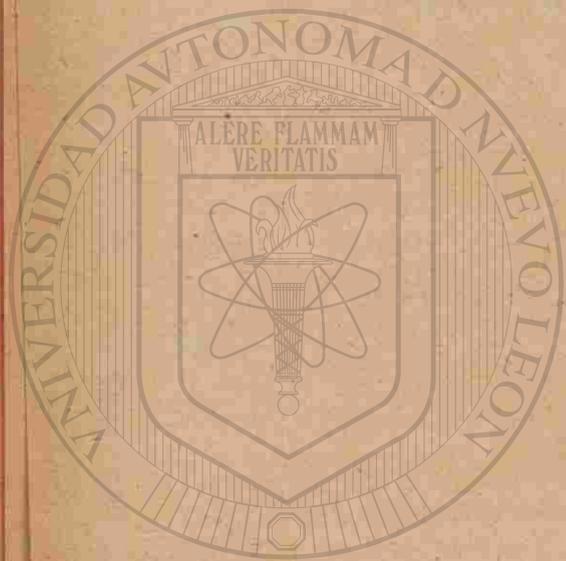
Mas ¡ay! ya el día huye, el sol se inclina hacia el ocaso y los celajes vespertinos cubren los picos de las montañas de confusos arreboles, que en suaves gradaciones invaden los valles y se extienden por la vega como olas de luz crepuscular. Las fragorosas concavidades de las *Alpujarras* parecen exhalar hondos suspiros: y el rumor de las selvas llega hasta aquí en majestuosas ondulaciones, causando en mi alma el terror sagrado de la soledad que me convida al descanso y al reposo.

Bajemos al agreste caserío en busca del lecho hospitalario, y de los dones que prodiga el Eterno para que sirva de refrigerio á los mortales; pero no dejemos, alma mía, estas alturas, sin despedirnos de estos colo-

sos de la creación. ¡Adiós! montañas erguidas é imponentes, que levantáis al cielo la orgullosa cabeza coronada de blanca nieve, cabellera inmortal que os han dado los siglos: adiós! Dejadme por última vez admirar esa nívea cabellera, cuyos hilos de plata son cristalinos arroyuelos que descienden por las faldas de los montes, formando largas y tortuosas curvas, que se pierden entre grupos de arbustos mecidos por el céfiro; sí, dejadme que os admire otra vez, y que luego me aleje de aquí recitando el himno de la Creación:

Benedicid al Señor, cantad su gloria,  
Todas las obras de su mano excelsa!  
Alabad su virtud y santo nombre  
En la presente edad y en las eternas.





XX.

En la Vega

**Q**UÁN grato es el aire que se respira en los campos, durante la primavera! ¡Qué perfumado está el ambiente! ¡qué hermosos los sembrados!

El sol, desbordándose en torrentes de luz, fecundiza á la tierra y la esmalta de flores que llenan las praderas, los cercados, los montes y los valles.

Oh! ¡qué refrigerante son las auras! ¡qué bien se aspira aquí la fragancia de que vienen henchidas las brisas de Mayo!

Salud, brisas embalsamadas con el aroma de las flores!; ¡salud á vosotras, que bajáis del cielo para alegrar la tierra y en-

cender en celeste amor á los devotos de María!

Salud, auras primaverales, que venidas del Paraíso traéis á este vate desterrado el perfume de la inocencia y un dulce recuerdo de su patria bienaventurada.

¡Ah! ¿por qué no me traéis también el eco de los cánticos divinos que entonan á la Inmaculada los serafines de la gracia y del amor? Tal vez así, mezclando mis notas con sus notas, fueran gratos á la Virgen los cantares de un mortal.

Salud otra vez, brisas de Mayo, alma y vida de la hermosa primavera! ¿Será verdad que venís á engalanar los campos, rejuvenecer las plantas, hermosear las flores, y traer á los siervos de María el gozo, la dicha, el amor y la inspiración del Cielo?

Pues entonces, ¡revolad sobre mi frente, céfiros de la mañana! ¡soplad sobre mi rostro, brisas bonancibles de la tarde! vol-

ved fecunda y viva la mente fatigada de este peregrino, como cuando era morador afortunado de las orillas del Betis.

¡Oh, cuántas veces os contemplé allí jugando con los árboles del bosque, meciendo el tallo de la madreselva, columpiando las ramas del cinamomo, llenando de fragancia los espacios, y de no imitadas armonías la soledad del campo!

¡Oh, cuántas veces, pisando alfombras de verdura, recorrí en compañía vuestra los umbríferos sotos del *Valle de la Encina!* Allí, ¡cuán grato me es recordarlo! allí buscaba flores campestres para adornar con ellas el trono de la Virgen, de aquella Virgen cuyo nombre fué la primera palabra que balbucearon mis labios.

Tal vez, ahora mismo, la tierna madre que me enseñó á pronunciarlo, llora prostrada á los pies de María, pidiéndole copiosas bendiciones para su hijo ausente.

Tal vez, almas puras y candorosas, cuyo recuerdo me es grato, cruzan la campiña que regaron mis sudores, cogiendo flores y lirios para ofrecerlos á la Madre purísima

del que es *Flor del campo* y *Lirio de los valles*.

¡Oh, brisas de Mayo! ¡céfiros primaverales! ¿por qué traéis á este *peregrino* recuerdos tan halagüeños? Volved, volved, y decid á la Estrella matutina que guió los pasos de mi infancia; decid á mi dulce Madre, decid á la Inmaculada, que tanto hoy como entonces

Bajo su manto  
Busca mi alma  
Segura calma,  
Grato redil....

Decidle, que aunque lejos de su adorada presencia, jamás la olvido; decidle, que caminante perdido en los desiertos de la vida, dirija mis pasos por la senda de la virtud; decidle, que á Ella consagro mis humildes cantos, y que al romperse la última cuerda de mi lira, quiero que la nota por ella producida sea la nota de su amor y el eco de su nombre.

¡Oh, dulce nombre! ¡cuán grato eres á mis oídos! ¡cuán deleitoso á mi corazón! Al

pronunciarte, se endulzan mis labios, y mi espíritu se eleva hacia el cielo como el humo del incienso.

\*  
\*\*

Extranjero en este suelo miserable, don de el hombre lejos de su patria desterrado llora, las auras han murmurado en torno mío ese nombre encantador, cual si fuera un suspiro dulce, lánguido, vaporoso, que adormece el cuerpo y enajena al alma.

¿Será acaso que los espíritus puros entonan cantares á su Reina, al ver asomar por el oriente los días de Mayo? ¿Me invitarán tal vez á formar coro con ellos, para ensalzar á la Madre del Amor Hermoso? pues, si es así.....

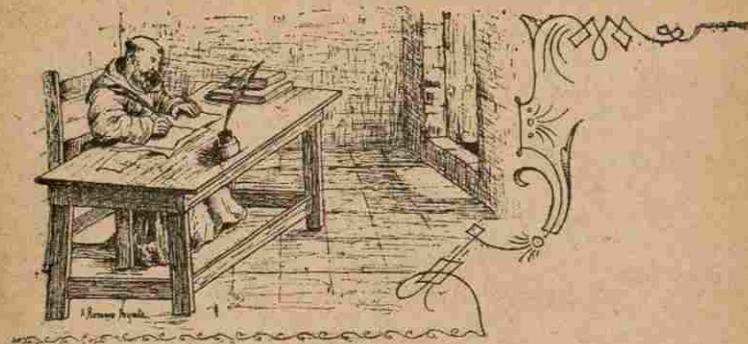
Con dulces acentos,  
Feliz lengua mía,  
Ensalza á María  
Más bella que el sol.

Sí; ensálzala, alma mía, que ella en pago dirigirá á ti encantadora mirada, al termi-

narse los días de tu peregrinación sobre la tierra. Sí, Madre mía, vuelve entonces á mí tus ojos misericordiosos; porque,

Si tú me mirares  
Afable, halagüena,  
Con boca risueña,  
Mi pecho ¿qué hará?  
Saltar de alborozo,  
Y estorbos, rompiendo,  
El alma saliendo  
A ti volará....

Si, á ti volara, María, para cantarte las finezas de su amor en la eternidad del cielo.



XXI.

En mi Celda.

**H**ACE pocas horas, que una voz dulce hería mis oídos y penetraba mi alma con estas coplas que lanzaba al aire, cual si fueran quejas de un corazón herido.

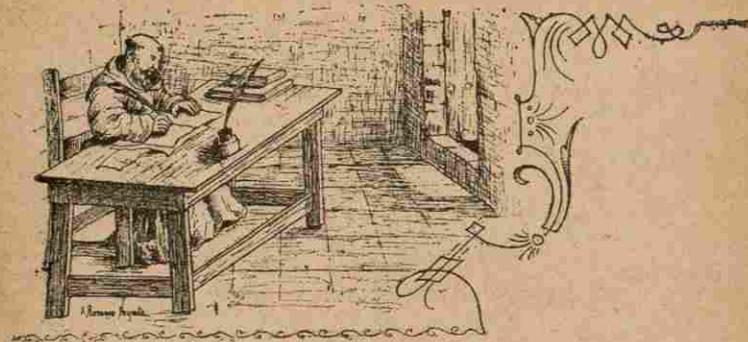
El camino de la vida sembrado está de ilusiones, flores que el sol seca un día y el viento arrastra una noche.

Esas flores que abundantes en mi corazón brotaron, son hojas que arrastra el viento, el viento del desengaño.

narse los días de tu peregrinación sobre la tierra. Sí, Madre mía, vuelve entonces á mí tus ojos misericordiosos; porque,

Si tú me mirares  
Afable, halagüena,  
Con boca risueña,  
Mi pecho ¿qué hará?  
Saltar de alborozo,  
Y estorbos, rompiendo,  
El alma saliendo  
A ti volará....

Si, á ti volara, María, para cantarte las finezas de su amor en la eternidad del cielo.



XXI.

En mi Celda.

**H**ACE pocas horas, que una voz dulce hería mis oídos y penetraba mi alma con estas coplas que lanzaba al aire, cual si fueran quejas de un corazón herido.

El camino de la vida sembrado está de ilusiones, flores que el sol seca un día y el viento arrastra una noche.

Esas flores que abundantes en mi corazón brotaron, son hojas que arrastra el viento, el viento del desengaño.

¡Cuánto sentimiento! Cuánta poesía y cuánta verdad! Los vientos del desengaño arrastran y amontonan á nuestro alrededor tanta hojarasca de ilusiones desvanecidas y esperanzas frustradas, que bien podemos mirar la vida como un puro y continuado desengaño. Sí! Desengaños! esta es la vida!

Pero en mi estado y á mi edad, ¿puede hablarse de desengaños? Creo que sí! Ya he llegado á la alta cúspide que forman entre sí las dos pendientes de la vida; desde aquí vuelvo la cara para contemplar por donde he subido, y, al ver sombrío y triste lo que me pareció alegre y risueño, al ver secas y hediondas, flores que me parecieron fragantes; al ver convertido en rígido y helado invierno lo que tuve por eterna y hermosa primavera, exclamo entristecido: Desengaños! esta es la vida!

Y miro hacia adelante; tiendo mi vista por la otra pendiente que ya comienzo á bajar, y al verla pálida, como las hojas de otoño, yerta y fría, como los hielos del polo, y lindante con las playas de la muerte, donde todo acaba y donde va por fuerza á

perderse la existencia humana; al ver eso, brotan de mi corazón y acuden á mis labios estos melancólicos cantares:

Peregrino fatigado,  
en mitad de mi carrera,  
veo la ilusión postrera  
entre las sombras huir:  
y al fijar desencantado  
en torno mío los ojos,  
me atormenta y me da enojos  
el oscuro *porvenir*.

Si á la dulce infancia miro,  
hacia atrás volver deseo;  
si á la vejez, allí veo  
miseria y dolor no más!  
mi presente es un suspiro  
angustioso y anhelante;  
desengaños adelante!  
y desengaños atrás!

Oh cuantos desengaños tiene la vida  
Falaces son sus encantos, como los espejismos del desierto; vana su hermosura, como sueño de imaginación calenturienta; fantásticas sus grandezas, como paisaje de linterna mágica; fugaces son sus riquezas, como sombras que huyen; falsa su gloria, enga-

ñosa su ciencia, aparente su brillo, ilusoria su dicha y vanas todas las esperanzas que en ella se colocan. *Vanitas vanitatum et omnia vanitas!* Esta es la vida! vanidad y desengaño!

PERO TE DOY GRACIAS, OH DIOS MÍO! PORQUE LOS DESENGAÑOS DE MI VIDA JAMÁS HAN SIDO AMARGOS NI CRUELES COMO EL REMORDIMIENTO, SINO TRISTES É INOCENTES, COMO EL LLANTO DE UN NIÑO ASOMBRADO. JAMÁS ME HAN ALEJADO DE TÍ LOS DESENGAÑOS, SINO QUE MÁS BIEN ME HAN EMPUJADO HACIA TUS BRAZOS, Y ME HAN OBLIGADO Á BUSCARTE, COMO BUSCA EL NIÑO ASUSTADO EL REGAZO DE SU MADRE, SEGURO DE HALLAR EN ÉL ACOGIDA AMOROSÍSIMA Y CONSUELO VERDADERO.

DESDE NIÑO ME ENSEÑARON Á GUARDAR LIBRE MI CORAZÓN DE TODO CAUTIVERIO; Y AUNQUE ÉL QUISO ALGUNAS VECES PERDER SU LIBERTAD, Y CAUTIVARSE Y ATARSE CON LAZOS DE AFECTOS PURÍSIMOS Y NOBLES, LÍCITOS Y SANTOS, JA-

MÁS TU BONDAD DIVINA HA PERMITIDO QUE FUERA ESCLAVO DE NADIE, MÁS QUE DE TU AMOR. ¿CÓMO TE AGRADECERÉ, DIOS MÍO, TAN INMENSO BENEFICIO? YO TE REPITO MILLONES DE GRACIAS, PORQUE MIS DESENGAÑOS NO HAN SIDO NUNCA DE ESOS QUE MATAN Ó DESTROZAN EL CORAZÓN Y LO ARROJAN AL ABISMO DE LA DESCONFIANZA Ó AL MAR DE LA DESESPERACIÓN.

NUNCA ME ENGAÑARON LAS RIQUEZAS, PORQUE JAMÁS CONFÍE EN ELLAS, NI PUSE EN ELLAS MI CORAZÓN. JAMÁS ME SEDUJO EL BRILLO DEL ORO, NI ME LLENARON LOS BIENES CADUCOS DE LA TIERRA. JAMÁS ME ATRAJERON LAS HONRAS NI SOÑÉ CON LAS DIGNIDADES; Y DESDE QUE TE CONOCÍ, ¡OH DIOS MÍO! ME INSPIRARON ASCO LAS HERMOSURAS TERRENAS Y ME CAUSARON HORROR LOS PLACERES DE LA VIDA, LAS DIVERSIONES Y PASATIEMPOS DEL MUNDO. TU GRACIA MOSTRÓME ESAS COSAS COMO INDIGNAS DE MÍ, COMO TROPIEZOS DE MI GLORIOSO CAMINO Y COMO FUENTES DE AMARGURA: HUÍ DE ELLAS, Y POR ESO NO ME HAN SEDUCIDO NI ENGAÑADO. BENEDITO SEAS!

MAS ¡AY! PUSE UNA VEZ MI DICHA EN LA ADQUISICIÓN DE LA SABIDURÍA, EN EL ESTUDIO

de las ciencias y... *ecce vanitas!* he aquí uno de mis desengaños. Qué ansias por acercarme al santuario de las ciencias! Qué afanes, sudores y desvelos por penetrar en su recinto sagrado! Esta fué una de las ilusiones más acariciadas de mi juventud. Qué deseos de entrar en ese templo del saber, para conocer y saludar los ídolos de sus altares, que me parecían semidioses! Y me abrieron sus puertas, entré, y aprendí á saber que no sé nada, única cosa que aprende el que más sabe y más estudia. Qué desengaños!

Cansado del estudio, quiso mi corazón poner su dicha en la fama y en la gloria. Pero qué es todo eso? Fama, renombre, gloria, celebridad, ¿qué sois? Sombra que pasa, humo que el viento se lleva, murmullo de agua que corre, eco agradable que se pierde en el espacio, rumor grato de alabanzas que hincha al alma, la embriaga y la adormece. Y eso, ¿para qué sirve en el mundo? En qué puede eso contribuir á la felicidad verdadera? ¡Pobre corazón herido por el desengaño! Dime, la celebridad, el

renombre y la fama, ¿podrán curar tus heridas y hacerte feliz en tu desgracia? ¡Qué irrisión!

Celebridad decantada,  
Grandeza y gloria del mundo,  
Sois luz que dura un segundo,  
Humo, tierra, polvo y nada!

\*  
\*\*

MI sagrado ministerio me ha obligado muchas veces á ponerme en contacto con el mundo, y el mundo es un semillero de horrorosos desengaños. ¿Qué hay en él que no se resuelva en egoísmo puro, vanidad insoportable, intenciones torcidas, rivalidades mezquinas, bajas concupiscencias, intentos depravados, procedimientos rastrosos, mentiras descaradas, intrigas escandalosas, engaños y traiciones sin cuento? Y todo ese fangal de pasiones asquerosas, lo he visto muchas veces cubierto con el velo sagrado del patriotismo, de la humanidad, de la virtud, de la dignidad, del sacrificio

y de la caridad; palabras santísimas que los hombres envilecen para ocultar con ellas sus vicios. Estos desengaños sí que espantan y obligan á exclamar: Mentiras! vicios! farsa! desengaños!; esta es la vida que llaman de sociedad!

¡Ay, alma mía! en tu inexperiencia tenías á los hombres por leales y sinceros; creías que todos los corazones eran tiernos y amorosos, y has hallado que muchos son duros y egoístas, falaces y mentirosos. Oh dolor! has hallado la calumnia posada en algunos labios que te alababan y adulaban, y la traición en algunos corazones que aparentaban quererte, y que por ventura te quisieron con un cariño fugaz y pasajero, semejante á la flor de un día.

Yo vi, en hermosa mañana de primavera, pintadas flores que amorosas besaban con su aroma y abrazaban con sus pétalos las gotas del rocío que la aurora depositó en sus cálices; pasé más tarde junto á ellas, y las mismas flores habían inclinado su corola, como para despedir las perlas del rocío, derramarlas en tierra y convertirlas en

asqueroso fango. Como estas flores traidoras, son muchos corazones y muchas almas! ¡qué desengaño!

Pero ven acá, corazón mío! ¿Por qué te quejas de ese modo? ¡Cálmate! reflexiona! y verás que te quejas sin razón, ó que te quejas de ti mismo; pues, bien mirado, tú eres el engañador de ti propio. Criado por Dios para ser feliz, inmortal, dichoso y bienaventurado, te has pasado cuarenta años pensando en la bienandanza, en la dicha y en la inmortalidad; has creído hallar todo eso en la tierra, lo has vislumbrado á lo lejos, has corrido tras ello para abrazarlo con pasión; abristes los brazos, y, al cerrarlos, hallastes entre ellos una sombra, la nada, el desengaño.

Mas ¿por qué miraste á los hombres y á las cosas al través de ese prisma engañador? ¿Por qué has esperado de ellos y de ellas, lo que jamás pueden dar, porque no lo tienen? ¿Por qué hiciste de la vida un cuadro encantador, si es la vida un cuadro de tristezas? ¿Por qué tomaste á la tierra por palacio siendo cárcel, y por patria sien-

do destierro? ¿Por qué te prometiste á ti mismo, lo que ni tú ni nadie puede darte? ¿Por qué te prometiste dicha, siendo desterrado, y exención de pena, siendo culpable y reo? Reconócelo pues! Aquí tú eres el engañado y el engañador, pobre corazón mío!; pero no llores tus desengaños, que tú hallarás la dicha, si la buscas donde está, que es en Dios.

Huyendo de los desengaños, me refugié en la amistad, y.... ¡qué consoladora es la amistad verdadera y santa! Como vigoriza la vida del corazón! La vida de los sentidos es de suyo harto grosera y baja; la de la inteligencia, demasiado alta y demasiado fría; pero la del corazón, ay! esa sí que es vida deliciosa y agradable! Las afectaciones constituyen el alimento de esa vida, y el amor es la atmósfera en que se desenvuelve; pero, ay dolor! esa atmósfera templada de suyo, llega un tiempo en que se

enfría, y los afectos se hielan, y el cariño se seca, y la amistad se extingue y el amor muere.

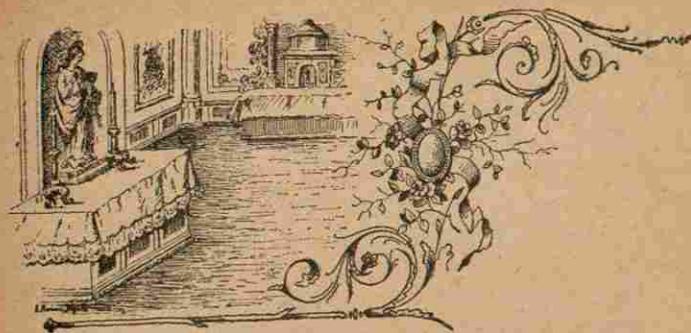
Es posible? Muere el amor? Se apaga la llama del cariño? Se secan las fuentes de la amistad? Se hielan los afectos del corazón? Sí! quién lo duda? El amor muere! la amistad se extingue! y la llama del cariño se apaga, porque arde en corazones humanos. Aquí es donde las almas sensibles sufren sus mayores y más tristes desengaños. Quizás por eso mismo cantaba la otra:

Esas flores que abundantes,  
en mi corazón brotaron,  
son hojas que arrastra el viento,  
el viento del desengaño.

Alma, que así lloras tu dicha perdida, escúchame, que te voy á dar un preservativo contra los desengaños de la vida. Tu destino es muy glorioso, no lo olvides jamás! Tú estás destinada á poseer lo perfecto, y por eso buscas la perfección en todas las cosas. Estás llamada á poseer la hermosura infinita, y por eso te encanta lo hermoso

donde quiera que lo hallas. Estás destinada á nadar en riquezas, á vivir coronada de gloria y de dicha, y esta es la causa de sentir en ti sed de gloria, de felicidad y de riquezas. Estás llamada á sumergirte en el mar inmenso de los amores eternos, y por esto buscas la perpetuidad en tus amistades y en tus afectos. Desgraciada de ti, si buscas en las criaturas ésto que sólo en el Criador se halla! Ay de ti, si no sabes guardar libre tu corazón! Cuántos desengaños sufrirás! Quieres verte libre de ellos? Pues no pongas tus esperanzas, ni busques tu felicidad en las criaturas! Búscala en Dios y pon en Él toda tu confianza, que de Él jamás sufrirás un desengaño!

Pon en Él tu confianza,  
pues es Dios tan bueno y fiel,  
que el alma que espera en El,  
cuanto espera, tanto alcanza.



XXII.

Ante su Altar.

Desahogos con el Sagrado Corazón de Jesús

**A**tí me acojo en mi dolor sombrío,  
Divino Corazón, dulce y clemente;  
Aquí vengo á tus pies, Salvador mío,  
No me niegue, Señor, tu pecho ardiente  
El calor que me niega el hombre impío.

Cual náufrago infeliz que con espanto  
Busca abrigo en la playa semiyerto,  
Así vengo yo á tí, Corazón Santo,  
Buscando lenitivo á mi quebranto  
En tu seguro y bonancible puerto.

Cansado de sufrir á tí me acojo  
Del mundo y del infierno perseguido;  
Perdóname, Señor, aqúeste arrojo,  
Y mira con piedad, no con enojo,  
El triste corazón de un desvalido.

Piedad, Señor, piedad! cese la guerra  
Que contra mí el averno ha suscitado;  
A la calumnia vil la boca cierra,  
Que me espanta, Señor! Señor me aterra!  
Verme dentro y de fuera calumniado.

Qué crimen cometí? cuál fué el delito  
Para ser injuriado de tal modo?  
Éslo quererte á tí, Dios infinito,  
Y querer que te quiera el mundo todo,  
Como yo lo requiero y solicito?

Es crimen conculcar al mundo insano  
Y arrojarlo al desprecio y al olvido?  
Es delito quizá tender la mano  
Al huérfano infeliz que está caído,  
Abrazarlo y decirle: eres mi hermano?

Pues entonces ¿por qué tan iracunda  
Me persigue la envidia rencorosa?

Oh que amargo pesar mi pecho inunda!  
Oh que herida me causa tan profunda  
La traición de los hombres alevosa!

Si fuera mi adversario ó mi enemigo, (1)  
Quien sañudo y feroz me persiguiera,  
Entonces... yo callara y lo sufriera!  
Mas la negra traición del que fué amigo,  
Quién la puede sufrir? quién la tolera?

Aquellos que á mi mesa se sentaban... (2)  
Los mismos que mi alma más quería...  
Aquellos que á mis pechos se criaban...  
A la vez me vendían y adulaban  
Con audaz y estudiada felonía.

Por qué, Señor, así me ha sucedido?  
Ay! acaso, buscándote yo almas,  
Me apartaba de tí! y tú has querido,  
Para volverme á tu amoroso nido,  
Que el mundo contra mí vuelva sus armas.

Si fuere así, mi Dios, vengan baldones!<sup>®</sup>  
Cien mil calumnias contra mí se digan!

(1) Salm. LIV. 13.

(2) Salm. LIV. 15.

Lluevan ya sobre mí persecuciones!  
Que á los que me calumnien ó persigan,  
No un perdón, le anticipo mil perdones!

Pero dame acogida en ese nido,  
Escóndeme, Señor, en tu sagrario,  
Tenme cerca de tí bien guarecido;  
Y alce luego su brazo mi adversario,  
Que de mí no será ya más temido.

Aguce contra mí su lengua impía  
Y escupa su veneno emponzoñado;  
Que de alivio ha de ser al alma mía,  
Pensar lo que la tuya sufriría  
En la cruz moribundo y calumniado.

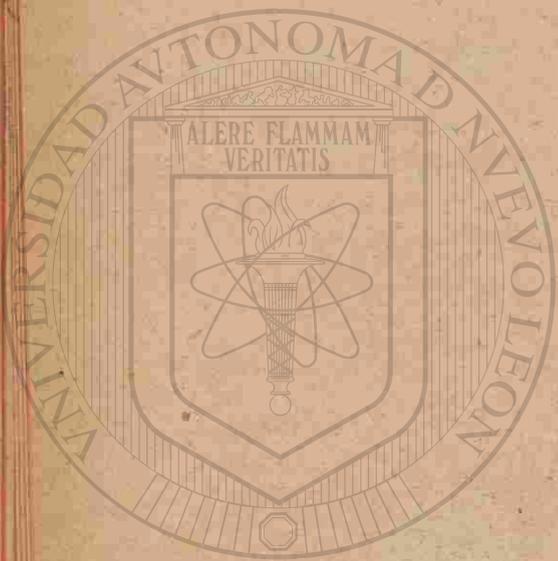
Con tu pena mi pena juntar quiero,  
Mi amargura juntar con tu amargura,  
Mi pesar con el tuyo, y así espero  
Hallar algún alivio á mi tristura  
En este trance de dolor tan fiero!

Aquí me tienes, pues, triste y llorando,  
Postrado ante tu altar, Jesús piadoso,  
Mis pesares en tí depositando;

Atiende á mi dolor, que es horroroso,  
Y no me dejes más, así penando.

Consuélame, Señor! que á tí me acojo,  
Del mundo y del averno perseguido;  
Perdóname, Jesús, aqueste arrojó,  
Y mira con piedad, no con enojó,  
El triste corazón de un afligido.





XXIII.

En el mes de las Flores.

**O**TRA vez Mayo! el mes de las flores, el mes de mis delicias, el mes de mis encantos, el mes de mis alegrías, porque es también el mes de mi Madre Inmaculada.

¡Oh Mayo! ¡qué lágrimas tan dulces arrancas á mis ojos! ¡qué recuerdos tan gratos traes á mi memoria! ¡qué latidos tan amorosos levantas en mi corazón!

Y como nó, si en tí vió mi alma la luz de la vocación divina que me dió vida, vida nueva y venturosa.

Joven atolondrado, viví sepultado en la densa oscuridad de la culpa; me hallaba en la flor de mi juventud; pero esta flor no re-

cibía el rocío del cielo, ni la benéfica lumbré que de sí despiden los rayos de la gracia: estaba, ¡ay de mí! estaba sumergido en un abismo de tinieblas y ansiaba, salir de él; pero no hallaba una luz que guiara mis pasos y me sacara de aquel caos tenebroso.

Rogué: y á poco ví aparecer en el horizonte de mi vida una Estrella, mucho más brillante que el astro de la mañana; la Estrella de la vocación que alumbró á mi alma con vivísimos destellos; y sus destellos cegaron mis pupilas para que no viera las cosas de este mundo; y el mundo perdió desde entonces para mí todos sus atractivos.

¡Oh María! ¡Oh Virgen de la Estrella!  
¡Bienaventurado el día en que mis ojos vieron tu imagen, y más venturosa todavía aquella noche de Mayo en que soñé que tú

me hablabas y me decías: «¿Dónde vas, ¡pobrecillo! dónde vas por ese camino tortuoso, huyendo de mí? ¿Por qué, ¡ingrato! me has abandonado? ¿No te acuerdas de las flores que me ofrecías en tu infancia, durante este mes de Mayo? Aquí las traigo; ¡míralas! están marchitas, como las que yo hacía brotar en tu pecho; pero marchitas y todo, aún conservan algo de su fragancia. No así las que yo planté en tu alma: todas las arrancaste; no hay ni siquiera una que te recuerde haber sido yo tu enamorada. ¡Qué ingratitud! ¿Cómo te has olvidado de mí? ¿Cómo has borrado de tu alma el recuerdo de una Madre tan tierna? Yo soy la Madre del Amor Hermoso, y de la santa esperanza: yo amo á los que me aman: ámame y te amaré.»

Así me hablaste cariñosa; y mi espíritu se cubrió con un manto de doloroso arrepentimiento, y mi alma lloró de ternura y mi pecho te amó, y mi corazón se unió al tuyo con estrecho lazo, y yo te consagué mi amor y mi vida, porque tú con tus palabras me diste vida y amor.

Desde entonces la frágil navecilla de mi alma boga tranquila, sin temor ni zozobra, por el mar de la existencia, porque no aparta sus ojos de tí, ¡oh Estrella portentosa! Y mientras tú me ilumines con tus purísimos destellos, no hay oleaje que me haga fluctuar, ni tempestad que no pierda sus fuerzas, ni escollo de que no me vea libre; y tranquila mi barquilla pasa por entre ellos, sorteando las olas enrespadas con el timón misterioso en cuyo centro está grabado el nombre de *María*.

¡Oh María! mi alma agradecida se lanza hoy en pos de tí. Permítele que te cante el cantar de tu hermosura, aunque ella sea tan indigna como tú agraciada.

Débil es mi voz, como el trino de ave-cilla enferma; pero la arrancan de mi pecho la gratitud y el cariño.

Recibe, pues, mi canto, Madre amada; yo bien sé que no lo necesitas; pero veo que la rosa criada al pie del arroyuelo, (aunque no la hace falta) recibe con placer la gota de rocío que le envía la aurora; y esa rosa me está diciendo que es tu ima-

gen. Recibe, pues, mi canto, dulce Madre, que es el canto de tu hermosura.

\* \* \*

¡Oh amada mía! Quién pudiera hacer que el mundo entero te alabara rendido, al oír mi acento! No por vanidad insensata lo deseo, sino por hacerte interesante al corazón de los hombres.

¡Mortales! mirad á María, que si la miráis, no podrá vuestro pecho resistirse al amor virginal que ella inspira. ¡Oh! Ella es la más hermosa de las vírgenes de Sión, la más bella de las hijas de Israel, la primogénita ante toda criatura.

¡Qué hermosa eres, Amada mía! ¡qué hermosa eres! Toda la belleza de la creación es tuya ó se ha modelado por tí.

De tí aprendió el mar á rizar sus olas y ondular sus movimientos, viendo tu rubia cabellera mecida por el viento, allá en los días de la creación, cuando el Eterno mo-

delaba la imagen querida de la que había de ser su Madre en el tiempo.

Las fuentes cristalinas y los mansos arroyuelos aprendieron entonces su reposo y sus murmullos de la placidez de tu frente y de la sonrisa de tu semblante.

El iris de los cielos tomó su forma de tus cejas arqueadas, y sus colores de la bellísima lumbre que despiden tus ojos misericordiosos.

Las estrellas del firmamento y el lucero de la mañana pretendieron imitar con sus destellos el plácido fulgor que se desprende de tus miradas.

Las azucenas del valle y el lirio de los campos robaron su candor y su blancura á tus mejillas virginales.

El clavel disciplinado y la encendida amapola tomaron sus matices de tus labios purpurinos.

Las flores de los jardines y la yerba de los prados no tienen más hermosura que aquella que tú les prestas.

La rosa de Alejandría y el aromático

nardo no poseen más fragancia que la que tú les comunicas con tu aliento.

El fruto sazonado, el cáliz de las flores, y la miel de los panales reciben toda su dulzura de las melíferas palabras que pronunciaron tus labios.

El cedro más empinado, la más gallarda palmera, pretenden vanamente imitar tu gentil y esbelto talle. ¡Oh María! hermosura del cielo, gloria de la creación, embeleso del Eterno, y encanto de mi alma! ¡Qué hermosa eres, Madre mía! ¡qué hermosa eres!

Todo el mundo pide hermosura á tu hermosura, y belleza á la belleza de tu rostro. ¡Oh, qué pura es tu mirada! ¡qué risueño tu semblante! ¡qué amoroso tu dulcísimo corazón!

\*  
\*\*

Aquí desfallezco, Madre mía! ¡Oh, si me diera su voz el ángel y el querubín su arpa celestial! Entonces te cantaré en la

soledad de mi celda ó entre los árboles de la huerta; porque el silencio y las plantas convidan á decirte mil amores.

Entonces, ¡oh qué dicha! llegaría tal vez un feliz momento en que mi alma, al són del canto, volara á tí, convertida en un suspiro. ¡Oh quién me diera á mí ventura tanta! La flor agostada sólo desea una gota de rocío; el ciervo sediento sólo busca un arroyo cristalino; y mi alma sólo quiere volar á Tí convertida en un suspiro de amor.

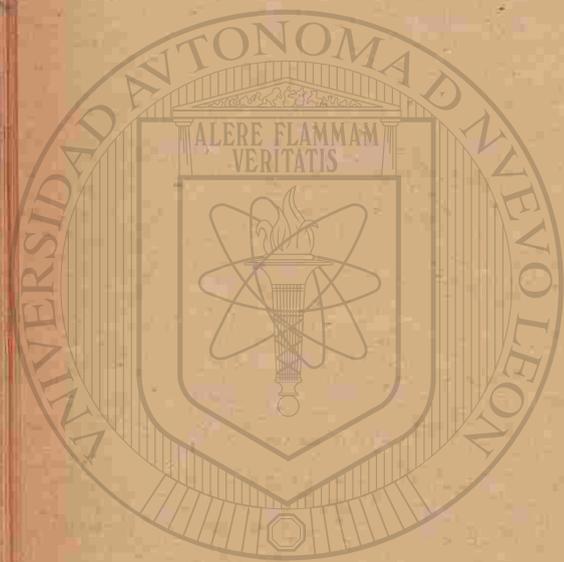
Mas, ¡ay! ya que esto no me es dado, yo ruego al ángel de mi guarda que eleve hasta tu trono este amoroso suspiro, y si él te agrada, recíbelo en tu seno, dulce Madre, y tiende una mirada compasiva sobre el alma que te lo envía.

Y si este cántico humilde es grato á tus oídos, manda tú á la blanda brisa y á los céfiros suaves, que lo recojan en sus alas, y que lo hagan resonar al pie de tus altares. Mándales que lo lleven á la tierra que me vió nacer, y lo repitan delante de aquella imagen tuya que tengo esculpida en mi corazón.

Y vosotros, Angeles del Cielo, batid las alas suavemente, durante este mes de Mayo, y producid en la naturaleza ese vago rumor y ese movimiento embelesante que convida al amor de María.

Y vosotras, hijas de la Inmaculada, cubrid el altar de vuestra Madre con un manto de flores, para que así aparezca más encantadora á los ojos de los hombres. Celebrad su ternura, sus gracias y su belleza. Cantad sus glorias y amadla con ardor; porque cantarle es más grato que los sueños de ventura; y amarla es tan dulce y delicioso como la esperanza del Cielo.





XXIV.

En la Granja de los Álamos.

**R**eponer mi salud quebrantada, y á dar expansión al ánimo abatido con los trabajos y miserias de esta vida, me ha mandado aquí la Obediencia santa; y creo no faltar á su mandato ni á las prescripciones facultativas, recreándome en la contemplación de tus obras, y solazándome contigo, Autor del universo, Dios de mi corazón, y Padre amorosísimo de mi alma! Qué cosas tan grandes ha criado tu poder para regalo del hombre! Cómo se conoce por ellas la profundidad de tu sabiduría, y la intensidad de tu amor!

Alma mía, contempla esta campiña hermosísima

Con sus pinares silvestres,  
sus arroyos de agua pura,  
sus praderas de verdura  
y sus mil flores campestres;

mira estos valles deliciosos, y en ellos verás  
ráfagas y destellos de la bondad divina.

Porque bien mirado ¿qué es el universo  
más que un velo misterioso de transparente  
gasa, tras del cual se dibuja claramente la  
imagen de su Hacedor soberano?

¿Qué es la naturaleza más que un libro  
inmenso que en todas sus páginas nos ha-  
bla de amores, pero de amores divinos?

¿Qué es la creación entera, sino una  
obra perfectísima que refleja admirablemen-  
te los destellos de la hermosura, del poder,  
de la sabiduría y de la bondad del Creador?

Acaso no son las flores sonrisa del  
Eterno?

No son los astros reverberos de su  
gloria?

No son los mares testigos de su inmen-  
sidad?

No son los montes reflejos de su poder?  
No son las fuentes indicios de su bon-  
dad, y los valles emblemas de su hermo-  
sura y pregoneros de su amor sin límites?

Oh valles y montés, fuentes y ríos, pra-  
dos y flores, árboles y plantas! Cuán con-  
certadamente cantais las glorias del Señor!  
Desdichado el hombre que no percibe en  
el fondo de su alma las armonías de ese  
concierto inefable!

Desgraciado el que no toma parte en  
el himno universal que la creación entona  
constantemente al Dios tres veces santo!

\*  
\*\*

Las alondras que se elevan ahora pro-  
los aires son nuevos cantores de este uni-  
versal concierto. Oh Dios mío! quién pu-  
diera volar como esas pardasavecillas que  
se remontan por el espacio, cantando tu  
gloria! Allá va esa, volando por lo alto,  
hasta perderse de vista en la región azula-

da, como si una atracción misteriosa la eleva hacia el cielo. Oh cuán serena está en sus alturas y cuán abstraída de lo que pasa en la tierra!

Aquí el céfiro mece las verdes sementeras y las blancas flores del prado, produciendo en la llanura caprichosas ondulaciones que suben y bajan, formando olas verdes y blanquecinas, como las del golfo de Bengala.

Aquí el viento cimbreo las altas palmeras y sacude las ramas de los álamos, que se mueven acompasadamente, produciendo un susurro delicioso.

Mugan las vacas de leche que pacen en aquel remanso; pita la máquina del tren en la estación de la vía: forman estridentes chirridos los carros que van por el camino; el estruendo de las grandes fábricas unido á la penetrante voz de sus silbatos se mezcla aquí en la vega con el murmullo de las aguas que corren por el arroyo; pero este ruido mundano no llega á las alturas en que está esa avecilla, nadando en un piélago de luz apacible y cantando himnos inimitables

á Tí, Autor de los mundos y Hacedor de los tiempos.

Dios mío! quién pudiera, como ese pajarito, remontarse por los aires á más altas regiones! Quién pudiera acallar el molesto ruido de sus propias necesidades, el clamoreo insensato del mundo, el grito importuno de sus pequeñas miserias, el bullicio infernal de las tentaciones, y, levantándose sobre todo lo que es tierra, volar hasta tu trono de luz inaccesible!

Oh! cómo se desvanecería entonces para mí el mundanal ruido! Qué espectáculo tan delicioso y agradable me ofrecería entonces el universo! Qué vida tan deliciosa sería la de mi alma sumergida para siempre en el inmenso océano de tu eseneia increada!

Mas ya que no me es dado contemplar ahora esas maravillas, contemplaré estas otras que tu bondad formó aquí abajo para recreo del hombre desterrado, que peregrina hacia el cielo.

La campiña parece que reposa en la mas profunda calma: bandadas de trigueros pican dulcemente escondidos entre las mieses, bulliciosa algarabía mueven los gorriones en los aleros del tejado y en los árboles vecinos; arrulla la tórtola en el bosque, inspirando á mi alma con sus arrullos, amor al silencio y á la contemplación.

Allá divisan mis ojos extensos viñedos, cuyo regalado fruto escondido entre las hojas, comenzará pronto á colorearse y á sazonar: aquí simétricos y erguidos maizales coronados de arrogantes plumeros; al frente inmensos olivares, por entre los cuales serpentea la carretera encerrada entre dos líneas de álamos seculares; y en torno mío, los granados cubiertos de flores, los perales cargados de verdes frutos, las flores del jardín mecidas por el aire...

Aire que al huerto orea,  
ofrece mil olores al sentido  
y las plantas menea  
con un manso ruido,  
que del oro y del cetro pone olvido.

Qué aire tan puro y perfumado se respira en este sitio! Qué hermosa es la vida del campo!

\*  
\*\*

¿Que encantos puede ofrecer el mundo comparables á los de la naturaleza? ¿Harán los hombres jamás algo que pueda ponerse en parangón con la escena que aquí contemplan mis ojos? ¿Habrà algún atrevido que pretenda colocar al arte, por encima de la naturaleza y á las obras del hombre sobre las de Dios? Estúpidos!

¿Cuándo podrá crear el arte, ni la ciencia una sola flor de las que esmaltan esta pradera? ¿Cuándo dar vida á una planta de las que alfombra esta llanura y pueblan las márgenes del arroyo hasta besar sus aguas? ¿Quién será capaz de llenar los espacios de aromas y armonías, de fuerza y de vida, de frescura y de verdor, de cascadas y de fuentes, de vida y de lozanía? Ah! sólo tú, Dios Omnipotente, que llenas de alegría al

mundo con el magnífico esplendor de tus auroras, y le das vida y calor, con el brillo de ese sol que tu bondad hace lucir sobre buenos y malos.

Dios mío, ¿quién no te vé, ó por lo menos te adivina escondido entre tus obras? Ay! yo te adivino, te veo, te siento y hasta creo percibir ecos tuyos, ó voces misteriosas que me hablan de Tí. El canto de las aves, el murmurio del arroyuelo, el suspiro de la brisa, y el zumbido del insecto invisible me parecen rumores de tu voz adorada. La blanca nubecilla que cruza con rapidez el espacio, los irisados matices de las flores campestres, y los brillantes arreboles con que tiñen el horizonte los créspulos vespertinos, me parecen flotantes cendales de tu esplendorosa vestidura.

\*  
\*\*

Mas ya el sol se inclina hacia el ocaso, alargando las sombras de estos chopos seculares; los pájaros buscan con afán alber-

gue seguro en el follaje de los árboles, tomándolos por asalto y exhalando las últimas notas del himno de la tarde; declina el día; se acerca la noche y.....

Las sombras que le preceden  
se apoderan de los valles,  
y sobre la mustia yerba  
gotas de rocío esparcen.

.....

Suelta el labrador sus bueyes,  
y entre sencillos afanes  
para el redil los ganados  
volviendo van los zagales.....

.....

Todo es paz! silencio todo!  
todo en estas soledades  
me conmueve y hace dulce  
la miseria de mis males.....

Pero más que todo me consuela, ¡oh Dios mío! el pensar en tí y saber que eres mi Padre, mi Padre que estás en los cielos. ®

\*  
\*\*

Los últimos reflejos del crepúsculo vespertino iluminan confusamente la cima de los montes, y allá en los confines de Oriente aparece la luna rodeada de vagas y fugaces sombras que guardan entre sus pliegues impalpables los misterios de la noche.

Luchan entre sí la luz del crepúsculo y la de la luna, produciendo al chocar vivísimos reflejos que iluminan los contornos de la lejana sierra, cuyos picachos desafían impávidos las iras de la tempestad.

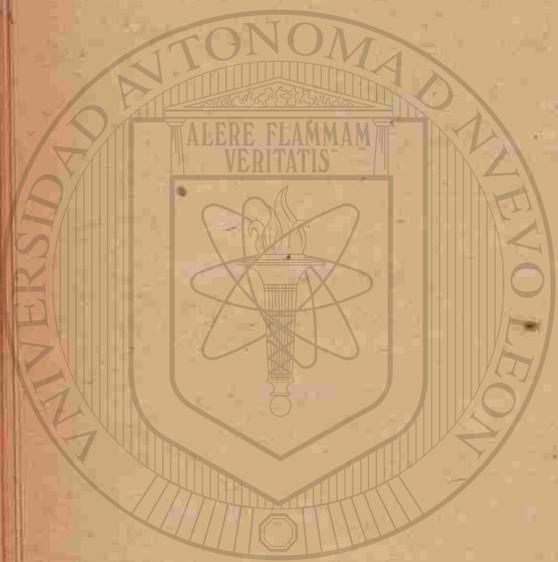
En el cielo comienzan á vislumbrarse puntos luminosos, que tal vez sean centinelas avanzadas de esas brillantes constelaciones que pueblan el firmamento; viveros de mundos que el Eterno lanzó á los espacios para ostentación de su grandeza y asombro de los siglos.

\*  
\*\*

Es la hora en que la campana de mi convento anuncia á los religiosos que se aproxima el momento de comenzar la oración de la tarde. Los sones del metal bendito no pueden llegar con sus vibraciones á este sitio en que me hallo; pero deber mío es recitar aquí el *Angelus*, plegaria dulcísima, místico effluvio del corazón cristiano, oración tierna y poética con que las almas piadosas saludan á la Reina del Cielo al amanecer el día, y al tender la noche sobre la tierra su negro manto de sombras.

Yo te saludo, pues, Virgen María, recordando el momento felicísimo en que el Angel del Señor te anunció la Encarnación del Verbo divino por obra del Espíritu Santo. Acepta mi saludo, mujer llena de gracia, bendita entre todas las mujeres; y en cambio envíame desde el cielo una bendición de Madre y un ángel que guíe ahora mis pasos por la senda de la virtud, y en la hora de mi muerte lleve mi alma á gozar contigo las delicias del Cielo.





XXV.

Ante el Monumento.

**D**ÓNDE hallar, oh Jesús mío!  
un sitio más á propósito que  
éste para considerar la grande-  
za de tu amor? Aquí, detrás del  
Monumento, oculto á las miradas  
de los fieles y presente á tus divinos  
ojos, bien puedo pasar la noche ocu-  
pado en meditar, y en escribir los pensa-  
mientos que tu bondad me inspira.

Noche del Jueves Santo, qué memora-  
ble eres ¡y qué llena estás de dulcísimos re-  
cuerdos! En tí hizo el Verbo humanado los

mayores prodigios de su omnipotencia y de su amor. ¡Qué sacramentos tan grandes, y qué misterios tan profundos, se obraron en tí, noche dichosa! La Eucaristía y el Sacerdocio! qué sacramentos! y qué misterios!

Déjame, oh Jesús mío, pensar en ellos, hasta sentir á mi alma embriagada en tus amores; déjame saltar de júbilo, acordándome del amor sin límites que supone en tí haber instituído para mí esos dos grandes sacramentos. Qué amor! qué amor, Jesús dulcísimo!

\*  
\* \*

Yo te contemplo, oh Jesús amado, en esta noche de la cena rodeado de tus apóstoles y de multitud prodigiosa de ángeles, que asistían invisibles á la institución de tan alto sacramento; te veo tender la mirada por la prolongación de los tiempos, por la extensión del espacio; y tu entendimiento divino que lo abarca todo, así lo presente

como lo futuro, se detiene un instante en este rinconcito del mundo, viendo al través de los siglos este convento, esta Iglesia, este humilde Monumento y estos pobres religiosos que lo cercan, haciéndote la guardia de honor á tí, Rey de los siglos, oculto en el Sacramento del amor.

Aquí me vieron tus ojos divinos á mí, gusano de la tierra, mariposilla veleidosa que desea abrasarse en las llamas de tu amor dulcísimo, y, al verme, tu corazón sagrado saltó de placer, bien así como salta el de una madre cuando vislumbran sus ojos al hijo pequeñuelo que tuvo ausente unos días.

Me vieron tus ojos al través del espacio y de los tiempos; me amó tu corazón, y dijiste; Fiat! Lo haré! ¡Voy á esconderme en este pan y en este vino; voy á ocultarme bajo el blanco velo de una hostia; y así disfrazado, voy á emprender un viaje de mil novecientos años, sin parar de andar hasta encontrar á ese futuro ministro mío en aquel irinconcto de Andalucía, y allí ponerme en sus manos, comunicarme á su alma, con-

vertirme en su alimento, y hacerle sentir las divinas influencias de mi gracia.

Esto dijiste; y, ocultándote bajo las especies del pan, empezaste la vida sacramental, y con ella el camino en busca mía, al través de los siglos.

Qué asombro, cielo santo! Jesucristo me amó tan de verdad, que le pareció poco morir por mí y dárseme en comida, haciéndose manjar de mi alma; y no contento con eso, emprende una caminata de diez y nueve siglos, para visitarme, hacerse mi compañero de destierro, morar conmigo bajo un mismo techo y deleitar á mi alma con la dulzura inefable de sus divinos amores. Alma mía, no te aturde y asombra la grandeza de este amor?

Santo Cielo, qué espanto! Mil y novecientos años de viaje en busca mía...! Mil novecientos años de camino sólo por venir á mí, visitarme, regalarme, ponerse en mis manos, hacerse mío, y enriquecerme con sus tesoros celestiales!! Qué amor! qué delirio! qué locura de amor!

\*  
\*\*

No acabo de maravillarme, ni puedo salir de mi asombro, al considerarlo! Alma mía, qué pasmo! Llegar hasta tí, para hacerse tu manjar y tu regalo, le ha costado al amorosísimo Jesús diez y nueve siglos de camino!

Y qué caminos! Dios de mi alma! Qué caminos tan difíciles y trabajosos has pasado para llegar á mí! Qué lodazales habrás tenido que atravesar! Qué manos tan sacrílegas te habrán tocado! Qué corazones tan inmundos te habrán servido muchas veces de litera en ese largo viaje! Cuántas espigas te se habrán clavado, al cruzar los ásperos y estrechísimos senderos de la ingratitude! Cuántas heridas! Cuántos trabajos! cuántos ultrajes!

Dime, amor mío, ¿has padecido mucho por mí? ¿Te ha costado mucho llegar acá? ¿Has pasado muy malos ratos por esos caminos? ¿Te han hecho muchos ultrajes? ¿Has

sufrido muchos trabajos? ¿Has tenido que atravesar muchos pantanos? ¿Te han salido al encuentro muchos enemigos? ¿Se han burlado de tí y te han maltratado, viéndote despojado de tu majestad y disfrazado con tan humilde traje? ¿Te han herido? ¿Te han atormentado? ¿Te han encerrado en cárceles hediondas? ¿Te han escupido y pisoteado muchas veces los sacrílegos profanadores del Santísimo Sacramento? ¿Qué has pasado, Jesús amante, para llegar hasta mí? ¡Dímelo, Bien mío! y muera mi alma de espanto, si no muere de amor. ¿Has sufrido mucho, verdad?

Ay qué horror! Has tenido que pasar mares de ingraticudes, bosques de sacrilegios, desiertos de negro olvido, montes de desprecios, cenagales de culpas, y cloacas de asquerosísimos pecados, para llegar hasta mí.

Todo eso lo vieron tus ojos antes de emprender la marcha, y todo lo diste por bien empleado, con tal de poder darme un abrazo al cabo de muchos siglos, y alimentarme con tu propia substancia. Qué amor!

Dios mío, qué amor! Qué locura de amor supone esto en tí!

Diez y nueve siglos buscándome! Mil novecientos años caminando, por esos caminos tan horrorosos, para hacerte manjar de mi alma! Esto sí que es amar! Oh amor incomprendible! Oh amor infinito! Amor desconocido de los hombres! Amor asombro de los ángeles! Amor tan sobre todo encarecimiento, que parece una infinita locura!

\*  
\*\*

Pero dime, Jesús mío, ¿era preciso que te expusieras por mi amor á tantas y tantas ignominias por tantos siglos?

¿Era necesario llevar hasta ese extremo las pruebas de tu amor?

¿Eran menester acaso esas demostraciones para probarme la intensidad de tu cariño?

¿No hiciste bastante, criando la tierra

para que me sirviera de palacio y los astros para que me iluminaran con sus brillantes resplandores?

¿No era suficiente haber criado fuentes y ríos, prados y bosques, flores y plantas para que me sirvieran de regalo?

¿No era bastante haberme dado las aves del aire, los peces del mar y los animales del campo para que me alimentaran y me sirvieran?

Y si querías mostrarme tu amor con abatimientos y sacrificios, ¿no te humillaste demasiado en la Encarnación?

¿No padeciste con exceso en la cruz?

¿Era preciso añadir á esto las humillaciones y los sufrimientos de la Eucaristía?

¿Es posible que, sacramentado, hayas tolerado tantas injurias por esta vil criatura?

¡Oh bondad inefable! oh amor sin igual!

¿Con qué te pagaré?

¡Ay! alábente por mí las criaturas todas, publicando las invenciones de tu amor, los abismos de tu sabiduría y los excesos de tu bondad. Oh sí!

Alabad al Señor, ángeles santos,  
Que á su trono asistís con reverencia,  
Benedicid su bondad, cantad su gloria  
En la presente edad y en las eternas.

Alabad su poder, su amor sin límites,  
Su virtud, su saber, y gloria excelsa:  
Benedicid á este augusto Sacramento,  
Y que bendito por los siglos sea.

\*  
\*\*

Y yo, Dios mío, ¿cómo pagaré tus favores? ¿Cómo agradeceré tus beneficios? ¿Cómo corresponderé á tus amores?

Si fuera un hombre el que como tú me amara; si fuera un mortal quien hubiera hecho conmigo lo que tú, viajando tantos años y con tantos trabajos por visitarme, ¿cómo lo recibiría yo? ¿Cómo lo hospedaría? ¿Cómo lo trataría?

Pues así, y mucho mejor quiero tratarte á tí, Jesús mío, que no sólo eres hombre, sino Dios y rey de todos los siglos.

Quiero quitar de mí todo lo que pueda

ofender á tus divinos ojos, y formar á tu alrededor una atmósfera de purísimos amores, y de exquisita fragancia, para que te sea grato el hospedaje de mi alma.

Quiero volar siempre en torno de tu sagrario, y posarme en el centro de la blanca hostia, como vuela la abeja alrededor de las flores y se posa en la de cáliz más perfumado.

Tú dijiste, Señor, que donde estuviera el cuerpo, allí se congregarian las águilas. Tu cuerpo sacratísimo está encerrado aquí en este Monumento, y yo deseo ser águila misteriosa de las que aquí se congregan, para formar mi nido sobre la cumbre del monte santo, en las quiebras y aberturas de las peñas.

Deseo de los collados eternos te llama la Escritura santa, y sobre esos collados que te desean quiero yo volar con los afectos de mi alma y con la elevación de mis pensamientos.

A las aves que vuelan sobre esos montes de perfección invita el Angel del Apocalipsis para que asistan á tus bodas celes-

tiales; y yo quiero ser una de esas aves misteriosas, que en raudo vuelo se remontan sobre todo lo terreno y se mantienen serenas en mitad del cielo, sin querer nada de la tierra, ni aspirar á otras cosas que á las celestiales y eternas.

Sí, Jesús mío! Quiero hacer de tu Sacramento de amor la única aspiración de mi vida, y de tu Sagrario la mansión de mis amores, porque sé que el Sagrario es un nuevo y deleitoso paraíso plantado por tu mano en medio de la Iglesia santa, para hacernos gustar aquí anticipadamente las delicias y los purísimos goces del cielo.

En este paraíso tengo el árbol verdadero de la vida, cuyo fruto hace inmortal y dichoso á quien lo come. Oh qué infeliz es el hombre que, por comer la fruta prohibida, se destierra á sí propio de este paraíso deleitable! qué pena me da ver á tantos infelices desterrados de él!

Ciertamente es doloroso ver á tantas almas hambrientas de frutos vedados que dan la muerte, y hastiadas de este manjar que da la vida. Qué lástima ver á los hombres sedientos de aguas cenagosas que los envenenan, y olvidados de esta fuente divina, cuyas aguas de gracia saltan á la vida eterna! Qué pena ver á las almas apartadas de Dios, y engolfadas en el mundo.

¿Qué tienes tú, mundo infame, que así engañas y seduces á los mortales? Qué son tus placeres comparados con las delicias inefables de este sacramento? Qué son tus riquezas en comparación de los tesoros celestiales que aquí se hallan? ¿Cómo no saben los hombres distinguir lo precioso de lo vil y lo verdadero de lo falso?

Qué dolor, Jesús mío, que los hombres no te conozcan ni te amen! pues si te conocieran y amaran, no tendrían más remedio que correr hacia tí, como los ríos hacia el mar y como la piedra hacia su centro.

Pero el mundo, Señor, no te conoce, y si te conoce te desprecia y te relega al olvido, como á muerto encerrado en un se-

pulcro, cuya memoria se pierde para siempre. Quién pudiera suplir la ingratitud del mundo con la grandeza de su amor!

Bien quisiera, Amor mío sacramentado, tener voz de ángel para hacer resonar tus alabanzas por todo el universo. Ah! entonces diría al cielo y á la tierra que nunca eres más digno de amor, de reverencia y de adoración, que cuando estás, como aquí en el Monumento, anonadado, escondido y disfrazado bajo las especies sacramentales. Sí! repetiría cada momento en los oídos de todos los mortales aquel canto magnífico de la Iglesia:

*Ecce panis angelorum!  
factus cibus viatorum....*

\*  
\* \*

Oh noche del Jueves Santo, qué memorable eres! y qué llena estás de dulcísimos misterios! Qué sacramentos tan grandes! y qué prodigios tan estupendos obró en ti el

Verbo divino! Eucaristia y sacerdocio! Qué sacramentos! y qué misterios!

Aquí en la Eucaristia eres, oh Jesús! el Dios de mi corazón. De todas maneras eres mi Dios; pero sacramentado eres el Dios de mi corazón: *Deus cordis mei!* mi herencia y el patrimonio de mi amor.

Con amor perpetuo quiero pagarte lo mucho que me amas, y el amor sin término que en ti supone lo que has hecho y padecido por mi. Diez y nueve siglos de vida sacramental, para hacerte mi alimento...!! Mil novecientos años en busca mia por penosísimos caminos...! Qué fineza! qué amor!

Voy á pasar el resto de la noche, oh Jesús mío, abismado en este pensamiento:

Amándote finamente,  
lo mismo que tú me amas,  
que finezas con finezas,  
y amor con amor se paga.



XXVI.

Entre ruinas.



quí; entre los derrumbados muros de esta Iglesia que fué maravilla del arte; entre los escombros gigantescos del que fué gótico claustro; entre las ruinas de este antiguo convento, sólo sé gemir, como Jeremías sobre las ruinas de Jerusalén.

Profeta santo, dame tus acentos de dolor para llorar las desgracias de mi Patria; dame los torrentes de lágrimas que brotaron de tus ojos, y lloraré las desventuras de la pobre España.

España! España! La de reyes potentísi-

Verbo divino! Eucaristia y sacerdocio! Qué sacramentos! y qué misterios!

Aquí en la Eucaristia eres, oh Jesús! el Dios de mi corazón. De todas maneras eres mi Dios; pero sacramentado eres el Dios de mi corazón: *Deus cordis mei!* mi herencia y el patrimonio de mi amor.

Con amor perpetuo quiero pagarte lo mucho que me amas, y el amor sin término que en ti supone lo que has hecho y padecido por mi. Diez y nueve siglos de vida sacramental, para hacerte mi alimento...!! Mil novecientos años en busca mia por penosísimos caminos...! Qué fineza! qué amor!

Voy á pasar el resto de la noche, oh Jesús mío, abismado en este pensamiento:

Amándote finamente,  
lo mismo que tú me amas,  
que finezas con finezas,  
y amor con amor se paga.



XXVI.

Entre ruinas.



quí; entre los derrumbados muros de esta Iglesia que fué maravilla del arte; entre los escombros gigantes del que fué gótico claustro; entre las ruinas de este antiguo convento, sólo sé gemir, como Jeremías sobre las ruinas de Jerusalén.

Profeta santo, dame tus acentos de dolor para llorar las desgracias de mi Patria; dame los torrentes de lágrimas que brotaron de tus ojos, y lloraré las desventuras de la pobre España.

España! España! La de reyes potentísi-

mos, la de capitanes invencibles, la de soldados aguerridos, la que venció en Lepanto, la que triunfó en Pavía, la que llenó el mundo con los trofeos de su gloria, ¿dónde está?

¿Cómo cayó del solio de su grandeza la hija de Pelayo? ¿Quién ajó la hermosura? ¿quién marchitó los laureles? ¿quién redujo á menudo polvo las glorias de la nación ibera?

La España de Recaredos y Pelayos, la España de Carlos y Filipos, ¿qué se ha hecho, Dios mío? ¿Cómo ha quedado reducida á soledad la reina de las naciones? ¿Cómo ha sido destronada la Señora de los reinos? ¿Cómo es hoy tributaria la Soberana de dos mundos?

Gime ¡oh dolor! la madre patria con doloroso gemido; brotan lágrimas sus ojos, y el llanto sus mejillas surca; sus amigos la han despreciado, y sus hijos la han llenado de amargura.

¡Un siglo, mi Dios, un siglo hace que sus enemigos la dominan, que sus enemigos la gobiernan, que sus enemigos la cubren

de ignominia, y que sus mismos hijos desgarran su corazón!

Cuervos crió y la han sacado los ojos; víboras nacieron en su suelo y la han emponzoñado; hoy está ya herida de muerte; ¡pobre España! ¡Venid, españoles! Venid, y ved si hay dolor semejante á su dolor.

¿A quién te compararé, amada patria mía? ¿Con quién te igualaré, hija de San Fernando? Grande es como el mar tu amargura; terrible como la muerte la herida que veo en tí.

¿Y será tal tu desgracia que remedio no consienta? ¿Y será tal nuestro infortunio que no haya para tí esperanza de salvación?

¡Nó, patria mía, nó! Ten esperanza y fe viva, que aún te queda un remedio.

¡España, querida España! ¡Conviértete á tu Señor!

\*  
\*\*

Desiertas están, ¡oh España! las marítimas vías, por do ligeras naves caminando,

traían á tus costas las riquezas de Levante y los tesoros de Occidente; desiertos están tus palacios y liceos, envidia un tiempo de los príncipes de Europa; y tú misma, cual huérfana sin padre, cual doncella deshonorada, eres el ludibrio de las naciones.

Las que envidiaron tu pasada grandeza y fueron enemigas de tu fe, te miran hoy con desdeñosa mirada, y repartiendo entre sí los despojos de tu gloria, exclaman: *Devoravimus eam!* ¡la hemos devorado!

¿Qué pecado has cometido, amada patria mía? ¿Qué pecado has cometido, que así, cual ser impuro, te ves mancillada y hecha el escarnio de pueblos que fueron siervos tuyos? ¡Ay! ¡Fué mayor tu iniquidad que el pecado de Sodoma y de Gomorra, assoladas de repente!

Oídos diste á profetas falsos que te anunciaban días de ventura y libertades sin cuento; á instancia de ellos arrojaste de sus casas á los Santos de Israel: ataste sus manos á guisa de malhechores; los condenaste al ostracismo, lejos de los patrios lares; tus naves los llevaron al destierro, y allí murieron

los ungidos del Señor, cual si fuesen sectarios de Mahoma. ¡Qué iniquidad!

Penetró después una turba furiosa en el sagrado recinto de los claustros, llevando la tea incendiaria en una mano y el puñal sanguinario en la otra; asesinó alevemente á mil víctimas indefensas, puso fuego al santuario y un lago de sangre rodeó los escombros humeantes de los templos del Señor, ¡y tú lo viste, y callaste! Pero el incendio creció; consumió las bases seculares de tu solio; y el trono de cien reyes cayó rodando al suelo, entre las ruinas de los conventos y la sangre de los religiosos. Tál fué tu iniquidad, tál tu castigo!

Mas ¡ay! perdona, patria mía, perdona que en mi dolor te atribuya los estragos causados por la *revolución*, tu enemiga, por el *liberalismo*, tu tirano.

Ellos te sedujeron, ellos te mancillaron, ellos te hicieron cometer abominaciones que claman venganza al Cielo y auguran para tí días de acerbo luto. ¿Y serán tales tus crímenes que no merezcan perdón? ¿Y no habrá para tí esperanza de remedio?

Sí, la hay todavía: ¡España, querida España, conviértete á tu Señor!

Y huyó de la hija de mi pueblo la hermosura y la grandeza: sus príncipes y sacerdotes se vieron como ovejas perseguidas por el lobo, mientras sus enemigos, con mano avara, arrebatában las perlas de su corona y demolían sus altares.

¡Sí, mi Dios! Vinieron los impíos y contaminaron tu heredad, llevaron la abominación al templo santo, y pusieron á la España como cabaña de guardar fruta, como choza desierta en melonar abandonado.

Triunfante la maldad penetró á mano airada los recintos más sagrados; asesinó vil y cobarde á tus ministros; dió los cadáveres de tus siervos por alimento á las aves del aire, y los cuerpos de tus ungidos fueron pasto de las bestias de la tierra.

Se ensañó ¡qué baldón! hasta en las Vírgenes, esposas del Cordero; las ahuyentó

de la celda, nido de sus místicos amores, y alguna cayó en sus manos, como cae la paloma perseguida en las garras del gavilán.

Y el pueblo en masa gimió estremecido de espanto, viendo profanada la casa de Dios, perseguidas las hijas de Sión, y degollados aquellos nazareos más cándidos y puros que la nieve, más preciados que el marfil antiguo.

Los pequeñuelos pidieron entonces pan á sus padres, pan de sana doctrina, y no hubo quien se lo diera; y la hija de mi pueblo, más cruel que el avestruz del desierto, los dejó morir de hambre, ó permitió que con dulce ponzoña los envenenara la *prensa libre*.

Y un vértigo furioso se apoderó de la juventud, que corrió frenética á echar por tierra instituciones seculares y tradiciones venerandas.

Y los ancianos al ver despreciadas las patrias leyes y oprimida la nación, sentados en tierra, cubrieron sus cabezas de ceniza, ciñeron á sus carnes el cilicio, y lloraron la ruina de la Iberia, pidiendo á Dios por ella.

Y al llanto de los ancianos se mezcló el gemido de la doncella casta y las lágrimas del tierno niño.

¿Podrán estas lágrimas piadosas atraer sobre tí la compasión de lo alto y las bendiciones del Cielo? ¿Habrá para tu mal algún remedio escondido á las miradas del hombre?

¡Sí, lo hay! ¡España, querida España, conviértete á tu Señor!

Determinó el Señor castigar en su ira los pecados de mi pueblo, y lo abandonó á discordias intestinas. Hermanos pelearon contra hermanos, y rompieron el cetro, y despedazaron el manto y trizas hicieron la corona de España.

Hijos bastardos derrocharon su tesoro y la empobrecieron; hijos villanos la deshonraron y cubrieron de ignominia; hijos crueles la envenenaron, ofreciéndole en la copa de la libertad la ponzoña de la herejía,

y, una vez narcotizada, otros hijos traidores, añadiendo la perfidia á lo bastardo, lo tirano y lo cruel, se rebelaron contra ella y quisieron emanciparse á costa del honor y de la sangre de su propia Madre.

Arteros enemigos contemplaban con la risa en los labios esa rebelión de mambises y tagalos; y cuando en Oriente y Occidente íbamos á dar el golpe de muerte á esta doble insurrección, ese enemigo pérfido se lanza sobre España, como manada de lobos sobre indefenso rebaño, y devora á nuestro ejército, y destruye á nuestra marina, y nos roba la perla de las Antillas, y las islas que descubrió Magallanes, donde nace el sol.

Y la nación desangrada, empobrecida, liberalizada, moribunda y descristianizada, presenta el triste aspecto de una grey sin pastor, de un león muerto ó cloroformizado, sufriendo los hocicones de inmundos jabalíes.

Hoy todo extranjero que visita sus pueblos pregunta con asombro suyo y confusión nuestra:

«¿Quién dió muerte al león español?»

¿Es esta aquella España? ¿Es esta aquella nación, señora del mundo un día? ¿Dónde están sus naves, dominadoras de las aguas? ¿Dónde sus marinos, descubridores de nuevas tierras? ¿Dónde sus guerreros, conquistadores de muchos reinos? ¿Dónde sus reyes, herederos del imperio de los Incas? ¿Dónde sus legisladores, más famosos que Licurgo y que los sabios de Grecia?»

¡Callad, imprudentes viajeros, callad! No nos digáis lo que fuimos; no mencionéis nuestras glorias, que nos matáis de vergüenza. Dejadnos llorar nuestra mengua, que el desgraciado no tiene más consuelo que sus lágrimas.

Y en tanto que nosotros lloramos las desgracias de la patria, ella va mendigando desdeñoso favor de Italia, su esclava en otro tiempo; ella mendiga á las puertas de la soberbia Albión, de la altiva Alemania y de la menguada Francia, que temblaban en su presencia, cuando España tenía cabeza bastante poderosa para sostener la corona de dos mundos.

¿Y á nosotros, Señor, nos estaba reser-

vado ver así destrozada, ver así envilecida, ver así mendigando á la patria de Cisneros y de Gonzalo de Córdoba? ¡Dios mío! ¿Por qué nos diste vida en tiempos tan calamitosos? ¿Por qué vinimos al mundo en días de tanta infamia y de tanta degradación?

¡Oh gallardo mozo, vencedor de Lepanto! ¡Oh bizarro Cortés, triunfador de Moteczuma! ¡Oh atrevido Pizarro! ¡Oh valiente duque de Alba! ¡Oh Gran Capitán! ¡Oh ínclito Cisneros! ¡Oh Católica Isabel! ¡Oh prudente Felipe! ¡Sombras augustas! ¡Levantáos de la tumba, y ved si mendigaríais vosotros desdeñoso favor de enemigos y extranjeros! ¡Levantáos y mirad á vuestra España cual está!

¡Mirad lo que nos legásteis! ¡Mirad lo que nos ha quedado! ¡pero nó! No lo miréis, que volveréis á morir de vergüenza y asombro. ¡Ved lo que fuísteis! ¡Ved lo que somos!

¿Qué somos comparados con vosotros? Indigna prole de tan esclarecidos varones; generación de pigmeos al lado de aquella generación de gigantes: esto somos hoy!

¿Y no habrá ¡oh España! un hombre que eclipsando á tus falsos prohombres te restituya tus perdidas glorias? ¿No vendrá un Cisneros que arroje la nueva morisma á los arenales africanos? ¿No vendrá otro Felipe que haga estremecer de espanto á los enemigos de tu fé?

¡Sí; vendrá, patria mía!... pero, ¡España, querida España, conviértete á tu Señor!

Acuérdate, Señor, de lo que nos ha pasado, y ten presente nuestra ignominia.

Mira nuestra heredad en manos enemigas, y nuestras moradas en poder de los extraños.

Hemos quedado como huérfanos sin padre; y compramos á subido precio las cosas que siempre fueron nuestras.

Todo nos lo arrebató la revolución impía, y nos llevó atados al carro de su triunfo, para ponernos cautivos entre los hijos de Edón. Acuérdate, Señor, de tanto oprobio,

y enciéndase contra ella el fuego de tu ira. Derrama tu furor sobre el monstruo revolucionario, enemigo de tu nombre; y quede reducido á pavesa, como árbol calcinado por el rayo.

Descarga tu indignación sobre esa ramera de Babilonia que ha dicho en su delirio: Hagamos cesar el culto de Dios sobre la tierra.

Descienda tu venganza divina sobre la infame secta que degolló á tus ministros, que persigue á tu Iglesia, y tiene encarcelado á tu Vicario.

Ábranse los cielos, baje á la tierra tu bendición, y fecunda con ella á los pueblos de donde han de salir los libertadores de la oprimida España.

Vengan pronto los héroes predestinados para volver á la hija de Pelayo su pasada grandeza.

Vengan pronto, Señor!

Vea yo salir la aurora que anuncie á mi patria días de ventura, un porvenir glorioso y duradero. Amén, amén!

Desolado sea el trono de la Bestia! Bri-

llen días felices para la hija de Santiago,  
para la nación predilecta de María. Amén,  
amén!

Conviértenos, Señor, á Tí, y nos con-  
vertiremos; renueva nuestros días, y haz que  
sean dichosos como los años antiguos.



## ADVERTENCIA

*Algunos de los versos que van en esta obrita, son de los clásicos españoles y de autores tan conocidos, que sería petulancia citarlos. Tales citas son impropias de esta clase de escritos, é innecesarias para las personas instruidas, conocedoras de nuestra literatura; mas como quiera que el número de éstos es tan pequeño, como grande el de los necios, envidiosos y suspicaces, ha parecido bien terminar el libro con esta ADVERTENCIA, por si fuere necesaria para algunos de los últimos.*

*Vale.*



## ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
DEDICATORIA . . . . .	5
PRÓLOGO.—Al lector. . . . .	7
I . . . . Desde mi celda . . . . .	19
II . . . . Al pie de una fuente . . . . .	27
III . . . . Á orillas del mar. . . . .	37
IV . . . . Durante la tempestad . . . . .	47
V . . . . En la enfermería. . . . .	57
VI . . . . En el bosque . . . . .	65
VII . . . . Mirando al cielo . . . . .	73
VIII . . . . En su Capilla . . . . .	84
IX . . . . En el tren . . . . .	93
X . . . . En mi soledad . . . . .	101
XI . . . . En el Campo Santo. . . . .	109
XII . . . . Junto á un féretro . . . . .	119
XIII . . . . En el Portalito . . . . .	127
XIV . . . . Al pie de la Cruz . . . . .	137
XV . . . . En el Mes de María. . . . .	145
XVI . . . . Junto al Sagrario. . . . .	155
XVII . . . . Á la sombra de un árbol . . . . .	163

Páginas

XVIII . En el huerto . . . . .	171
XIX . . . Supra montes . . . . .	179
XX . . . En la Vega . . . . .	191
XXI . . . En mi celda . . . . .	197
XXII . . . Ante su altar.— <i>Desahogos con el Sagra-</i> <i>do Corazón de Jesús</i> . . . . .	209
XXIII . . En el mes de las Flores . . . . .	215
XXIV . . En la Granja de los Álamos . . . . .	225
XXV . . . Ante el Monumento . . . . .	237
XXVI . . Entre ruinas . . . . .	251
ADVERTENCIA . . . . .	265

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTE LIBRO  
EN LA OFICINA TIPOGRÁFICA DE  
FRANCISCO DE PAULA DÍAZ  
EL DÍA 20 DE MARZO  
DE 1899.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN<sup>®</sup>  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA GENERAL DE BIENESTAR

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA GENERAL DE BIENESTAR